
Rescatada
POR EL MAGNATE
OSCURO
SERIE TURCOS PODEROSOS - LIBRO 1
CARLLA ARINE

Rescatada por el magnate oscuro

SERIE TURCOS PODEROSOS - LIBRO 1

CARLLA ARINE

Página de la autora en Amazon.

Ven a conocer todas las historias



Copyright © 2026 – Carlla Arine

Portada: **L. A. Designer** Foto: **Freepik y Canvas** Revisión: **Walter Bezerra Cavalcanti** Lectura beta: **Carla Freitas** Maquetación digital: **Carlla Arine** ISBN:

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia.

Rescatada por el Magnate Oscuro

1.ª edición

2025

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Sinopsis
Dedicatoria
Nota de la autora
Lista de reproducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Bonus
Epílogo
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Otras obras

Redes sociales

Sinopsis

Tropes: Diferencia de edad • Embarazo inesperado • Viudo • Proximidad forzada • Héroe oscuro y posesivo • Secretos de sangre

Aviso 1: «Rescatada por el magnate obscuro» es el primer libro de la serie «Turcos poderosos». Se puede leer de forma independiente, aunque el siguiente libro puede contener spoilers del anterior.

Aviso 2: Contiene lenguaje soez, situaciones delicadas y contenido destinado a mayores de 18 años. Lee la nota de la autora antes de continuar.

Fue secuestrada, vendida y arrastrada al submundo más cruel que una mujer podría conocer.

Loreta Feitag solo quería empezar de nuevo durante un viaje a Turquía. Pero una sola noche lo destruyó todo.

Hasta cruzarse con Kaan Demir.

Frío. Letal. Peligrosamente poderoso.

Dueño de un imperio de casinos y hoteles de lujo, Kaan es un viudo marcado por la tragedia y por un mundo oscuro donde nadie sale intacto.

Nunca quiso salvar a nadie.

Pero al ver el miedo en los ojos de Loreta, una verdad se vuelve imposible de ignorar:

Nadie volverá a tocarla.

Lo que comienza como protección pronto se transforma en algo mucho más peligroso.

Obsesión.

Deseo.

Necesidad.

Porque cuanto más tiempo pasa a su lado, más difícil se vuelve mantener el control.

Y cuando Loreta descubre que está embarazada de Kaan Demir, entiende que ya no existe salida… ni del hombre peligroso que se apoderó de sus pensamientos, ni del brutal mundo que los rodea.

Ahora, mientras enemigos invisibles y secretos enterrados amenazan con destruirlo todo, Kaan hará cualquier cosa para protegerla.

Aunque eso le cueste lo poco de humanidad que aún queda dentro de él.

Dedicatoria

Para mi querida lectora,

Que ama a los hombres peligrosos,

Las tensiones prohibidas

Y giros argumentales que te dejan sin aliento…

Esta historia es tuya.

Nota de la autora

Bienvenida, mi amor, a una nueva historia de ArineWord, mi maravilloso mundo literario repleto de emocionantes historias.

Con mucha emoción, te traigo otra historia escrita con el corazón, pero esta vez, un poco diferente a lo que estás acostumbrada, si ya has leído alguno de mis libros antes. Sí. Ha llegado la primera novela oscura de ArineWord, y esta historia es especial en muchos sentidos.

En primer lugar, estamos comenzando una nueva serie, titulada « Turcos Poderosos», y en esta historia conocerás a la pareja formada por Kaan Demir y Loreta Feitag. Él tiene otros dos hermanos: Baran y Cem, pero como estamos dando los primeros pasos en el universo de la mafia, ¡puedes estar segura de que hay mucho más por venir!

Nuestra protagonista, Loreta Feitag, proviene de otra historia mía, titulada «casada (por accidente) con el príncipe descarado», que forma parte de la serie «Dinastía de poder», mi serie sobre la realeza que ya está terminada y disponible en Amazon. Loreta es la hermana menor de América Feitag, así que si ya has leído esa serie, te encantará reencontrarte con los personajes desde otra perspectiva.

Atención especial: Chicas, estamos adentrándonos en el tema de la mafia, y por eso no puedo dejar de decir que en las próximas páginas habrá escenas que hacen referencia a la violencia, los delitos, el tráfico de drogas, los secuestros, entre otros temas relacionados. Si no te gusta este tipo de temática, no pasa nada. Quizás esta no sea la lectura ideal para ti en este momento, pero hay muchos más libros en mi universo literario que te encantará descubrir.

Sin más...

Te deseo una lectura envolvente, intensa e inolvidable.

Mil besos.

Lista de reproducción

Ven a leer acompañada de la preciosa banda sonora de esta historia.

https://open.spotify.com/playlist/5u9vZZQgIiS1QdPm4yFPhh?si=I1wjcTuXQHy0pYFFZz-q-Q&pi=u-HrpTGKw1RRmD



Capítulo 1

Loreta

El comienzo de mi sueño

¿Sabes esos sueños de la vida que deseas hasta que se hacen realidad? Es lo que he hecho desde que era muy pequeña... Dibujé en mi cuaderno el sueño que tenía, y sabía que algún día lo alcanzaría.

Pero ahora, a mis veintiún años, que no reflejan mi aspecto de casi dieciocho, por fin se está haciendo realidad.

Claro, todo se retrasó un poco por el tratamiento de mi madre enferma, pero después de la boda de mi hermana y el nacimiento de mis tres preciosos sobrinos, llegó mi momento.

—¡Hasta pronto, Loreta! —grita mi hermana, América[1] , mientras voy en el coche de camino al aeropuerto del reino de Diamántia[2] , nuestro hogar.

—Hasta luego, América.

Al decir eso, la veo abrazada a su marido, un auténtico príncipe del Reino de Diamántia, Lucius Stell[3] . Este es un lugar maravilloso, pero siento en mi interior que hay algo más para mí en el mundo, y no aquí, muy bien protegida, viviendo con mi cuñado, el príncipe.

No es que él sea mala persona; de hecho, Lucius quiere tanto a mi hermana que pagó todos mis estudios, dejándome incluso algo de dinero para que pueda hacer este viaje.

Para empezar, el itinerario me llevará a conocer Grecia, Rumanía y Turquía. Por supuesto, mi primera parada es Estambul. He visto muchas telenovelas ambientadas en esta tierra y quiero ver de cerca lo que he visto en la pantalla, pero también quiero conocer mucho más de su gastronomía y sus costumbres de cerca.

Así que he planeado explorarlo todo durante un mes, y lo mismo haré en los demás países. Sin embargo, no quiero vivir como la cuñada del príncipe multimillonario; de hecho, he elegido vivir de forma sencilla y ver la realidad de las cosas.

Eso no quiere decir que no me guste lo mucho que Lucius me ayuda con todo, pero quiero descubrirme a mí misma y, en mi interior, algo me dice que, después de este viaje, mi vida nunca volverá a ser la misma.

Sé que es raro hablar así, pero... siempre me he sentido diferente a los demás. No es que quiera ni nada por el estilo, pero... tengo como un presentimiento... No es algo concreto ni específico, pero ha habido situaciones en las que he ayudado a muchos a evitar tragedias. A mamá le horrorizaba cuando hacía eso, porque después siempre me ponía enferma, la gente me pedía más cosas que yo no podía hacer y, entonces, ella se enfadaba y lo echaba todo por tierra. Y así fue c , mientras nos mudábamos de ciudad en ciudad, hasta que llegamos al interior de Nueva York.

Tuve una vida tranquila, rodeada de los cuidados de mi madre y mi hermana mayor, América. Ella empezó la universidad en la ciudad, pero... después de estar tanto tiempo enferma, y de su repentina e inusual boda con el príncipe en Las Vegas, y ahora con el nacimiento de los trillizos, no creo que vaya a retomar los estudios tan pronto. Sin embargo, sé que sería una excelente trabajadora social, como ya lo es para la gente de Diamántia.

En cuanto a los amores en mi vida... Incluso pienso en encontrar a un hombre guay, como un guardia real que se llama Mike. Es muy guay, pero... tuvimos una relación un poco fría. Juro que por unos momentos pensé que solo se había acercado a mí por ser la hermana de la última princesa, y no por mí misma.

Salíamos juntos y todo eso. Mi cuñado, Lucius, no paraba de decir lo simpático que era Mike y lo bien que venía de familia, aunque no fuera rico, pero entre nosotros, no era eso de lo que oí hablar a mi hermana... ese sentimiento abrumador, ese deseo que te calienta el cuerpo, desde la punta de los pies hasta la cabeza... Esa locura insana que te hace querer rendirte y entregarte sin ataduras.

Sí, tengo que dejar de escuchar a América y de leer novelas eróticas, pero... espero encontrar a alguien así. Intenso e inolvidable. Porque si los besos de Mike son tibios, imagínate cómo sería tener mi primera vez con él.

Todas dicen que duele, y si no estoy tan interesada en el hombre en cuestión, será aún peor. Por eso, en cuanto lo vi deseando a otra chica, inventé una excusa para romper con él y seguir con mi vida tranquila, pero aún virgen.

¿Quién sabe si será aquí, en Turquía, donde eso ocurra?

No lo sé. El futuro es tierra desconocida y solo quiero vivir el presente.

Me detengo frente a un edificio sencillo, pero bonito, de color azul y blanco, y atravieso la gran puerta de madera oscura. Me

dirijo a la recepción y me encuentro con una chica guapa de ojos almendrados.

—¡Hola! ¿Esto es el Hostel Mavi? —le pregunto en inglés a la chica de recepción.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle? —responde la mujer, sonriendo.

Hago el check-in y enseguida descubro que mi alojamiento, que pensé que sería un dormitorio mixto con mucha gente, era en realidad una habitación femenina con algunas literas. Me explicó que había llegado una familia y que habían pedido que no los separaran, así que tuvo que hacer el cambio.

—¿Le importa el cambio, señorita Feitag?

—No —respondo con una sonrisa.

De hecho, hasta me gustó, porque es mucho mejor tener solo mujeres en la habitación que mucha gente. Sin embargo, forma parte de la aventura de mi viaje de ensueño.

La mujer me entrega la tarjeta-llave de la habitación y seguimos adelante. Llama a la puerta y oímos una voz preguntar «¿quién es?» en inglés.

Con buen humor, la recepcionista le dice que soy su nueva compañera de habitación, y solo después de que ella da su permiso, se abre la puerta y veo a mi nueva compañera de habitación ahuecando la almohada en una de las camas.

Es muy guapa. Parece tener mi edad, veintiocho o veintinueve años, y tiene el pelo castaño rojizo y los ojos marrones. La recepcionista me da brevemente la información y los horarios del albergue y se marcha, dejándonos solas.

—Hola. ¿Qué tal? —la saludo en mi mismo idioma.

—¡Hola! ¿Qué tal? —se acerca a mí, tendiéndome la mano para saludarme—. Me llamo Marisol Del Castillo[4] , ¿y tú?

—Yo soy Loreta Feitag.

—¿Eres estadounidense?

—Sí.

En estos días, he decidido que los únicos que necesitan saber de mi vínculo con una princesa son las personas que ya me conocen. Si alguien comenta el parecido, diré que es una coincidencia, porque hay más personas con el apellido Feitag en el mundo. Sin embargo, necesito protegerme, sobre todo después de todo lo que pasó cerca de la boda de mi hermana.

Hay momentos en los que me veo a mí misma como una bomba de relojería, y siento que algunas de mis acciones son necesarias para mi futuro. Desconozco el motivo, pero creo que algún día lo sabré.

—Soy de El Salvador, en Centroamérica —comenta ella, sacándome de mis pensamientos.

—Debe de ser un lugar muy bonito, ¿no? —pregunto, intentando desviar un poco la atención de mí... No hay nada mejor que planear un nuevo lugar para conocer.

—Sí, es precioso. Para mí, el lugar más bonito del mundo. Las playas son increíbles.

—Otro destino más para añadir a mi lista de viajes —digo, sacando de mi mochila mi Diario de los Sueños, donde anoto lo que más deseo en la vida, y los viajes también están incluidos aquí.

—¿Te has apuntado el nombre de mi país?

—Sí —digo, sonriendo—. Suelo llevar una lista de sueños y deseos.

—Es un buen plan. Estoy segura de que si puedes ir a El Salvador, te gustará mucho, Loreta. Solo que no…

—¿Qué?

—No vayas sola. Eres muy guapa y hay peligros por todas partes.

—¿Por eso te fuiste de tu país?

Más rápido que mis pensamientos, la pregunta se me escapó de los labios. Si no quiero que ella sepa nada de mí, ¿por qué le pregunté y hablé de eso?

—Sí, tuve que dejar atrás mi antigua vida, pero si no te importa, preferiría no tocar el tema.

—¡Claro! —exclamé, tratando de escapar de la situación embarazosa en la que me había metido.

—Es por tu propia seguridad. Créeme.

—¿Estás en peligro? —pregunto, preocupada.

No me gusta mucho mi pasado, pero... ¿será ella un peligro mayor para mí que yo misma?

—Ya no. Ahora, cuéntame qué has venido a hacer a Turquía...

Me siento, me quito los zapatos y empiezo a contarle cómo quería venir a este lugar. De los sueños que me han dado las imágenes de las telenovelas turcas, los innumerables lugares turísticos que ya quiero conocer mañana mismo.

Marisol va sonriendo poco a poco mientras le explico mis búsquedas en Internet y mi deseo de conocer lugares antes de volver a casa, para empezar a estudiar contabilidad y... ahorrar dinero para intentar vivir esta aventura otra vez.

Lo quiera o no, nadie puede saber que quien me ha ayudado económicamente a llegar hasta aquí es un auténtico príncipe multimillonario de la tierra de los diamantes.



Capítulo 2

Loreta

Lo imposible sucedió

«—¡Loreta! ¡No puedes negar quién eres! —me regaña mi madre.

—¡No quiero ese destino para mí! ¡No quiero nada de lo que ese hombre representa! ¿Es que no lo entiendes?

Me empuja con fuerza.

—¡Maldita! Tu mentira se pagará con sangre. Puede que tarde días, pero la verdad saldrá a la luz. ¡No por mí! —me advierte —. Pero no creas que tu hermana te protegerá eternamente. Se hará justicia. ¡Y de nada servirá llorar, hija ingrata!

—¡No! —grito, despertando de una pesadilla en la cama de la litera donde estoy.

El sol ya está saliendo y... después de recordar mi último encuentro con la señora Úrsula Feitag, en nuestra antigua casa, perdí por completo el sueño.

No fue algo planeado. De hecho, fui de viaje con Mike, mi ex. Ni siquiera quería ir, pero... echaba mucho de menos a mi madre. Sin embargo, las palabras que me lanzó entonces me dolieron mucho más de lo que podía imaginar.

El plan era visitar la Estatua de la Libertad con Mike, que nunca había salido de Diamántia, pero como estaba tan cerca, le dije que aprovecharía la oportunidad. Recuerdo que se quedó en la puerta esperándome, pero lo que se gritó, todos a nuestro alrededor lo oyeron; eso me causó heridas como si me hubieran atravesado mil puñales.

Pero hoy consigo convivir con mi pasado con facilidad, y por eso oculto quién soy a todo el mundo. Nadie necesita saber la verdad sobre mí.

Miro hacia la cama de abajo y veo a Marisol todavía durmiendo, pero decido subir a la azotea del albergue y ver salir el sol contemplando el Bósforo[5] , que tiene unas vistas maravillosas desde aquí, en el barrio de Karaköy.

Me quedo observando lentamente cómo llega la luz y una imagen maravillosa se presenta ante mis ojos. Cojo mi teléfono y grabo la imagen que sé que volveré a ver otras veces. A lo lejos, oigo el sonido de la gente moviéndose por las calles de Estambul. No hablo mucho turco, pero entiendo algunas palabras de las conversaciones de los comerciantes que abren sus establecimientos, que están muy cerca unos de otros.

El sol empieza a calentarme la piel y me acomodo, meditando y deseando que el día de hoy sea maravilloso. Cuando termino, envío un mensaje a Estados Unidos contándoles mis planes, porque, a , aunque ya no tenga tanta cercanía con mi madre, mi

hermana asume totalmente ese papel, cuidando de mí allá donde vaya.

Aparecen otras personas, y es en ese momento cuando me doy cuenta de que mi momento de soledad ha terminado; bajo a arreglarme y, a continuación, salgo.

Me doy una ducha rápida y, con cuidado de no mojarme el pelo, elijo una ropa muy cómoda. Recorro las calles, en busca de los lugares turísticos que solo he visto en fotos, disfrutando del comienzo de mi primer día de viaje.

La ventaja del barrio donde me alojo es que está cerca de todo. Así que cruzo el puente de Gálata viendo a los pescadores y sigo por las calles. Hago una parada en el camino para tomar un café turco, que se ha convertido en mi favorito, y luego me dirijo a la Basílica de Santa Sofía. Hago unas fotos preciosas, sigo hacia el Parque del Sultán Ahmet, que está prácticamente al lado, y después voy a admirar la Mezquita Azul.

—¡Esto es precioso! —murmuro, mientras me hago fotos.

Me siento en una de las sillas para publicar fotos, pero me doy cuenta de que hay algún problema con mi paquete de datos. Mi último mensaje que se envió fue cuando estaba en el albergue.

Pongo los ojos en blanco, sabiendo que va a ser difícil resolver esto por aquí, pero no me voy a estresar por eso.

El olor a comida en el aire empieza a distraerme —y mi estómago también. Sigo caminando hacia el Gran Bazar, sorprendida por la inmensidad del lugar. Parece más bien un antiguo mercado municipal, con un laberinto de tiendas, alfombras, especias y joyas que brillan bajo las luces amarillentas.

Lo que más me llama la atención son las köfte, albóndigas a la parrilla servidas calientes con arroz y ensalada. Me siento en una mesita sencilla y como con un apetito que ni siquiera sabía que tenía. Todo está tan delicioso que casi pido otra ración, pero aún me queda mucho por ver hoy.

Empiezo a pasear por las tiendas y compro un recuerdo para mi familia, que se reduce a América, Lucius y mis sobrinos trillizos. Sin embargo, justo cuando estoy pagando, veo en la televisión la imagen de un palacio que parece sacado de Diamántia.

Sin embargo, todo está en turco y solo podré saberlo cuando regrese al alojamiento. Al salir del lugar, me doy cuenta de que el sol tan bonito que había antes ya se está poniendo. Acelero el paso y me dirijo al alojamiento; solo entonces me doy cuenta de que está más lejos de lo que pensaba. Cuando entro en mi habitación, ya estoy tan cansada que prefiero echar una siesta antes de decidir nada.

Me despierto más tarde, cuando oigo a una de mis compañeras de habitación entrar en la habitación. Una morena que conocí anoche y de la que no recuerdo el nombre.

—Buenas noches, Loreta —dice ella, revolviendo su cama—. ¿Te he despertado?

—Sí, pero te confieso que aún necesito descansar un poco más —le digo, dándome la vuelta en la cama—. He caminado mucho, he hecho un montón de fotos, pero ahora...

—¿A qué hora te has levantado? Las chicas y yo te hemos buscado esta mañana temprano y ya no estabas en la cama.

—Así es como salió el sol... —respondo, sonriendo—. Ha sido un día precioso. Tienes que ver las fotos que he sacado del Bósforo esta mañana.

Saco mi teléfono de debajo de la almohada para enseñarle las fotos, pero me doy cuenta de que se ha quedado sin batería. Maldición. Llegué tan cansada que ni siquiera me acordé de eso. Cuando voy a buscar el cargador en la maleta, oímos que alguien llama a la puerta. La mujer abre y enseguida me doy cuenta de que son otras dos invitándonos a una fiesta turca.

—No me gustan las fiestas. Gracias —dice la chica, cuyo nombre todavía no consigo recordar. Luego, vuelve a ordenar sus

cosas.

—Me lo pensaré —les respondo a las dos.

Sin embargo, más tarde, cuando llega Marisol, nos convencen para que las acompañemos y... al final... las cuatro nos vamos a conocer una discoteca turca.



Después de dos o tres tragos de ese café turco, estoy lista. Me pongo el vestido de cuero blanco, ajustado, corto e indecente, que mi hermana se empeñó en meterme en la maleta, y lo combino con unos zapatos de tacón bajo rojos que solo me puse en mi último cumpleaños. Termino de maquillarme, mucho más recargado de lo que suelo llevar, mientras Marisol habla con las dos chicas que nos han invitado a la discoteca, preguntándoles por la seguridad del lugar al que vamos. La respuesta es: tan seguro como cualquier otro sitio.

Bueno... Pensándolo con frialdad, las discotecas del reino de Safovia son las más seguras del mundo, pero en cuanto a este lugar... no llegué a investigar sobre el tema. No tenía pensado ir tanto a una fiesta, pero si he decidido pasar mi tiempo viajando, ¿por qué no hacerlo en un lugar donde nadie sabe quién soy y donde puedo ser simplemente Loreta? Solo hay que tener cuidado, y eso es lo que siempre hago y nunca me ha pasado nada.

Porque esta noche seremos yo y otras tres mujeres bellamente arregladas con ganas de vivir la vida, aunque solo sea por unas horas.

—Estás preciosa —le digo a Marisol, fijándome en cómo su rostro está más animado tras nuestros ánimos.

—Seremos las mujeres más guapas de Estambul—, declara.

—Mejor que sea así, porque me muero de ganas de encontrar a un turco guapo —bromea la pelirroja que nos invitó.

—Si son como los de las telenovelas turcas que veo, no me importaría enamorarme de uno de ellos —declara mi compañera de habitación.

—¡Y yo también! —afirmo, haciéndolas reír.

Antes de irnos, intento enviar un mensaje a mi hermana y a Lucius, pero nos informan de que ha surgido un problema con el internet en el local y mi tarjeta SIM internacional no me va a servir de nada. Incluso pensé en pedirle prestado el teléfono a Marisol, pero ¿cómo justificar que estoy hablando por su teléfono con un príncipe o una princesa de verdad, durmiendo en un albergue? Mejor no.

Como ya es tarde, mañana lo resolveré. Ahora, el objetivo es disfrutar de la noche y divertirme con otras tres chicas viajeras de mi misma edad.



No imaginaba que pudiera ser tan agradable sentir la música en un ambiente tan abarrotado como este. Me siento en las nubes, de una forma que nunca pensé.

¿Todo lo que suena es en turco? Sí, pero el ritmo es maravilloso y contagioso. En medio de la multitud, consigo olvidarme de todo lo que me atormenta y bailar al ritmo de una música de la que entiendo pocas palabras.

Las cuatro seguimos aquí, pero Marisol y yo preferimos no beber, a diferencia de nuestras otras compañeras. En este momento, estoy bailando con mi nueva amiga, a quien, si pudiera, me gustaría conservar para toda la vida.

Me ha encantado conocer a Marisol, y eso que mi viaje acaba de empezar. Creo que tenemos mucho en común y también el hecho de que desconfiamos bastante de las cosas. Claro que ella tiene un pasado, pero no sé si es tan cruel como el mío. Sin embargo, creo que podríamos ser amigas de verdad.

¿Quién sabe si mañana, cuando vuelva a tener internet, podremos seguir en contacto? Sería genial.

Nos lo estamos pasando tan bien, y cuando empieza a sonar la música de una telenovela turca cuya historia de pareja me encantó, me pongo a moverme y a disfrutarla, hasta que oigo a Marisol llamarme y, a continuación, gritarme al oído:

—Voy al baño un momento.

—¿Quieres que vaya contigo? —le pregunto al instante.

Ella sonríe y niega con la cabeza.

—No, no pasa nada. Solo voy a hacer pis y ya vuelvo. Tardaré diez minutos como mucho, y eso solo porque está lleno. He visto un baño de mujeres cerca del bar.

La miro con duda: ¿eso es tan seguro? No me parece muy prudente.

—¿Estás segura? No me importaría —le pregunto de nuevo.

—Totalmente segura. Será tan rápido que ni siquiera tendrás tiempo de echarme de menos.

Le dedico una sonrisa sincera mientras la veo alejarse, y luego me quedo observando a las otras dos chicas; están bastante borrachas. También se están lanzando encima de unos hombres que no les hacen ni caso.

Decido disfrutar del ambiente, pero inmediatamente se me pone la piel de gallina al percibir una mirada entre la multitud. ¿Será mi imaginación? No lo sé, pero... ¿Dónde está Marisol, que no vuelve?

Miro el reloj y ya ha pasado más tiempo del necesario. Si hay cola en el baño, es normal, pero no suele tardar tanto. Me dirijo a la zona de los baños y la busco en la cola, sin encontrarla. Espero a que salgan algunas mujeres, pero ella no aparece. Decido pedir que me dejen entrar para buscarla dentro, pero empiezo a preocuparme. ¿Nos habremos perdido de vista cuando fui a buscarla?

Vuelvo al lugar donde estábamos, pero las chicas están tan borrachas que apenas pueden hablar, nunca sabrían nada de Marisol. Entonces, decido salir, pensando si estará allí o algo así; sin embargo, cuando paso por la puerta, un nuevo escalofrío recorre mi cuerpo. En ese mismo instante, un hombre me agarra con fuerza por el brazo. Me esfuerzo y consigo escapar de su agarre.

Desesperada, empiezo a correr para alejarme de él por las calles de Estambul.

Como es tarde por la noche, las calles están vacías y no sé quiénes son esos hombres ni qué quieren de mí, pero sé que es algo malo.

—¡Es ella**!** —grita un hombre detrás de mí, en un idioma que reconozco y con un acento que me resulta aún más familiar.

Solo tengo un instante para girarme y ver que hay tres hombres detrás de mí. Se me resbalan los zapatos de los pies y los dejo tirados, en un intento por escapar de quienquiera que sea.

—¡Socorro! —grito, pero nadie me responde.

Intento entrar en una casa, pero antes de que consiga girar el pomo, dos hombres me agarran, levantándome del suelo y alejándome, ignorando por completo mis protestas.

—¡Soltadme! —grito, presa del pánico.

Entonces, uno de ellos, que claramente no es turco, me sujeta la cara apretándome las mejillas con fuerza.

—Eres tú, la hija bastarda de Daxton Bennet —gruñe en mi lengua materna.

—¡No lo soy! —miento, desesperada.

Me da una bofetada seca en la cara. Mi cuerpo pierde el equilibrio y caigo en los brazos de otro hombre, este sí, de rasgos turcos.

—¡No mientas, maldita! —grita el primero, agarrándome del cuello con violencia.

La presión me ahoga mientras intento respirar. Mis dedos se clavan en su brazo mientras mi cuerpo se retuerce. Sus ojos brillan con algo enfermizo y demencial. Por un instante, incluso pienso que es el fin de mi vida.

Hasta que de repente me suelta y yo me derrumbo, tosiendo, masajeándome el cuello con desesperación.

—Jefe... —le dice uno de los otros.

—No se merece morir así. Mándala a Adonis... Él le dará un buen uso a esa maldita.

Enseguida empiezan a reír, mirando mi cuerpo como si fuera un objeto en un escaparate, y solo de ver a esos hombres mirándome así, siento que se me revuelve el estómago.

No sé quién es ese tal Adonis, pero creo que debe de pertenecer a un submundo que nunca he visto en mi vida. Haciendo caso omiso de mis protestas, me suben a un coche oscuro y lo único que hago es clamar a los cielos para que tengan piedad de mi alma.



Capítulo 3

Loreta

Más cerca del infierno

—¡Ponte esto ahora mismo!— La voz de la mujer es seca, cruel, como un puñetazo en el estómago.

Me lanza un conjunto de ropa interior transparente.
Lo miro, confundida, asqueada.

—¿Pero qué es esto...? —empiezo a preguntar.

Ella golpea el suelo con fuerza con un látigo, el sonido cortando el aire y desgarrándome el pecho por dentro.

—Obedece, o te irá mucho peor. Tienes cinco minutos. —Y sale, dando un portazo a la puerta de hierro.

Estoy sola en una sala rodeada de espejos, como una pesadilla de cristal que refleja mi dolor desde todos los ángulos.

Todo el lugar se asemeja a una película de terror macabra, fría, húmeda y sombría.

Me dejaron aquí desde que mis captores me entregaron a la gente de Adonis. El desgraciado que sabe quién soy en realidad me agarró por el cuello, imaginando mi intento de fuga, y cuando estaban a punto de entregarme, me tocó el cuerpo destilando odio en mis oídos con un placer enfermizo:

—Aquí comienza tu condena, maldita. Vas a morir siendo violada como te mereces. Y además nos vas a hacer ganar mucho dinero, desgraciada.

Mi cuerpo se estremeció e intenté encogerme por instinto, a pesar de sentir su asquerosa mano sobre mí. Sin embargo, no lloré, aunque estaba aterrorizada.

Sin embargo, sé que... si quiero escapar, necesito huir de aquí urgentemente.

No sé si alguien vendrá a salvarme, sobre todo después de haberlo perdido todo en las calles de Estambul; mi pasaporte se quedó en mi maleta y mi tarjeta de emergencia de la realeza la perdí con mi bolso...

Estoy en una tierra extraña con gente que me detesta y ahora... ni siquiera sé qué será de mí...

La mujer llama a la puerta y, en una mezcla de miedo a lo que vendrá y asco por esta ropa sucia, me pongo lo que me ha ordenado.

Todo es completamente transparente, hecho de un encaje blanco de mala calidad. Me miro en el espejo. Ya no reconozco la imagen que me devuelve la mirada. En la sala al otro lado de la puerta, oigo voces. Risas. Ruidos de copas. Palabras en idiomas que no domino, y solo entonces me doy cuenta.

Es una subasta y yo... soy la mercancía.



—¿Quién puja más por la número 42? —dice el subastador.

No consigo ver quiénes son los participantes, pero si están comprando personas, ya te imaginas el nivel de esos seres a los que no puedo llamar humanos.

—¡Adjudicada al número 801! —declara él, golpeando el martillo como si cerrara la subasta de una obra de arte.

A mi lado hay una mujer con el rostro marcado por un latigazo que le ha azotado la cara. Ya estaba llorando cuando llegamos, pero ahora solloza desesperadamente. Cuando la empujan hacia la zona iluminada, algo cambia en el ambiente. El subastador vacila.

—¿Ninguna puja por la 43? —pregunta él.

Se acerca a la mujer, le levanta la barbilla con dos dedos, examina la herida de su ojo y frunce la nariz.

—Mercancía defectuosa —espeta con desdén.

Dos hombres al fondo de la sala, hasta entonces en silencio, vibran como si hubieran ganado una apuesta. Antes de que la mujer se dé cuenta, avanzan, sujetándola contra su voluntad.

—¡No, por favor! —grita ella, intentando retroceder, pero es inútil.

Uno de ellos la sujeta con fuerza. El otro ya le está tirando de los brazos.

—Ahora eres nuestra —dice, riendo—. Y vamos a disfrutar cada segundo con tu cuerpo.

Ni siquiera necesito imaginar lo que va a pasar. En pocos segundos, oigo el sonido de la ropa rasgándose y los gritos de la mujer suplicando que no, mientras ellos se ríen, disfrutando de lo que le están haciendo contra su voluntad.

Cierro los ojos, pero no puedo contener lo que entra por mis oídos. El llanto de dolor y desesperación me devuelve a una realidad que también es mía; mi cuerpo tiembla por completo.

—Eres la 44 —dice una voz masculina cercana, sacándome del aturdimiento.

Abro los ojos. Tengo la boca seca. Las lágrimas finalmente se escapan.

—Ve ahora.

Me empujan hacia la zona iluminada que me hace parecer aún más pálida de lo que ya soy. Como lo que llevo puesto es prácticamente transparente, estoy desnuda frente a monstruos que no veo.

Solo hay dos opciones para mi destino. Ser vendida a un desconocido o ser rechazada, como le pasó a la 43.

El silencio en la sala me desgarra y, por unos segundos, creo que no habrá pujas y que ese será el final.

Hasta que...

—¡Vendida al número 1032!

Sin embargo, no dejo de preguntarme si esto es algo malo. Es decir, si estoy más cerca de librarme de todo esto o si me estoy acercando al infierno.



El sonido de un llanto en medio de la oscuridad. Este es el lugar donde estoy con otras mujeres de las que ni siquiera conozco el aspecto. Sentada en el suelo, tratada como un simple objeto esperando... no sé cuánto tiempo. Ya han entrado otras mujeres después de mí y también he oído gritos como los de antes, pero aparte del pánico en el que vivo, el sonido de un disparo me hace temblar por completo.

Sé que, en este momento, mi vida no me pertenece, y que de un segundo a otro, mi historia puede terminar de repente y...

—¡Apártate! —grita una mujer, casi dándome una patada.

Otras también empiezan a empujarme, y es lo que siempre pasa cuando la puerta empieza a chirriar, anunciando que... o bien está entrando otra subastada... o algo peor.

—¡Quietas, joder! —grita un hombre, irritado.

Inmediatamente después, la luz de una linterna ilumina precariamente el ambiente, y solo en ese momento consigo ver quién está conmigo.

Temiendo que mi destino sea igual al de Marisol —porque ella también ha desaparecido—, la busco con la mirada en el instante en que la luz nos ilumina, pero no consigo encontrarla. En mi interior, deseo que su destino sea diferente al mío.

Sin embargo, lo que me escandaliza es que no solo hay mujeres de mi edad, e incluso algunas mayores, sino también otras que parecen tener menos de dieciocho años. ¡Dios mío! Incluso adolescentes han sido secuestradas y subastadas como yo.

El olor a orina se eleva en el aire mientras oigo a algunas sollozar de tanto llorar. Hasta que la luz se detiene en mi dirección.

—¡Tú, rubia! ¡Ven ahora! —ordena.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que la orden realmente va dirigida a mí, y eso es suficiente para que los dos hombres se abalancen sobre mí. El miedo se apodera de mí.

—¡No! —grito, pero no es suficiente—. ¡Soltadme!

Me empujan por los brazos hacia la puerta, mientras intento clavar las piernas en el suelo, tratando de escapar de su agarre, pero claramente me vencen con facilidad.

—¡Cállate o te irá peor! —dice el hombre que me ha apuntado con la linterna a la cara, dando un portazo en la habitación donde estaba.

Aprieto los labios, tratando de contener el llanto. Agacho la cabeza, asustada, y empiezo a oír gritos en el pasillo, pero esta vez no son de mujeres, sino de hombres.

Me atan las manos y no puedo hacer nada para evitarlo. También tengo miedo de lo que puedan hacerme si me atrevo siquiera a intentar escapar. Así, me ordenan que vaya delante y lo hago.

Hay tres hombres grandes, fuertes e intimidantes a mi alrededor. Sé que si intentara lo más mínimo escapar, cualquiera de ellos me mataría... Sin embargo, no sé si lo que me espera al final del pasillo es mejor o peor que la muerte.

—¡Quiero a mi clarísima! —Oigo una voz masculina irritada a lo lejos. —Nunca he visto aquí a una mujer como esa...

—Sabemos que es rara, por eso es especial... —declara otro hombre, con voz más contenida.

—Por el precio que pagué, debería estar aquí...

Entonces, mis ojos divisan a un hombre de traje y buen aspecto, detrás de una mesa.

—Aquí está, señor... —dice el hombre.

Me empujan hacia delante, frente a otro hombre muy diferente del primero. De baja estatura, con mucho sobrepeso, casi sin pelo. También lleva traje, pero su ropa está manchada de lo que

parece ser grasa, y en sus manos sostiene un cigarro apestoso que me da náuseas.

—Señor número mil treinta y dos, aquí está.

Levanta la mano para tocarme y, por instinto, doy un paso atrás, pero enseguida los que creo que son los guardias de seguridad me rodean, impidiéndomelo.

—Mi Clarísima —dice él, tocándome la cara. Cierro los ojos, deseando que esto le esté pasando a otra persona. —¿Qué es esa marca en su cuello?

Se me corta la respiración al recordar al desgraciado que me hizo eso, pero, por desgracia, no hay nada que pueda hacer.

—Solo ha sido por el transporte. En unos días estará perfecta, señor —dice el hombre de corbata.

Mi «comprador» me sonríe, y solo en este instante consigo ver sus dientes cariados y manchados por el humo. La angustia me invade, sobre todo cuando me abraza por la cintura. Como soy más alta que él, el hombre no consigue besarme, pero me aprieta el trasero y dice en voz alta y clara las palabras que me confirman que lo peor aún está por llegar.

—La noche se nos hará corta, Clarísima.



Capítulo 4

Kaan

Solo hay un ganador

«—Cariño, ¿ya vas de camino? —le pregunto por teléfono a mi mujer.

—Acabo de salir del mercado y he comprado ese dulce que tanto te gusta para que lo disfrutemos juntos esta noche.

Me río, pensando en lo bien que me conoce mi mujer.

—Por eso te quiero...

Ella se echa a reír.

—Pero esta noche te espera una sorpresa, señor Kaan Demir.

Sonrío, imaginando las intenciones de Selim.

—¿Qué tiene mi amada...

¡Boom!

—¡Selim! — Me despierto gritando con el corazón a mil por hora, solo en mi cama.

Me pongo la mano en el pecho tratando de calmarme y miro hacia el lado de mi cama, que, aunque han pasado más de cinco años, sigue vacía. Porque después de aquel día, nada más importó lo suficiente.

Me levanto de la cama y, como hace tiempo que mis días empiezan al caer la noche, me voy a dar un baño e intento calmar un poco la falta que me hace la presencia de Selim. Lo cual no sirve de nada, porque nunca la olvidaré y lo que hago hoy es por ella.

Qué odio me da. Un atentado desafortunado en medio de una guerra que ni siquiera imaginaba que existía. Tras todas las pérdidas de aquel día, me convertí en lo que quedó de mí. El hombre que tiene un mundo en sus manos, pero que vive un infierno personal mientras espera el fin de sus días.

Mientras no llegan, me esfuerzo por hacer lo que puedo con el tiempo que me queda. Y hoy, mis informantes me han dicho que el idiota italiano va a aparecer, y sé bien lo que le gusta, sobre todo por el rumor de una mujer diferente a todas las que han aparecido.

Si lo que dicen es cierto, tendremos un buen juego que no voy a perder por una sencilla razón... Si todo el mundo sabe que la casa siempre gana, ¿te imaginas ser el dueño de Imperium Demir, un holding de hoteles de lujo y casinos en Turquía y en todo el mundo?

—Solo he venido a jugar con el mejor. Menos mal que ha podido dedicarme un rato —dice el señor Fortino.

—Ya sabe que jugar conmigo es solo para quienes tienen grandes posesiones.

Sonríe, mostrando sus dientes podridos como su alma asquerosa.

—Hoy es mi día de suerte. Sobre todo después de todo lo que he adquirido.

Niego con la cabeza, cojo las cartas y decido que jugaremos al póquer.

Soy rápido contando, y con un idiota alegre frente a mí, ni siquiera se dará cuenta de lo que estoy haciendo. Claro que no siempre hago esto. Hay momentos en los que necesito perder, pero este no es uno de ellos.

—Empecemos con cuatrocientos mil dólares.

—¿¡Dólares?!

—Te avisé que no juego por poco. Mi tiempo es caro. Si quieres parar, lo hacemos ahora y te vas de aquí.

Me quedo observando sus movimientos porque sé el temor que le causo a la gente, y con él no es diferente. Sin embargo, hay una diferencia en esta conversación: mi adversario cuenta con la suerte.

—Vamos, señor Demir. Hoy saldré de aquí millonario.

Llamo a uno de los crupieres de mi confianza y empezamos.



Pasa una hora y le permito que se suelte, ganando dos y perdiendo una. Estoy en números rojos, pero sé que será por poco tiempo.

—Sabía que hoy me haría rico. Voy a dar una fiesta de cinco días con todo este dinero que ya he ganado.

Tomo un sorbo de mi whisky antes de continuar con el juego que... de hecho me está cansando.

—Apuesto el doble —digo, poniendo casi todas mis fichas sobre la mesa.

Lo miro, esperando su jugada. Fortino sonríe mientras mira sus cartas, pero ya sé que tiene una mano débil. Lo digo en comparación con lo que tengo en mi poder.

—Si yo fuera usted, no apostaría tanto...

Intenta aconsejarme, con una osadía ebria que prefiero pasar por alto en este momento.

—¿Pagas o te retiras? — le pregunto fríamente.

Él vuelve a sonreír, quitándose el reloj.

—Como sé que voy a ganar, te voy a dar este, que es una pieza de subasta...

—Necesitas más para seguir —afirmo.

—Está bien. —Coge las llaves de un coche. —Mi Jaguar. Está ahí fuera y...

—Ese modelo está descatalogado, y coches tengo muchos. ¿Qué más tienes?

Él reflexiona, pensando mientras se rasca la cabeza, casi completamente calva y bastante grasa. Por mi parte, me mantengo tranquilo por fuera, pero por dentro solo espero que diga lo que quiero oír.

—No pensaba hacerlo, pero... voy a poner mi última adquisición...

Se aleja con el teléfono en la mano y vuelve al cabo de unos instantes con una foto de la mujer.

—Es preciosa. Alta, muy joven, de ojos claros, rubia de pies a cabeza. Hasta el coño le es rubio. Si ganas, te va a encantar.

Estoy a punto de destrozar a este hombre con mis dedos. Sobre todo por saber que esa «adquisición» no fue por voluntad de la mujer, sino por uno de los delitos que más detesto: la trata de personas.

Mirando la foto, a mí me parece que debe rondar los 18 años, si es que realmente es mayor de edad. Sin embargo, ahora es una cuestión de honor. Tengo que sacarla de las manos de ese desgraciado.

—Entonces, ¿la aceptas en la apuesta? —dice, mostrándome su foto como si la chica fuera un objeto inanimado y de escaso valor, y no una persona que no pidió estar atrapada en este mundo bajo y vil.

—Aún no me la he follado, pero para esta noche...

—Acepto si realmente es virgen —respondo, interrumpiendo su vulgar y soez discurso—. Deja tu teléfono sobre la mesa como garantía.

—No he hecho nada con ella, pero la chica tiene una marca en el cuello...

Entierro los ojos, tratando de sacarle la verdad.

—Te lo juro, pero... eso no es un problema porque esta noche solo seremos nosotros dos...

Deja las cartas sobre la mesa con un chasquido exultante, como si su victoria estuviera decretada.

—Trío de reyes —dice, triunfante, mostrando los tres reyes con arrogancia.

Me limito a mirarlo fijamente durante un segundo antes de pronunciar mi veredicto:

—Qué pena... —murmuro, mientras bajo las mías—. Escalera de color. Ahora es mía.

Inmediatamente se levanta, indignado.

—No puede ser... Yo no...

—Ha sido un juego limpio y...— Empiezo a recoger la mesa, pero en ese mismo instante, él tira las fichas y el reloj sale volando. —Si el reloj se ha roto, me quedaré con tu Jaguar como compensación.

Él sigue indignado y, con solo una mirada, llamo a mis hombres para que contengan al desgraciado.

—¡Eh, soltadme!

—Fortino, ¿no eras tú quien había dicho que hoy era tu día de suerte? ¿Qué habrá pasado? Porque sabemos que en el juego solo hay un ganador. ¿No es así? —ironizo.

—Señor Demir, podemos negociar... Le doy otra cosa o... —Sigue intentando explicarse. —Mañana le entrego otra cosa a cambio, pero... quiero a Clarísima.

Me levanto, algo impaciente, mostrando mi superioridad, que le supera con creces en altura.

—Un juego es un juego, señor Fortino. Hay momentos en los que se gana y, en otros, se pierde... ¡Y usted ha perdido!

—¡Deme un plazo! —clama él—. Puedo...

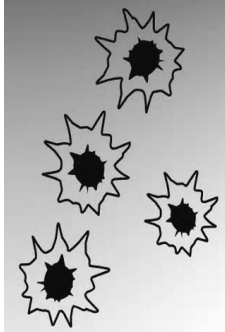
—Encontren a la chica y tráiganla a mi suite ahora mismo —ordeno a unos guardias de seguridad. Luego, vuelvo mi rostro hacia el desgraciado. —Ella se queda conmigo. El resto... como el reloj, si consigue el dinero, tiene tres días. Y sabe lo que pasa si falla, ¿no?

Él niega con la cabeza y se aleja a zancadas. Me contengo para no matarlo en ese mismo instante.

Me dirijo al crupier con un gesto discreto.

—Asegúrense de que la traten como a una invitada. Y de que nadie, absolutamente nadie, la toque.

Porque ahora... sea quien sea, esa mujer está bajo mi protección y no le pasará nada más.



Rescatada por el magnate oscuro

SERIE TURCOS PODEROSOS - LIBRO 1

CARLLA ARINE











Resgatada pelo magnata sombrio

SÉRIE TURCOS PODEROSOS - LIVRO 1

CARLLA ARINE







Capítulo 5
Loreta
Tan oscuro como la oscuridad

Contando.

1, 2, 3...

Así es como mantengo la cordura mientras espero a ver qué ha decidido hacer conmigo mi «comprador». Estoy encerrada en un coche oscuro y sofocante, con una minúscula rendija abierta en la ventanilla.

Si solo fuera eso...

También estoy atada con esposas y grilletes en los tobillos. Pero ya lo he entendido: si intento escapar, será peor. Los hombres que rodean el vehículo parecen perros guardianes: armados, despiadados, con ojos que me atraviesan como si solo fuera una transacción.

Si solo soy un producto, ¿por qué me tratan como a una persona con sentimientos?

El hombre horrible que me sacó de la casa donde estaba pasó horas diciendo lo que quería hacerme. Cada palabra era un asco que me daba ganas de vomitar.

Pero ya sé lo que va a pasar.

Antes de que salga el sol, mi cuerpo ya no será mío. Mi virginidad será tratada como un trofeo y entregada a un monstruo desconocido que me ve como un cuerpo, y no como una persona.



Llevo más de una hora dentro de este coche, a punto de desmayarme por el calor, cuando, de repente, se abren las puertas.

—¡Es ella! —dice uno de los hombres.

Me quitan las esposas y los precintos. Mi primer impulso es correr, pero antes de que pueda hacerlo, uno de ellos me agarra del brazo y me levanta del suelo con fuerza.

Me llevan contra mi voluntad al interior de un edificio. Gritan en turco, pero no entiendo nada, y el miedo crece. Intento soltarme, grito, suplico, pero no me escuchan.

Hasta que se abre una puerta y me empujan dentro de una habitación lujosa. Inmediatamente después, la puerta se cierra de golpe.

Me giro en estado de shock, observando el ambiente, y me encuentro con una cama enorme, sábanas impecables y muebles dignos de un hotel de cinco estrellas.

En ese instante, el terror me invade.

—Ay, no...

Siento que me ahogo, mi corazón se acelera y se me pone la piel de gallina. Me van a utilizar aquí. Me van a violar en esta bonita habitación. Eso es.

Miro a mi alrededor, buscando una salida. Corro hacia la ventana y veo que está cerrada y sellada, y que estamos demasiado altos para cualquier huida.

Entonces oigo pasos que se acercan. Mi instinto es correr al baño. Cierro la puerta con fuerza. Intento echar el cerrojo, pero no

hay. Me apoyo contra ella, empujando con todas mis fuerzas.

Siento un zapato de hombre forzar la rendija con delicadeza.

Podría haberla derribado si quisiera, pero no lo hizo.

—No tienes por qué tener miedo. No te haré daño.

La voz es tranquila, grave e incluso... demasiado serena para un verdugo, pero después de todo lo que he visto y oído... ¿cómo voy a creerlo?

—Si lo que dices es verdad, déjame ir.

Entonces, él lanza una toalla por la rendija.

—Puedes darte un baño, no te molestarán.

Me siento aún más recelosa.

Entiendo que no debo confiar en nadie más, y mucho menos después de todo lo que he vivido. Todavía me duele el cuello por el agarre que me hizo ese hombre hoy. Por eso, mi primera pregunta es:

—Si lo que dices es tan cierto, ¿por qué no me dejas cerrar la puerta con llave?

—Voy a cumplir exactamente lo que te he dicho porque es lo que necesitas en este momento.

Sus palabras misteriosas me dejan aún más confundida y también temerosa.

Mi duda es si él es, de hecho, otro de esos hombres de deseos oscuros que he conocido. También hay otra cuestión: si quien me «compró» es ese extraño repugnante y bajito, ¿quién es este?

¿Será otro con obsesiones oscuras? ¿Que desea verme dándome un baño?

—Coge la toalla, voy a mandar que te traigan ropa limpia.

Todo me da miedo y ya he visto demasiado como para confiar.

—Chica, ¿me estás escuchando? —me llama de nuevo con una voz firme que me hace dar un respingo de sorpresa.

—No entres.

Suspira con pesadumbre, luego deja caer la toalla al suelo y cierra la puerta.

Doy pequeños pasos hacia atrás hasta apoyarme contra la fría pared del baño. Mi respiración se entrecorta por el miedo en medio de esta expectativa de algo que sé muy bien que puede suceder. He aprendido que los hombres pueden decir muchas cosas, pero eso no significa que sus palabras sean ciertas.

Por eso, necesito protegerme.

Recorro con la mirada el ambiente blanco y muy limpio en busca de algo que pueda servirme de arma, hasta que lo encuentro.

Un gancho metálico fijado a la pared, junto a la ducha.

Tiro con fuerza. Una. Dos veces. A la tercera, cede con un chasquido. Lo sujeto con firmeza con ambas manos, el corazón disparado en el pecho. Abro la ducha, atenta a cuándo aparecerá detrás de mí.

Si cree que va a poder satisfacer sus deseos promiscuos, está muy equivocado.

Me quedo esperando, hasta que lentamente la puerta se abre y lo veo mirando al suelo.

Corro hacia él, intentando golpearlo con el gancho, pero el hombre es grande y mucho más fuerte que yo. Se libera del gancho y acabo resbalando en el suelo mojado. Caigo y me golpeo fuerte la cabeza contra las baldosas.

—¡No me toques! ¡Por el amor de Dios! —grito, sabiendo que estoy más vulnerable que nunca.

Siento que me da vueltas la cabeza. El golpe ha sido fuerte y mi cuerpo tiembla sin control.

Pero él no se acerca. No grita. No me toca de inmediato. Se queda ahí mirándome y, por un instante, el silencio dice más que cualquier palabra. El dolor empieza a zumbar detrás de mi cabeza.

—Estás sangrando. Te van a tener que dar puntos.

Su voz es grave. Baja. Increíblemente controlada.

—No... No... No quiero ir contigo...

Se arrodilla a mi lado, muy despacio, como si estuviera tratando con un animal herido.

—Yo... Prefiero la muerte antes que irme...

Sus ojos oscuros se clavan en los míos y veo algo que me desconcierta. No es lujuria ni frialdad, sino una ira intensa que llega a ser palpable, pero sé que no es mía.

Es como un odio contenido, que arde por dentro. Sin embargo, aún no entiendo qué lo motiva.

—Entiende una cosa: nadie te tocará un pelo mientras yo esté aquí. Es una promesa, y yo cumplo todas las que hago.

No respondo. Solo cierro los ojos, empezando a sentir el sabor metálico de la sangre en la boca.

Mi visión se nubla y me siento mareada y débil.

En ese momento, siento unos brazos fuertes que me envuelven con firmeza; me veo obligada a rendirme ante un mundo tan oscuro como la oscuridad misma.



Capítulo 6

Kaan

Ecos del pasado

—¡Mierda! —exclamo, levantándola del suelo mientras ella se desmaya en mis brazos, como si estuviera muerta.

Dejo su frágil cuerpo sobre la cama y abro la puerta de un portazo, gritando por los pasillos:

—Llamen al Dr. Yılmaz. Ahora mismo.

Entonces vuelvo la mirada hacia ella. Nunca imaginé ver a una mujer actuar así. Me atacó y se hizo daño a sí misma por puro pánico a ser violada. El terror en sus ojos era palpable. El instinto de supervivencia en medio del pánico a vivir lo que sin duda ocurriría si no hubiera ganado aquel maldito juego.

Si es que no había pasado nada antes. Si ese desgraciado no mintió al decir que no había hecho nada con esa chica.

¡Joder! Parece tener unos dieciocho años. Quizá un poco más, y nadie sabe cuánto tiempo lleva atrapada en este asqueroso tinglado. Cuántas amenazas, miradas repugnantes y toqueteos sin permiso habrá sufrido...

Entonces, cubro su cuerpo con la sábana. No por pudor, sino por respeto. Aun así, puedo ver marcas moradas en su cuello. Es evidente que intentaron asfixiarla, y eso es lo que imagino hasta ahora.

Pero sea quien sea ese hijo de puta, lo mataré con mis propias manos.

Me alejo de su lado y salgo a gritar de nuevo, pero es en ese momento cuando veo llegar al médico. Solo le hago un gesto con los dedos y cierro la puerta.

Me pregunta qué ha pasado y se lo cuento brevemente, pero le dejo claro lo que quiero que haga.

—Examine la herida de su cabeza, pero también quiero que compruebe lo que le han hecho a esta mujer. Dígame todo.

Me alejo, yendo al balcón, que estaba cerrado con llave, y espero a que haga su trabajo. El odio me consume, pues sé que su belleza exótica fue lo que más la trajo hasta aquí. Es joven, inocente y diferente de las mujeres de mi tierra. Me imagino lo que harían con ella después del primer comprador.

Si piensan que sería para convertirla en esposa, es todo lo contrario: sería abusada hasta el agotamiento. También herida. Después, vendida una y otra vez. Usada por monstruos que llaman a eso placer.

Me quedo mirando cómo crece la luna en el horizonte mientras pienso en mis próximos pasos, pero, indiferente a todo, me preocupa la joven. ¿Cómo haré para que nunca más caiga en manos de esos desgraciados? Sacarla del país es lo más acertado; sin embargo, ¿cómo hacerlo si yo mismo no...

—Señor Demir.

Oigo que el médico me llama y le pido que se acerque.

—Señor, puede que no sea nada, pero sería bueno llevarla a hacerse una prueba de imagen para descartar cualquier riesgo. Le he dado los puntos y le he recetado medicación. No debería despertarse hasta mañana.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué más ha descubierto sobre ella? ¿Llegó a despertarse mientras la atendía?

—No, pero por las marcas que vi en su cuerpo, parece que ha pasado por situaciones de... —Hace una pausa. —Creo que entiende lo que quiero decir.

Asiento, sabiendo que se refiere a prácticas atípicas.

—¿Puede afirmar si... ha sufrido algún tipo de abuso? —pregunto, conteniendo mis puños.

—Por lo que he examinado, no he encontrado indicios. Pero podremos hacerlo con más precisión mañana. Si quieres, yo mismo la buscaré...

—Necesito a una mujer de confianza —le interrumpo—. Su reacción de hoy ha dejado claro que no confía en los hombres, y por eso voy a limitarlo al máximo. Solo yo estaré cerca y, en última instancia, usted.

Me vuelvo hacia él.

—¿Hay alguien en quien confíe?

Él sabe de las muchas mujeres que he tenido. Por eso, ninguna de las que me rodean, excepto las empleadas de la casa, es de fiar. No tengo una base de confianza. Ellas nunca protegerían a la chica, por creer que es mi nuevo interés romántico... Lo cual nunca sucederá. Nunca he tenido relaciones con menores de edad, y nunca lo haré.

—Solo pienso en la señorita Zeynep Karahan —responde—. ¿La recuerda?

En ese mismo instante, como ecos del pasado, me viene a la mente. Prima de mi Selim, es una joven de la misma edad que mi esposa. Siempre ha sido muy fuerte para afrontar la vida. Perdió a su padre muy pronto a manos de los mismos criminales que me arrebataron mi felicidad años después, pero eso nunca la detuvo. Eso la hizo más firme y hoy es en quien podré confiar para ayudar a la niña traumatizada que duerme en una de las habitaciones de mi casa.

—Excelente idea. La llamaré ahora mismo.

Poco después, él se aleja y yo la llamo. Tarda un poco en contestar, pero cuando lo hace, le explico la situación y ella lo escucha todo en silencio. A continuación, me dice que cogerá el primer vuelo hacia mi casa.

Mientras tanto, la dejo en la habitación, esperando a que se despierte, pero no lo hace. Incluso compruebo su respiración para saber si está viva. Llega Zeynep y hablamos muy brevemente. Decido quedarme en la habitación de al lado y la dejo con la mujer.

Al cerrar la puerta, pienso en cómo será cuando se despierte, pero sé que Zeynep hará todo lo posible por cuidar de esta joven de la que ni siquiera sé el nombre.

Pronto lo descubriré todo, pero ahora es el momento de esperar.

Al fin y al cabo, no sé quién es ni de dónde viene. Pero sé que nunca más la tratarán como a un objeto. No mientras esté bajo mi techo y mucho menos bajo mi protección.



Capítulo 7

Loreta

¿Será esa la Luz?

Dolor.

Es lo primero que siento cuando intento mover los ojos. Entonces, como una avalancha, todo vuelve a mi memoria. La escena se repite íntegramente en mi cabeza: yo intentando atacar a un hombre fuerte y grande, resbalando y cayendo. Después, suplicándole presa del pánico que no me hiciera nada y... entonces, desmayándome en medio de la sangre.

Mi sangre, que brotaba de mi cabeza.

Por fin, lentamente, abro los ojos. Mi visión está borrosa, pero consigo distinguir una figura. Una mujer preciosa. Tiene el pelo oscuro, casi negro, ojos almendrados, y lleva un vestido blanco.

Dios mío. ¿Acaso he muerto y ella es un ángel? Nadie sabe cómo es el más allá, pero...

—Buenos días. Has tardado bastante en despertarte —dice ella en mi idioma, con un acento diferente, obsequiándome con una sonrisa amistosa.

Me siento, pero enseguida me empieza a dar vueltas la cabeza. Me toco donde me duele y noto puntos en la parte superior del cuero cabelludo.

—¡Ay!

—Te caíste muy feo, menos mal que te ayudaron en ese momento, pero...

Ella extiende la mano.

—Empecemos por lo básico. Me llamo Zeynep Karahan, soy... empleada del hombre que te rescató y te trajo aquí. ¿Y tú quién eres?

Lo pienso un instante. Si él es realmente alguien bueno, quizá no acepte quién soy en realidad, como todos los que he conocido hasta ahora. Puede que me devuelva a esos hombres y me mire como todos los demás siempre lo hacen.

Mejor no arriesgarme.

Mejor protegerme.

Por eso, elijo un nombre parecido al que me ponía mi antiguo «dueño». El nombre que usaba para reducirme solo a mi apariencia.

—Me llamo Clara —respondo.

—Encantada, Clara. ¿Quieres tomar algo? ¿Agua, café? ¿Comer algo?

Niego con la cabeza. Sin embargo, sé que necesito alimentarme. Hace mucho tiempo que no sé lo que es una comida de verdad, pero no sé si ella es tan de fiar como parece, aunque no tenga esa mirada intimidante que he visto en los hombres estos días.

—¿Quieres darte un baño de verdad? ¿Quitarte esa ropa vulgar y... horrible? —pregunta ella.

Asiento lentamente con la cabeza, afirmando.

—Te voy a ayudar, está bien, pero... por favor, no intentes huir. Estás realmente a salvo. Kaan nunca te obligaría a nada. Si ha decidido traerte hasta aquí, es porque quiere lo mejor para ti. ¿De acuerdo?

Kaan. ¿Así se llama?

Lo he visto tan poco.

Pero recuerdo sus ojos. Oscuros como la noche y con una gentileza contenida en medio de toda esa fuerza impenetrable.

Sin embargo, surge la pregunta: ¿por qué yo? ¿Por qué no otra chica, de entre tantas que encontré en el infierno en el que estaba?

—Aquí tienes una toalla y ropa limpia.

Zeynep saca del armario una toalla blanca y ropa que parece un vestido, además de bragas y sujetador.

—No sé muy bien tu talla, pero... creo que te valdrán —afirma—. —Puedes usarlas sin preocupaciones. Son nuevas y las compré yo misma cuando supe de ti.

Estira el vestido.

—Es para atar. Puede que te quede un poco holgado, pero te servirá.

Le doy las gracias con un gesto silencioso e intento levantarme, pero en ese mismo instante, el mareo me golpea de lleno. Zeynep me ayuda sujetándome con firmeza de la mano, y solo entonces consigo levantarme. Me apoyo en la pared y respiro hondo varias veces hasta que el suelo deja de dar vueltas.

Con pasos lentos, me dirijo al baño. Por supuesto, todo está perfectamente limpio, como el resto de la habitación. Este lugar no

tiene nada que ver, ni por asomo, con el lugar donde estaba. Es un hecho que no sé dónde estoy, pero cada detalle rezuma riqueza.

No es del tipo real, como donde vivía con mi hermana, pero aun así, de un nivel muy alto.

—¿Necesitas ayuda en el baño? No podrás mojarte el pelo por los puntos, pero si te sientes más cómoda...

—¿Puedes quedarte conmigo, sujetándome, para que no resbale? —le pido.

—Claro que sí.

Sigo desconfiando, pero entre la posibilidad de que ella sea también una mentirosa peor que mis captores y el riesgo real de volver a caerme y acabar muriendo, prefiero darle el beneficio de la duda a Zeynep.

Me ayuda a quitarme esa ropa vulgar y sucia, me pone unas sandalias antideslizantes y se queda a mi lado sin tocarme. Me aseo como puedo, sintiendo cómo el agua caliente moja mi cuerpo.

Parece que hace una eternidad que no tenía esta sensación. Todavía no es libertad, pero después de tanto tiempo, es luz.

—Ya te expliqué que no podemos mojarte el pelo, pero al menos podemos quitarte un poco de sangre de las puntas. ¿Quieres que te ayude? —me pregunta.

—Sí —respondo.

Me ayuda con cuidado y, poco a poco, veo cómo el agua se tiñe de rojo; eso me hace un nudo en la garganta. El miedo vuelve y no puedo evitarlo, las lágrimas resbalan por mi rostro.

—Tranquila, Clara. Lo peor ya ha pasado —intenta tranquilizarme Zeynep—. Solo ha sido una etapa y... pronto no será más que un mal recuerdo de un pasado que ya has superado. ¿De acuerdo?

Intento concentrarme en sus palabras mientras el agua se va aclarando, hasta volver a salir transparente de nuevo. Solo entonces me ayuda con la toalla y nos dirigimos al dormitorio.

En ningún momento Zeynep me toca en zonas íntimas. Solo está ahí para apoyarme, por si acaso pierdo el equilibrio de alguna manera. Consigo vestirme y, aunque me duele todo el cuerpo, me siento limpia.

—El vestido te queda precioso. El azul combina con tus ojos.

—Gracias.

Me siento en la cama y ella me ayuda a secarme el pelo con delicadeza.

—Clara, como todavía estás muy mareada, te llevaremos al médico para que te hagan unas pruebas.

—Está bien.

—Pero te aviso ya que no seremos solo nosotras dos. Los hombres de Kaan vendrán con nosotras y él también.

Al instante, mi cuerpo se tensa por los nervios. No por miedo a él, sobre todo porque no me ha hecho nada, sino por la duda que me corroe: ¿qué ha pasado para que saliera de las manos de ese hombre despreciable y acabara aquí? Nadie me lo ha explicado todavía.

También hay otra cuestión: si esto es un rescate, ¿por qué no me ha entregado a las autoridades?

Porque sé que América debe de estar desesperada, preocupada por mí, y yo deseo con todas mis fuerzas volver a mi casa, aun sabiendo que no será tan fácil, sobre todo debido a un pasado que no elegí y que me persigue.

—No tienes por qué ponerte así —dice Zeynep, al darse cuenta de mi tensión—. Kaan tiene muchos defectos, pero ninguno de ellos tiene que ver con lo que planeaban hacer contigo . Ya te lo

he dicho, él nunca invadirá tu espacio ni te obligará a nada. Lo conozco desde hace años y...

—Puedes llevarme, Zeynep. No te lo impediré.

Por desgracia, no tengo muchas opciones. Sin embargo, hay una ventaja. Conociéndolo, podré saber si todas las palabras de Zeynep son ciertas o si solo estoy atrapada en una nueva, reluciente y aún más peligrosa red de mentiras y depravaciones.

Unos minutos después, me indican que me ponga un pañuelo en la cabeza, que me cubra todo el pelo. Lo que me resulta extraño es que Zeynep no lleva nada, pero ella me dice que en mi caso es necesario.

Sigo por el pasillo acompañada de ella y de tres hombres que supongo que son guardias de seguridad. Empiezo a oír sonidos electrónicos y, cuando el pasillo termina, me doy cuenta de que estoy en lo que parece un casino, cerca de las máquinas tragaperras.

Confirmo lo que veo al vislumbrar la ruleta y las mesas de blackjack. Está todo vacío, pero puede que sea temprano para los habituales.

—Las esperaré a las dos en el coche.

La voz grave, firme e inconfundible resuena, y me quedo paralizada al instante. Cada célula de mi cuerpo reconoce ese timbre.

Me giro con cuidado y lo veo de espaldas, alejándose por el pasillo en dirección contraria. Alto, fuerte, vestido con ropa oscura, caminando con una postura imponente.

El misterioso y enigmático Kaan.



Capítulo 8

Kaan

Sus secretos

Clara. Ese es el nombre con el que se presentó, pero por el espejo retrovisor veo que hay más que eso en sus ojos azules. Es exótica, joven y poco común, pero también firme, fuerte y luchadora. Si sigue viva hasta ahora, no es solo suerte, hay más detrás y... una parte podré descubrirla en sus exámenes médicos.

No es que sea una obligación ayudarla y devolverla a su familia, pero mis instintos me dicen que hay más detrás de su rostro angelical. Evito mirarla directamente, sabiendo los traumas que debe haber vivido y también para que no piense que quiero otra cosa que no sea su libertad en seguridad, pero por lo poco que he visto, puedo afirmar que Clara esconde más de lo que dice.

Entonces, siento que mi teléfono vibra y veo que se trata de un mensaje de Zeynep, que está en el asiento trasero, en el extremo opuesto a Clara.

Zeynep: Ella ha querido venir. Creo que no intentará huir, pero creo que es mejor avisar a tus hombres.

Kaan: Ya lo saben. Más tarde necesitaré más información tuya. Sobre lo que has descubierto de la chica.

Zeynep: No tengo mucha. No tiene tatuajes ni marcas de sangre, excepto la que ya has visto en su cuello. Tiene algunas laceraciones, pero es de esperar, dado lo que ha pasado.

Kaan: ¿Qué te ha parecido su personalidad?

Zeynep: Parece que viene de una familia rica. No se sorprende con las cosas caras. Sabes que no puedo afirmar nada en este momento, ¿verdad?

Kaan: Sí, claro. Lo investigaré más a fondo y te informaré si es algo importante.

Zeynep: Te lo agradezco.

Damos por terminada nuestra conversación y el conductor entra en el aparcamiento subterráneo de la clínica del Dr. Yılmaz. Solo la he traído porque es imposible realizar los exámenes necesarios en mi propia casa. Zeynep habló de la necesidad, y por eso hemos venido.

Les dije que la identificaran como «acompañante de Kaan Demir» en las pruebas. No quiero que quede constancia de ella en los historiales y pagaré un buen precio por ello. Se la llevan y Zeynep la acompaña.

Ha pasado casi una hora y exijo que le hagan todas las pruebas necesarias para que no haya que volver. No me gustan los entornos hospitalarios, y menos aún los lugares en los que no tengo control total. Aunque pague un alto precio por la confidencialidad y la prioridad, sigo alerta.

Ante cualquier señal de peligro, irrumpiré en esa consulta sin pensarlo dos veces.

Por fin, veo que se abre la puerta. Ella sale despacio, apoyada en Zeynep. Está más pálida que antes, con la mirada aún distante, pero nunca derrotada. La firmeza de una superviviente.

—Está cansada —dice Zeynep al verme—. El doctor Yılmaz ya va a traer los resultados preliminares.

Asiento. Mi mirada se dirige a Clara, que baja los ojos al darse cuenta de que la estoy mirando. No de forma invasiva, sino tratando de entender por qué el destino cruzó nuestros caminos aquel día.

El médico se acerca enseguida con una discreta carpeta en las manos.

—Señor Demir, ¿puedo hablar con usted un momento?

Lo acompaño hasta la consulta.

—La paciente presenta signos de deshidratación leve, falta de sueño, tensión muscular extrema, pero nada que indique algo irreversible. No hay indicios de abuso sexual, como pensábamos. Tampoco hay drogas en la sangre. El único punto de atención es psicológico. Está bajo un fuerte estrés postraumático.

—¿Se puede tratar? —pregunto, sin rodeos.

—Sí, con tiempo y un entorno seguro. Tienes que entender que su mente está en modo de supervivencia constante. Necesitará tiempo y un lugar tranquilo. Pero, sobre todo, necesita confiar en quien esté a su lado... o ser devuelta a su familia lo antes posible.

—En este momento, eso es imposible —afirmo.

—Lo entiendo. Pero cuanto antes se gane esa confianza, mayores serán las posibilidades de una recuperación rápida.

Confianza. Algo que no se gana con palabras, solo con hechos.

—Gracias. Ahora quiero que queme los registros. Transfiera todo al sobre físico y entrégamelo.

—Claro, ya lo estamos haciendo. También iré a su casa a ver cómo van las costras de la joven dentro de unos días.

Asiento con la cabeza y salgo, encontrándolas a las dos sentadas. Clara ya lleva el pañuelo en la cabeza, lo que no la disfraza tanto como me gustaría.

Una mujer comprada sigue siendo vista como una propiedad por muchos hombres del submundo. Y una propiedad es algo que puede ser robado, subastado o asesinado sin piedad. Ya he visto que eso ocurre y no seré imprudente con su seguridad.

Clara estará protegida. Por las buenas... o por las malas.

—Vámonos ya—, ordeno, dirigiéndome hacia el garaje.

Los guardias de seguridad nos acompañan. No volvemos al casino, sino que nos dirigimos a mi casa, una auténtica fortaleza de hormigón y silencio, donde pocos entran y nadie se atreve a cuestionar mis decisiones.

En cuanto atravesamos las altas y discretas puertas de la mansión, la puerta principal se abre con la precisión de siempre.

Fatma nos recibe. O mejor dicho, se limita a observar. Su mirada me atraviesa primero, evaluando la presencia de Zeynep con un ligero fruncimiento de ceño, pero es en Clara donde sus ojos se posan con mayor atención. Parecen tener lugar cálculos silenciosos tras esa expresión impasible.

No hace preguntas. No muestra sorpresa ante mis palabras, pero sé lo que está tomando nota para contarlo después.

—Fatma, acomoda a mis invitadas en las habitaciones de la planta superior. Ocúpate de todo lo que necesiten ambas —le ordeno.

Ella hace una pequeña inclinación de cabeza.

—Sí, señor. La señora Demir ha llamado esta mañana. ¿Quiere que le devuelva la llamada?

—No. Más tarde lo haré yo mismo —respondo, alejándome ya hacia mi despacho, sin esperar nada más.

Fatma es una señora de la edad de mi madre y, durante años, me ha tratado con una devoción silenciosa, casi maternal. Por eso mismo, sé que me contará todo lo que considere oportuno.

Cierro la puerta de mi despacho y me acomodo en la silla. Hay algo que necesito investigar y no puedo perder el tiempo.

Accedo a los foros clandestinos de *la dark web*, entrando por los atajos y encriptaciones que uso cuando necesito ensuciarme las manos para limpiar lo que es mío. Leo comentarios repulsivos de hombres que han visto a Clara. Son mensajes grotescos. Fantasías repugnantes.

Lo que más me indigna, sin embargo, es su imagen congelada en una foto de la subasta, vestida de casi nada, con el rostro tenso, asustado, tratando de ocultar la vergüenza. Hago una captura de su rostro. Refuerzo el contraste. Envío el archivo a mi detective privado con un único mensaje:

«Quiero su nombre real. Su origen. Y todo lo que puedas averiguar».

Nada de lo que han dicho hasta ahora ha sido suficiente. Necesito la verdad y haré lo imposible por descubrir sus secretos.



Capítulo 9

Loreta

Más gris que antes

Así que existe una señora Demir.

Solo con oír eso, dicho con frialdad por la mujer que parece ser la ama de llaves de esta enorme mansión, una nueva capa de desconfianza se instala en mi interior.

Zeynep camina a mi lado, guiándome por los amplios pasillos de la casa mientras seguimos los pasos firmes y silenciosos de Fatma. En cada curva, cada escalera, cada sala decorada con un lujo innecesario, siento su mirada pesando sobre mí.

No es solo desconfianza, sino un juicio cruel, como si dijera que soy demasiado sucia para caminar por este lugar.

No sé si ha visto antes a otras mujeres como yo cruzar estas puertas, pero está claro: me desprecia.

—Esta habitación es para la señora Zeynep —indica la mujer.

—Necesito que me enseñe primero el de Clara —responde ella.

Veo a Fatma respirar hondo, claramente disgustada con la respuesta, pero enseguida señala la habitación de al lado. Zeynep abre la puerta y el ambiente me sorprende: luminoso, amplio, con paredes grises como el cielo de fuera.
Camino despacio hasta la ventana. Abajo veo una piscina y una gran zona de césped. También hay un pequeño balcón. Abro la puerta y dejo que la brisa me acaricie la piel.

¡Qué sensación tan maravillosa! Cierro los ojos, respiro hondo e intento sentir como siempre he hecho. Sin embargo, parece que después de todo lo que he vivido, me siento vacía. Sin nada. Me esfuerzo, pero no surge nada. Solo la soledad absoluta.

—Clara, ¿quieres comer algo? —me llama la voz de Zeynep, devolviéndome a la realidad.

Vuelvo la cara hacia ella. Está de pie en la puerta, con esa misma mirada atenta, sin prisas, sin presiones. Pero no consigo responder de inmediato. Tengo la garganta como cerrada, como si cualquier intento de hablar fuera a fracasar.

—N-No... Solo quiero agua, por favor.

Ella niega con la cabeza y se aleja en silencio. Entro en la habitación y nos quedamos solas.

—Si quieres, descansa en la cama. Debes de estar cansada.

Ni siquiera lo pienso mucho. Me siento en la cama grande y cómoda.
Zeynep me da un vaso de agua, que bebo despacio. Mientras tanto, ella va arreglando la cama, abriendo la manta con cuidado, como si fuera de cristal.

—Puedes descansar, estaré cerca si me necesitas.

Es la última frase que oigo antes de quedarme dormida.



Me despierto con el sonido de alguien llamando a la puerta. Se oyen voces, bajas, desde fuera.

—Diles que todavía está durmiendo. Cuando se despierte, la llevaré a cenar.

Reconozco la voz de Zeynep. Me incorporo lentamente en la cama, todavía con la cabeza un poco pesada, pero no me duele tanto como antes.

—Buenas noches, Clara. ¿Has descansado un poco?

Asiento con la cabeza y enseguida me da unas pastillas y un vaso de agua.

—Son los antibióticos y los analgésicos.

Me lo trago todo de un trago, sin quejarme. El sabor amargo se pasa rápido.

—Es la hora de cenar y, por lo que veo, sé que tienes hambre. Podemos bajar y, más tarde, te dejaré aquí. Sabes que mi habitación está al lado, por si necesitas algo, ¿vale?

—Sí, lo recuerdo.

—Kaan te ha enviado un vestido —dice, cogiendo una percha con un precioso vestido en tonos marrones.

Es muy bonito, aunque sobrio, de manga larga, sin escote, sin nada que marque mi cuerpo, lo que me parece muy agradable.

Ella se da cuenta de mi vacilación.

—¿Quieres ayuda para vestirte? Puedo recogerte el pelo para disimular los puntos y dejarte muy presentable…

Quiero responder que no lo necesito, pero la verdad es que... necesito toda la ayuda posible. Así que lo afirmo lentamente una vez más.

Me cambio de ropa despacio, sintiendo cómo la tela ligera y suave se desliza sobre mi piel aún sensible. Zeynep me ayuda con el pelo. Sus manos trenzan los mechones con cuidado, como si quisiera reconstruir algo que se rompió en mí.

Rechazo cualquier tipo de maquillaje. No quiero parecer guapa. Si pudiera, me borraría, pero hoy… solo voy a intentar pasar desapercibida.

Bajamos a la planta baja y me detengo antes de entrar en el salón, pero enseguida sigo caminando. Y él está allí. Grande e imponente, frente a una enorme mesa de comedor, digna de un banquete.

Está solo; Zeynep y yo nos acercamos en el ambiente oscuro, de caoba y con detalles rojos.

—Siéntense—, nos invita en cuanto nos ve.

Desvío la mirada, tratando de protegerme del impacto, pero es difícil. Tiene una belleza cruda, rústica, como si el mundo lo hubiera moldeado con hierro y fuego. Sus ojos son oscuros como la noche, pero aun así, consigo ver bondad en medio del dolor. Por eso, no me asusta. Puedo ver que es muy diferente de tantos otros que he conocido.

Zeynep se sienta a mi lado.

—¿Quieres unas patatas y pollo? —pregunta con delicadeza.

Dirijo mi atención a la mesa, repleta de platos turcos que, en su gran mayoría, no sé nombrar, pero cuyos aromas me recuerdan lo

que es sentir hambre. Antes de que piense en responder, mi estómago gruñe.

—Sí, por favor —murmuro. Mi voz sale débil, pero audible.

Entonces, me sirven un plato grande. Intento comportarme, pero el hambre es intensa y como más rápido de lo que pienso. Como con prisa, hasta que oigo:

—Eso sí que es hambre —comenta él, con tono admirado.

Inmediatamente, me quedo paralizada. Levanto la vista lentamente y cruzo mi mirada con la suya por un breve instante. Me gustaría esconderme y desaparecer para fingir que no estoy aquí.

Pero no hay burla en su voz. Solo una ligera ironía. Casi una sonrisa que no llega a formarse.

Por primera vez, nos miramos a los ojos y... siento algo diferente cuando eso ocurre. No es miedo ni pavor, sino algo que aún no sé cómo nombrar ni a qué se refiere. Pero es cálido, silencioso e intenso.



Capítulo 10

Kaan

Misterios

Los cubiertos hacen ruido sobre la mesa mientras mi invitada come como si no hubiera comido nada en muchos días... Lo cual no es mentira. Ayer comió algo, pero eso no la sació del todo.

Tuve que comentarlo, lo que la dejó bastante avergonzada. Sin embargo, no me arrepiento de haberlo dicho. Sobre todo por haber visto con más claridad sus ojos azules. Pude percibir la fuerza en su mirada, a pesar de ser tan joven.

Ella no es como las demás. No tiene los rasgos de quien quiere complacer ni la desesperación de quien mendiga atención. Hay algo ahí, enterrado, atado en su interior. Pero es como si una parte de ella siguiera luchando.

Zeynep no le quita el ojo de encima ni un momento. Casi como una madre silenciosa, aunque nuestra diferencia de edad no

sea tan grande. Me gusta eso de ella. Clara, o sea cual sea su verdadero nombre, necesita un tipo de seguridad que yo no puedo ofrecerle por completo. Al menos, todavía no.

—Come todo lo que quieras —murmuro cuando ella acelera el ritmo con el tenedor. Sus ojos se vuelven hacia mí por un instante.

Ella vuelve a comer y yo me quedo simplemente admirándola, pensando en todo lo que esconde. Si pudiera hacer retroceder el tiempo, lo haría ahora mismo. Tengo que sacarla de aquí, pero antes necesito que esté a salvo. No quiero que mis hermanos se enteren de su presencia, por eso no le he contado a mi madre lo que pasa.

—Señor Kaan, su hermano está llamando —informa Fatma desde el umbral de la puerta.

—¿Baran o Cem? —pregunto, sin apartar la mirada.

—El señor Baran.

Cierro los ojos, sabiendo que es un gran problema.

—Dile que estoy cenando y que le llamaré en breve.

—Ha dicho que es urgente...

—Lo tendrá. Puedes irte, Fatma.

Ella se retira y yo respiro hondo. Baran no suele dar falsas alarmas. Lo que significa que se avecina el caos. Si fuera Cem, tendría más tiempo para resolverlo, pero no es el caso. Así que me levanto de la silla.

—Tengo que irme. Sigan con la cena.

Salgo antes de que tengan tiempo de reaccionar, cruzando el pasillo hasta mi despacho. Es hora de enfrentarme a lo que me espera al otro lado de la línea en mi teléfono.

—¿Qué pasa? —digo.

Mi hermano no se hace de rogar.

—Ven a mi casa lo antes posible y trae tu arma.

La llamada se corta.

¡Joder! De los tres hijos de Kerem Demir, nuestro Baba, yo siempre soy el último en enterarme. Pero si Baran me quiere con un arma en la mano, es porque el problema ya ha sobrepasado los límites de lo aceptable. Y de alguna manera, mi nombre está metido en esto.

Me dirijo a la caja fuerte, la abro y cojo mi Heckler & Koch USP Elite, también llamada HK, que tiene una capacidad de doce disparos. Hace tiempo que no la uso; cinco meses, para ser exactos. Selim odiaba que tuviera esa arma en mi caja fuerte, siempre me decía que me deshiciera de ella. Nunca le hice caso porque velaba por su seguridad, pero me arrebataron a mi mujer cuando yo estaba muy lejos y no pude hacer nada.

Todavía tengo otras armas, escondidas en lugares estratégicos de la casa, pero esta... Esta es mi favorita.

Me pongo la funda y escondo el arma en los pantalones. Me dirijo a mi coche y cojo la llave de mi Ranger Rolver, que es blindada. Totalmente negra, con cristales tintados y motor silencioso. Salgo a toda velocidad y, a mitad de camino, recibo una llamada de un número desconocido que rechazo al instante.

Llego unos minutos después y veo una multitud de hombres armados frente a la casa. Algo grande está pasando. Abro la puerta y ya veo a Cem, mi hermano menor, viniendo hacia mí.

—¿Sabes qué ha pasado? —le pregunto.

—Solo que Baran está sediento de sangre, lo cual no es nada nuevo en él.

Entramos. El silencio dentro es ensordecedor. Nuestros pasos resuenan en las escaleras de mármol.

Baran siempre ha sido más comedido. Pero cuando pierde el control, es el tipo de hombre que silencia hasta el aire. Recuerdo lo

cruel que era de niño y cómo su silencio me provocaba pesadillas.

Con el tiempo, aprendí de él. Y por eso, me eligieron para ocuparme de los negocios limpios de la familia: casinos y hoteles de lujo.

Baran administra todo aquello que el gobierno no puede saber que existe y Cem... aún no está preparado para este jodido mundo. Quizás dentro de unos años. Pero ahora, lo que importa es descubrir qué coño ha pasado.

Oigo el sonido de armas al manejarlas; hay cuatro hombres en la mesa del comedor, cada uno manipulando alguna.

—Quiero tres Glock y dos HK —ordena Baran—. Tú —señala a otro hombre—, quiero más cargadores para mí y mis hermanos. También mis cuchillos. No pueden faltar.

—¿Qué está pasando, Baran? —pregunto.

—Quédate con esta. Hoy vas a tener que disparar con las dos armas —dice, lanzándome una segunda—. Cien, quédate con estas más pequeñas y quédate atrás.

—¿Dónde es esta guerra? —pregunta él.

—Vamos contra los Ertegun.

—¡Joder! —exclama Cem.

—Dime qué ha pasado. No me voy a meter en una guerra sin saber por qué.

—Interceptaron nuestro cargamento de diamantes y pensaron que eran suyos.

Me mira fijamente durante un segundo, con su mirada fría de siempre.

—Pero no vamos a matar a nadie.

Pausa, y sus labios esbozan una media sonrisa sádica.

—A menos que no encontremos las respuestas correctas.

Lo cual, viniendo de él, significa muchos huesos rotos, sangre, o quizá algo aún peor.



Capítulo 11

Loreta

A la sombra de la noche.

Una semana después.

—Bueno, vamos a proceder a quitarle los puntos —dice el médico, comenzando con calma.

—Se ha cuidado muy bien para esto —elogia Zeynep, con ese tono maternal que siempre me tranquiliza.

Sonrío levemente, sin mostrar los dientes, y me acomodo lentamente para que él comience. Siento el tacto frío de las tijeritas metálicas y el tirón sutil de cada hilo. Una pequeña molestia, comparada con todo lo que ya he soportado.

—¿Has tenido más mareos? —pregunta él.

—No —respondo en voz baja, pero con firmeza.

—Tus análisis están bien. Después de esto, estarás oficialmente libre. Solo te mantendré las vitaminas.

En cuanto termina, se despide y me deja con Zeynep. Esta tarde saldremos por primera vez. Desde aquella escena, Kaan aparece todas las noches, pero durante el día, según me ha dicho Zeynep, se queda trabajando en el casino y gestionando sus hoteles. Mientras tanto, paso la mayor parte del tiempo con mi cuidadora.

La convivencia silenciosa con ella me ha ayudado a comprender mejor este lugar. Aunque no estoy ni cerca de mi familia, al menos estoy lejos de lo que querían que fuera mi destino, y eso, por ahora, es suficiente.

—¿Lista para salir más tarde o quieres descansar? —me pregunta amablemente.

—Quiero salir —respondo, sin pensarlo siquiera. Ella sonríe.

—Pero no te olvides de lo que hemos acordado...

—Lo sé. Aunque quisiera, no puedo escapar. Sé que tengo que estar cerca de ti o de los guardias de seguridad y que todavía no puedo llamar a mi familia... —digo, sin ocultar la pesadez en mi voz, pero sin dramatizar demasiado mi realidad.

—Exacto. Y que... —saca una tarjeta negra del bolso con una leve sonrisa— vamos a gastar un poco del dinero de Kaan en el centro comercial.

Esta vez, mi sonrisa es sincera. Pequeña, pero real.

—Pues vamos.

En estos días me han regalado ropa nueva, zapatos y bolsos, pero hay cosas que la propia Zeynep me pidió que fuéramos a comprar juntas. Va a ser mi primer día en las calles de Estambul después de todo. Confieso que tengo curiosidad, pero lo que realmente quería era tener mi billete en la mano de camino a Diamántia. Abrazaría un montón a mi hermana. Darles muchos besos a mis e s sobrinos trillizos hasta que se les pusieran rojas las

mejillas, pero, por desgracia, el destino ha cambiado mi camino, y sé que muchos de esta tierra no me toleran por el pasado de Daxton.

—¿Por dónde empezamos? ¿Ropa interior? ¿Camisones? ¿O vestidos nuevos que vayan más con tu estilo?

Me río por lo bajo, recordando algunos vestidos que me regalaron y que... no me quedaban muy bien, pero que me puse de todos modos. Cuando vienes de la nada, no rechazas un regalo. Das las gracias, respiras hondo y te lo pones con dignidad.

—Podemos verlo todo, a tu manera. Y con calma, Clara. Tenemos tiempo.— Zeynep sonríe con dulzura.

Entramos en un centro comercial que parece sacado de una película. Los pasillos son amplios, el suelo brilla y los escaparates gritan exclusividad. Tres guardias de seguridad nos acompañan, lo que me pone nerviosa. Si estuviera sola, nunca me acercaría a ellos, pero con Zeynep me siento aún más segura.

Nos dirigimos a la primera tienda y empiezo a ver los vestidos. Son muy bonitos y... no todos son tan recatados. No encuentro muchos con escotes, pero tampoco los quiero. Cojo algunos de colores bonitos y un par que llegan hasta la rodilla. Me siento guapísima con ellos.

A continuación, nos dirigimos a una tienda de lencería. Me da un poco de vergüenza y enseguida pido solo mi talla. Sin embargo, Zeynep me obliga a probarme al menos uno para ver si no han cambiado mis medidas. Como estoy comiendo bien, mi talla me queda ajustada y realmente tuve que comprar una más grande.

Terminamos en la zapatería. Me pruebo algunos modelos cómodos y discretos, hasta que, al salir de la tienda, mis ojos se fijan en un escaparate. Es de una agencia de viajes. Un cartel anuncia, en letras brillantes: **«Ven a conocer Diamántia. La tierra de los diamantes**».

Mis ojos recorren el anuncio: paradas en Aldonora y Safóvia. Se me encoge el corazón porque el hogar no es solo un lugar, sino

quienes te esperan en él.

Pero aquí, yo no soy Loreta.

Soy Clara. Una joven sin apellido, sin raíces. Un esbozo de quien fui un día, tratando de sobrevivir entre recuerdos y silencios.

—Dicen que es un lugar precioso —comenta Zeynep, deteniéndose a mi lado.

—Seguro que lo es —murmuro, mintiendo con suavidad. Algunas verdades, por muy obvias que sean, aún necesitan ser protegidas.

—¿Quién sabe? ¿Quizás en el futuro vayas allí?

Esbozo una sonrisa forzada, de esas que no llegan a los ojos.

—Quién sabe, ¿no?

Entonces, llega el momento de irnos.

Cuando llegamos, ya es hora de cenar. Elijo uno de los vestidos nuevos y bajamos. Estos días, Zeynep no me vigila todo el tiempo. Por eso, la espero en la puerta de mi habitación.

Bajamos juntas, claro, pero me siento más fuerte cada día que pasa. Kaan aún no ha llegado a la mesa. Ha habido noches en las que cenábamos solo nosotras dos, pero hoy... hoy quería darle las gracias por la salida. Por la confianza. Aunque sea pequeña. Pero creo que esa oportunidad no llegará.

Más tarde, la noche ya abraza el cielo y nos dirigimos a nuestras habitaciones. Intento dormir, pero el sueño no llega. Doy vueltas en la cama, miro el techo oscuro y cuento los tictacs del reloj. No sirve de nada.

Así que decido bajar a la cocina. Sé que Fatma se quejará durante años si me pilla allí sola, pero solo un té me ayudará a cerrar los ojos.

Camino en silencio por el pasillo, vestida con uno de mis pijamas: un conjunto beige de algodón, cómodo y discreto. Enciendo solo la luz de la encimera y pongo agua a hervir. Abro los cajones despacio, en busca de la mezcla que Fatma preparó hace unos días con manzanilla, clavo y ralladura de limón.

El aroma de la infusión pronto llena el aire. Me siento y me tomo el té sola, en silencio, intentando calentar un poco lo que aún está helado dentro de mí.

Al terminar, recojo y apago las luces, pero en cuanto me dispongo a subir las escaleras, oigo que se abre la puerta del salón y mi corazón… se hiela por un segundo.

Me giro instintivamente, manteniendo los pies en el suelo frío de la cocina, sin moverme. La respiración se me queda atascada en el pecho. Oigo pasos. Voces apagadas. Risas. Entonces, veo siluetas en la penumbra de la noche.

Kaan entra por la puerta principal acompañado de una mujer alta y elegante, con el pelo oscuro recogido en un moño impecable. Lleva un vestido rojo que se ceña a su cuerpo como si hubiera sido diseñado para provocar. Lleva tacones altos, pulseras discretas y un perfume intenso que impregna el ambiente en cuanto pasa a mi lado sin siquiera fijarse en mí, pero Kaan sí me ve.

Sus ojos se encuentran con los míos en el mismo instante; todo dentro de mí grita tan fuerte como el silencio del ambiente.

No sé qué esperaba. No tengo ningún derecho. Pero aun así duele, porque, durante unos segundos en los últimos días, pensé que tal vez...

Se detiene un momento, como si quisiera decir algo, pero enseguida desiste. Simplemente sigue adelante, con la mano en su espalda, llevándola a su despacho como si fuera solo una noche más.

Y yo subo las escaleras de vuelta en silencio, asustada por todo lo que he visto, y solo entonces surge la duda en mi mente.

¿Será ella? ¿La tal señora Demir?



Capítulo 12

Kaan

Otra vez, ella

Después de todo lo que he tenido que resolver con Baran y Cem, y ahora esto... Tener que lidiar con la irritante insistencia de ese desgraciado de Fortino, que lleva días intentando volver a comprar a Clara con su dinero sucio, como si yo fuera a permitirlo. Por ahora, le he respondido con amenazas silenciosas, pero si sigue insistiendo, descubrirá por las malas que ciertas deudas no se pagan con dinero.

Por eso, después de todo, lo que más deseaba era silencio. Un tiempo lejos de las decisiones, de las amenazas, de los negocios que nunca terminan. Porque, aquel día, con mi hermano fue intenso, como siempre lo es cuando Baran entra en escena… pero, al final, consiguió lo que quería.

Hoy necesitaba salir. Fui a una de nuestras empresas, que no son los casinos ni los hoteles que administro. Me detuve en uno de

los bares secretos y allí volví a encontrarme con Nilufer.

Ella siempre aparece cuando necesito desconectar. No hay promesas, ni palabras más allá de lo necesario. Solo lo que queda implícito entre adultos que conocen sus roles. Es solo sexo. Caro, calculado y... conveniente.

Nilufer eligió este camino. Es guapa, lista y sabe usar su belleza como arma y escudo. No hay lugar para los sentimientos entre nosotros. Nunca lo hubo. La ayudé a montar sus empresas y, a cambio, ella mantiene su libertad con el dinero que le saca a hombres poderosos por toda Turquía.

Es un acuerdo tácito. Antes de perder a Selim, ella no era más que una inversora estratégica con amigas influyentes. Después, fue ella quien me sacó del pozo en el que me había tirado. Nunca intentó conquistarme. Siempre respetó mis límites. Ella también solo se enamoró una vez, y desde entonces no ha dejado que nadie más la toque de la misma manera.

No hay ilusiones entre nosotros y nunca las ha habido.

Empezamos en mi hotel, y fue espectacular como siempre, así que nos dirigimos a mi casa, pero no a mi habitación. Nilufer sabe que nunca llevo a nadie allí, por eso nos dirigíamos al despacho. Hasta que, en el pasillo, de camino a la cocina, mis ojos se encontraron con los suyos.

En plena oscuridad, reconocí esos ojos azules. Clara. Todo dentro de mí se detuvo. Su mirada me atravesó. No sé cómo explicarlo. Solo sé que... me desestabilizó.

Pero seguí con el plan. Llevé a Nilufer al despacho y cerré la puerta con llave, como siempre hago.

Ella empezó a quitarme la camisa, dejando besos por mi pecho. Besos que antes me servían de alivio, de evasión. Pero mi cabeza estaba en otra parte. La excitación simplemente desapareció, como si nunca hubiera existido.

—¿Qué ha pasado, Kaan? —pregunta ella, tocándome la polla—. Estabas mucho más interesado hace media hora...

La verdad es que perdí el interés.

—No es nada, es solo que... me he acordado de algunos problemas que tengo en casa —confieso.

Ella me besa, pero realmente ya no quiero nada más.

—Nilu, mejor paremos. Te pago esta noche y lo dejamos aquí.

Ella se aleja y se sienta en el borde de la mesa con su habitual actitud provocativa, pero esta vez no me afecta.

—¿Quieres hablar del tema?

Nieguo con la cabeza.

—Todavía no puedo. Creo que en el futuro podré contarte lo que está pasando.

Por ahora, ni yo mismo sé explicar lo que me está pasando. Entonces, abro un cajón y saco los dólares en efectivo para ella.

—Aquí tienes —le digo, entregándole el dinero.

—De acuerdo, señor Demir. —Coge el dinero y lo guarda en su bolso.

Luego, me da un beso en la mejilla y se despide.

—Hasta la próxima noche.

—Haré que te lleven a tu casa.

—Te lo agradezco.

Llamo a la portería y les pido que se encarguen de ello. En cuanto ella se marcha, me dirijo a mi habitación, pero me detengo a mitad de camino, frente a la puerta cerrada de la chica a la que acojo aquí.

Pienso en la última información que he conseguido. Sigue siendo poca, pero suficiente para saber que ella no representa ningún riesgo.

También he reforzado la seguridad. La mía y la suya.

Según Zeynep, se ha portado bien. No ha dado problemas. Ha respetado los límites, pero aun así, hay algo en ella que me perturba de una forma que no entiendo, y eso me inquieta más de lo que debería. Sin embargo, en este momento, lo que necesito es dormir.

Pero dudo que el sueño me llegue fácilmente esta noche.

Entro en mi habitación y veo la foto de Selim en nuestra boda. Estábamos felices y sonrientes. Parecía que teníamos el mundo por delante. Muchos planes, pero hoy ya no me queda nada.

Fue por ella por lo que nunca permití que nadie entrara aquí. Es su habitación y siempre lo será. Selim era mi vida y, sin ella, solo vivo mis días. Nada más.



Capítulo 13

Loreta

A la sombra de la confusión

Podría pasarme el resto de mis días en la cama después de lo de anoche. Vi lo que no debía y ahora me siento avergonzada. Sé que no fue nada grave ni inapropiado, pero me sentí tan rara al verlo con una mujer.

No lloré, no me volví loca, pero algo en mí se sintió raro. Me sentí pequeña. Inadecuada. Sustituible. No sé por qué. Sobre todo por saber que está casado. No le pedí a Zeynep ninguna foto ni información sobre su esposa, pero estoy segura de ello. Y es muy probable que, en cualquier momento, ella llame a la puerta para mostrarnos quién es en la vida de Kaan y tal vez... es probable que la encontremos desayunando con nosotros.

Cuando Zeynep me llamó para bajar, confieso que bajé arrastrando los pies. Me preparé mentalmente para encontrarme con esa mujer sirviendo café con un n albornoz de seda carísimo y cara

de quien ha pasado una noche espectacular con él y... de quien ya me detesta por el simple hecho de estar en su casa.

Sin embargo, para mi sorpresa, no había nadie. Solo Zeynep y yo.

Me pica la lengua por preguntar: *«¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?».* Pero me contengo. Preguntar sería admitir que me importa, y no tengo ese derecho. ¿No es así?

—¿Estás bien, Clara? —me pregunta Zeynep—. Pareces nerviosa.

—Sí —miento sin pensarlo, pero ella se da cuenta. Es obvio que se da cuenta. Estoy escudriñando la habitación con la mirada como quien ha perdido algo o a alguien en particular.

Hasta que mi mirada se cruza con la del dueño de la casa, que entra en la habitación sin anunciarse. Eso hace que mi cara se ponga más roja que un pimiento.

—Buenos días —dice, sentándose con la tranquilidad de quien no tiene ningún conflicto interno.

Y, sin dudar, empieza a dar órdenes a Fatma, que es otra que ya me odia y ni siquiera se molesta en disimularlo.

En cuanto ella se aleja, el terror a que él me pregunte delante de Zeynep sobre lo de ayer me pone aún más nerviosa.

Por fuera, todo parece sereno, pero por dentro hay un maremoto de pensamientos. Una mezcla de vergüenza, incomodidad y ansiedad que me hace desear desaparecer de allí. No por miedo a él, sino por temer cualquier pregunta...

Porque, aunque tengo todas las respuestas, sé que no quiero dar ninguna de ellas.

Me vuelvo hacia Zeynep.

—Tengo que ir... al baño —digo, diciendo lo primero que se me viene a la cabeza.

Simplemente me levanto y me alejo, encerrándome en el baño de la primera planta. Me apoyo contra la pared, intentando respirar, pero incluso eso me resulta difícil. Me quedo allí un rato hasta que mi respiración mejora. Cuando salgo, gracias a Dios, descubro que Kaan ya no está aquí.

Podría saltar de alegría por eso, pero no lo hago.

—Sé que solo ha pasado una semana desde que llegaste aquí, pero ¿todavía le tienes miedo a Kaan? —me pregunta Zeynep, con amabilidad, cuando estamos en mi habitación.

Lo pienso un instante, y lo que siento por él no es miedo...

En realidad, es algo diferente... Algo que me atrae hacia él de una forma que nunca antes había experimentado. Nunca me ha tocado, excepto cuando me hice daño. Aun así, lo que siento es algo extraño, intenso… Pero puedo afirmarlo: de él no siento miedo.

—No lo tengo —respondo con firmeza.

—Eso está muy bien —comenta ella, sonriendo—. Como te dije, él está aquí para ayudarte a volver con tu familia, y sé que está haciendo todo lo posible para que regreses a tu hogar.

Eso es lo que más me asusta. Si indaga demasiado en mi pasado y se entromete donde no quiero, es muy probable que mi destino pueda verse alterado de nuevo por motivos distintos a los que yo deseo.

Pero esos son mis secretos, que nunca podré revelar. Que los cielos me ayuden para que nunca sean descubiertos.

—Lo entiendo —respondo, dando por zanjado el tema.

—Clara, te lo he preguntado porque, dentro de unos días, tendré que ausentarme. Y quien se encargará de acompañarte será el propio Kaan.

—¿No será su esposa? —La pregunta se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Ella frunce el ceño, confundida, antes de continuar.

—¿Esposa?

Me quedo en silencio un instante, tratando de encontrar la mejor manera de esquivar la pregunta, pero solo hay una salida: decir la verdad.

—La señora Demir, de la que Fatma nos habló cuando llegamos.

Sus labios esbozan una sonrisa comprensiva.

—La señora Demir es su madre.

Ella duda un instante, antes de añadir:

—La verdad es que Kaan es viudo desde hace muchos años. Y… no hay mujeres en su vida.

Podría decir que esa respuesta no me tranquilizó, pero estaría mintiendo. Y ahora, una nueva pregunta me atormenta.

¿Quién era la mujer de anoche que estaba en sus brazos?



Pasan tres días y, a modo de prueba, empiezo a pasear sola por la casa sin Zeynep. Y hacerlo sin compañía me hace sentir como si estuviera haciendo algo malo, aunque sé que no es así. A cada rato me encuentro con Fatma, que habla en turco porque sabe que no la entiendo. Sé que son insultos, pero ¿ , cómo defenderme de lo que no entiendo? Tampoco quiero comportarme como una niña y pedir que me defiendan de lo que aún no comprendo.

Si supiera un poco más de turco, seguramente habría dicho algo, pero ¿quizás Zeynep pueda ayudarme a entender un poco más?

Sería una opción, pero ahora... no es el momento. No sé muy bien por qué Zeynep tendrá que irse, pero parece ser algo muy importante. Si no lo fuera, seguramente no se alejaría.

Ha llegado la noche y, una vez más, estoy aburrida de estar encerrada entre estas paredes. Todos dicen que es seguro pasear por la casa y el jardín, pero confieso que lo que más deseo es irme lejos y no volver a mirar atrás.

Pero sé que no puedo. Sé que no es seguro y no quiero correr el riesgo.

Me dirijo a la biblioteca para echar un vistazo a los libros que Zeynep me ha enseñado. Antes, mi sueño era estudiar contabilidad en la universidad. Siempre se me han dado muy bien los números y, tras mi año sabático —si es que puedo llamarlo así—, iba a estudiar. Sin embargo, todo se ha puesto patas arriba y ahora estoy atrapada en esta nueva realidad sin saber qué me depara el destino.

Cojo un par de libros de contabilidad, como hice los días anteriores, y los pongo sobre la mesa grande. Encuentro unas hojas en la impresora y bolígrafos para empezar a estudiar. Me siento y empiezo a garabatear balances con empresas ficticias. Voy revisando el balance tal y como ya había investigado en el pasado. Como no tengo internet, me centro en los ejemplos que tengo.

Dejo que el cansancio me invada, pero solo me iré a la cama cuando esté bien agotada, o no podré dormir. La casa está en silencio y me entretengo estudiando. Bostezo un par de veces, pero sigo, aunque esté cansada, hasta que bostezo por tercera vez. Intento resistirme, pero los números que tengo delante ya empiezan a bailar en las líneas. Me pesa la cabeza… El bolígrafo se me resbala de la mano y, sin darme cuenta, me quedo dormida allí mismo, con los brazos cruzados sobre los papeles, rodeada por el discreto olor a tinta y papel viejo.



Capítulo 14

Kaan

Maldita tentación

Pasan los días y ella sigue aquí. Para empeorar las cosas, ahora se pasea libremente por la casa. A veces, me veo desviándome del camino solo para evitar un encuentro. No por miedo a ella, sino por mí. Por todo lo que estoy intentando controlar.

La mierda es que Fortino todavía la quiere de vuelta y no acepta un no por respuesta. Ya me ha ofrecido mucho más de lo que se apostó en aquel juego, pero sigo rechazándolo todo. Debería haberlo matado el primer día de un solo tiro, pero lo que me dijo después me dejó aún más preocupado.

Hay más gente tras ella y aún no sé quiénes son. Tengo que estar alerta y saber todos los movimientos. No puedo avisarles de su verdadera situación en mi casa. La verdad es que ni siquiera mi familia imagina que ella está aquí. Hasta la verdad sobre el motivo

de que una mujer desconocida viva aquí es un secreto, pero entiendo que no lo será por mucho tiempo.

Lo que sé es que, en este momento, necesito protegerla, ocultándola del mundo. Pero, ¿cómo hacerlo si lo que quiero es mantenerla alejada? No es más que una chica de poco más de dieciocho años, que, aun así, es fuerte, pero no una fortaleza.

El problema es que, después de Nilufer, no he podido quitármela de la cabeza y, en los últimos días, la he encontrado leyendo en la biblioteca. Aprendí pronto a guardar silencio y no la molesto; me dirijo a mi despacho sin interrumpirla para ocuparme de mis asuntos.

La situación va a empeorar, ahora que Zeynep tendrá que resolver sus asuntos en el interior de Turquía durante un tiempo.

Sin embargo, hoy, tras preguntar a mis contables qué ha pasado con la falta de bebidas en el bar del casino —ya deberían haber llegado—, siento que el cansancio me vence y solo quiero descansar sin tener a Clara lejos de mi mente.

Salgo de mi despacho y, una vez más, veo la luz de la lámpara encendida. Sigo caminando hacia mi habitación, hasta que oigo el ruido de algo cayendo al suelo.

Me pongo en estado de alerta de inmediato. Saco una de las armas ocultas y avanzo con pasos calculados. El silencio es absoluto. Entro sigilosamente en la habitación y lo primero que veo es a Clara durmiendo.

No me acerco de inmediato. Registro el área circundante, atento a cualquier señal de intrusión. Por la ventana lateral, uno de los guardias me observa, en posición. Hago un gesto rápido, ordenando la ronda. En pocos segundos, otros dos se unen al barrido.

Recorro los pasillos adyacentes. Nada. Ni un ruido, ni una sombra. Pero algo ha pasado. Sé que lo he oído. Cuando vuelvo a la

biblioteca y enciendo l , la explicación se revela ante mí: un vaso caído, rodando a los pies de Clara.

—Joder —murmuro.

Me dirijo a la puerta, donde mis hombres ya me esperan.

—No hay nada, señor.

—Yo tampoco he encontrado nada. Voy a llevar a la chica a la cama, pero manténganse alerta —ordeno, guardándome el arma en la cintura.

Asienten y desaparecen por el pasillo.

Me acerco a la chica que está dormida, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados y el pelo ligeramente revuelto. A su alrededor, hojas garabateadas con fórmulas, balances, siglas y números. Un momento... ¿Contabilidad? La sorpresa es inevitable. Los jóvenes de su edad suelen perderse en distracciones efímeras. Pero Clara está sumergida en cálculos. No debería intrigarme tanto, sin embargo, sigue haciéndolo —sin el menor esfuerzo.

Y ahora me doy cuenta de lo que evitaba ver: es preciosa.

Nunca había prestado atención a ese tipo de belleza, especialmente en alguien tan joven, pero Clara... Hay algo en ella que desafía mis límites. El tono claro de su cabello, las sonrisas escasas, esa forma obstinada de imponerse sin levantar la voz. Todo es desconcertante.

Cierro los libros con cuidado, recojo las hojas, pero ella no se mueve. Suspiro y cedo ante lo inevitable.

La cojo en brazos y su cuerpo es ligero como una pluma. Y, sin embargo, pesa sobre mí de una forma que no sé explicar. Su perfume se adhiere a mi piel y me persigue a cada paso.

Subo las escaleras en silencio, como si cada peldaño fuera parte de una penitencia. ¡Qué maldita tentación! Tan joven, tan fuera de mi alcance y, sin embargo, peligrosamente cerca.

Cuanto más intento mantenerla alejada, más cerca parece estar.

La acuesto en la cama y, a pesar de eso, no se despierta. Cubro su cuerpo con la manta y le echo una última mirada antes de salir. A continuación, cierro la puerta con cuidado.

Y sé, con absoluta certeza: será otra noche de sueño intranquilo, sobre todo ahora que su olor se ha impregnado en mí.



Capítulo 15

Loreta

Lejos de la luz

¿Habrá sido un sueño? ¿O realmente estaba en los brazos del señor Kaan?

La mente aún está nublada, pero algo dentro de mí me susurra que fue real. El calor. El tacto. La forma en que me sentí arropada, protegida. Hay un rastro de su perfume impregnado en mí, y eso basta para mantenerme alerta, con el corazón acelerado y la respiración inquieta.

Son las tres de la madrugada y estoy sola en mi habitación, que está muy lejos de la luz. Sin embargo, me siento increíblemente despierta. Eléctrica, como si me hubiera invadido una descarga de algo que nunca antes había sentido. Me siento en la cama e intento poner en orden lo que está pasando, pero los recuerdos no llegan.

No recuerdo haber subido, ni haber salido de la biblioteca. De hecho, lo último que recuerdo con claridad es haber bostezado ante los libros de contabilidad, que tanto me entretienen. Después de eso, nada. Solo un salto hasta ahora.

Mis manos tocan la sábana y la textura sigue siendo la misma, pero todo parece diferente, como si la atmósfera estuviera cargada de algo invisible, pero palpable, y que en este breve instante me estuviera dejando una huella.

Cierro los ojos por un momento, pero las imágenes no dejan de atormentarme. No son recuerdos nítidos, sino sensaciones.

La firmeza de unos brazos que no eran los míos. El sutil roce que no se atrevió a invadir, pero que acogió. Su respiración, que, aunque contenida, parecía resonar demasiado cerca. Y, sobre todo, la ausencia de miedo. Si hubiera habido peligro, sé que me habría despertado en ese mismo instante, pero mis recuerdos me dicen que me sentí protegida en sus brazos, como nunca imaginé que experimentaría.

¿Qué me está pasando?

Me levanto y camino hasta la ventana. Afuera, la oscuridad es total. Solo las luces de los sensores parpadean en puntos estratégicos, como si vigilaran la casa —lo cual sé que hacen—.

Entonces, respiro hondo. Quizás haya sido un sueño. Un lapsus de mi mente, creando un refugio para la soledad. Probablemente solo esté confundida. Necesitada. O quizás él me haya traído hasta aquí, en silencio, como si fuera lo más natural del mundo.

Esto es tan complicado. No sé qué es peor: la duda o el deseo de que haya sido verdad.

La verdad es que no debería importarme, pensar en el tema o... simplemente desearlo. Sé que todo es temporal. Pronto estaré lejos, pero... estoy aquí, sola, despierta en mitad de la noche y en

un silencio absoluto, sintiendo el olor del hombre que ni siquiera imagino cómo ha conseguido afectarme tanto.

Sin embargo, sé que algo ha cambiado. Aunque lejos de la luz, algo dentro de mí está empezando a despertar y a llamar el nombre de Kaan, aun sabiendo que no debo desearlo.



«—Me voy —dice Kaan, levantándose de la mesa del desayuno.

Estoy sola, sentada a la mesa grande, comiendo con cuidado. Solo asiento con la cabeza en un gesto contenido y él se aleja sin siquiera mirar atrás.

El tiempo parece acelerarse. Ya no estoy en la mesa. Todo se desvanece y, de repente, oigo un estruendo.

Un sonido alto, seco, brutal.

La gente grita y se aleja. El impacto ha sido tan fuerte que parece que las paredes han temblado. Me levanto de un salto y corro hacia la ventana. Afuera, un coche oscuro está en llamas. Las llamas se alzan como brazos hambrientos, consumiendo el vehículo en cuestión de segundos. Doña Fatma empieza a gritar:

—Han matado al jefe. ¡Han matado al señor Kaan!

Entonces, me despierto».

Estoy en la silla de mi habitación y salgo corriendo hacia la suya. Llamo a la puerta con prisa, con el corazón a mil, como si ese presentimiento fuera real e inevitable.

—¿Qué pasa? —pregunta él, abriendo la puerta, vestido solo con unos pantalones. —¿Se está incendiando la casa?

—Señor Kaan, por favor, escúcheme —le suplico, con la voz entrecortada—. No salga hoy con su coche negro. Puede... Va a pasar algo muy malo.

Sus ojos negros se entrecierran al mirarme, atentos.

—¿De qué estás hablando, chica? ¿Cómo es que...?

Le agarro del brazo antes de que termine.

—Solo... Solo haz lo que te digo. Por Dios. Es importante. Sé que parece una locura, pero...

Baja la mirada hacia mi mano sobre su brazo desnudo y fuerte. Siento el calor de su piel bajo mis dedos y, avergonzada, me aparto.

—Lo siento —murmuro, soltándolo—. Pero, por favor, no ignores lo que digo. Lo he visto. Ya he visto que esto pasa.

Kaan solo niega con la cabeza, sin responder, y cierra la puerta lentamente.

Me quedo allí parada, tensa, con el corazón en suspenso, temiendo lo que pueda pasar si no me escucha.

Porque ha pasado más de una vez y... no siempre hay tiempo para evitarlo.

Me dirijo a mi habitación, pues no tengo nada de hambre. Estoy nerviosa y tensa. ¿Y si decide no hacerme caso, como ya ha pasado? ¿Si cree que solo es una superstición tonta? Él no me conoce. Si fuera mi hermana o mi madre, estarían totalmente de acuerdo conmigo, pero él no tiene ni idea de quién soy.

Ni siquiera sabe mi nombre real.

Me dirijo al balcón, miro hacia el garaje y espero, con el corazón en un puño, a que haya hecho lo que le pedí.

Porque si no lo ha hecho… sé que las consecuencias pueden ser irreversibles.



Capítulo 16

Kaan

Una maldita bruja

¿Quién se cree que es para despertarme a primera hora de la mañana, justo después de pasar toda la noche metiéndose en mis sueños?

Me juré a mí mismo que mantendría las distancias, que no la buscaría. Que sería racional, frío y calculador. Pero después de ayer… después de tenerla en mis brazos, aunque fuera dormida, y ahora despertarme con ella llamando a mi puerta, jadeante, desesperada, suplicándome que no usara mi coche negro…

¿Qué coño está pasando?

Por si no bastara con todo lo que esta chica representa, el problema y el gran riesgo, ¿ahora viene a decirme que ha soñado conmigo? Y no un simple sueño. Una especie de maldito presagio.

Joder, ni siquiera debería haberle prestado atención. Solo tenía que haberla mandado de vuelta a su habitación, decirle que estaba delirando. Pero no... Me quedé allí, mirándola, con esa expresión angustiada, su olor aún pegado a mí desde la noche anterior, y preguntándome si… si ella también lo sintió.

¿Y lo peor de todo? Me creí sus palabras. Por alguna razón demencial, una parte de mí se lo creyó. Porque Clara, o sea cual sea el nombre verdadero de esa chica, tiene algo en los ojos que no se explica. Una especie de verdad cruda, salvaje, que asusta y atrae al mismo tiempo.

¡Mierda!

—¿Pasará algo si voy en mi coche? —repito en voz baja, sentado en el borde de la cama, mirando al suelo como si fuera a encontrar allí las respuestas.

Ella dijo eso. Con tanta convicción. Como si estuviera segura...

¿Desde cuándo me dejo afectar por este tipo de cosas? ¿Desde cuándo una chica me quita el sueño con palabras?

Me levanto de un salto y camino hasta el balcón del dormitorio. El sol aún no ha salido del todo, pero el silencio del final de la madrugada pesa más que el hormigón bajo mis pies. Miro hacia el garaje. Ahí está: mi imponente Range Rover negro, que suele ser mi armadura. Pero hoy parece una trampa.

Respiro hondo. ¡Soy Kaan Demir, joder! No dejo que las emociones dirijan mis actos. No dejo que nadie me desestabilice.

Pero... cojo el teléfono y llamo a seguridad.

—Saca el Ranger del garaje y haz que lo revisen todo. Quiero que el nuevo blindado esté listo hoy mismo y que lo reposten con antelación. Sin errores.

Cuelgo sin esperar respuesta. Me paso las manos por el pelo y me miro en el espejo. Algo en mí ha cambiado y no me gusta.

Ella me está afectando de una manera equivocada y completamente peligrosa. Y esa chica... Esa maldita bruja me va a destruir, si se lo permito. Y tal vez le esté dando demasiado espacio.

Me doy una ducha fría, intentando borrar las marcas que ella ha dejado en mí —y no me refiero a las físicas. Me visto como siempre, impecable, y bajo al café, pero ella no aparece.

Claro que no. Maldita.

Se pasa toda la noche en mis sueños, me despierta con una visión del infierno, me suplica que no salga con mi coche… y luego desaparece como si nada hubiera pasado. Es muy propio de ella.

Como cualquier cosa, solo para mantener el estómago ocupado, y salgo antes de que se me acabe la paciencia. Elijo el Ferrari, el coche que casi nunca uso. Raro, llamativo, rápido. Tan fuera de lo común como lo ha sido esa chica en mi vida.

Llego al casino y empiezo a trabajar, como siempre. Tengo las manos ocupadas, pero la cabeza sigue puesta en ella.

Hasta que recibo el aviso.

—Señor Demir —dice uno de mis hombres—. Ha llegado un envío... inusual. Está en recepción.

Frunzo el ceño.

—¿Qué tipo de entrega?

—El señor querrá verlo con sus propios ojos.

Camino por los pasillos con el corazón en vilo. Mis pasos firmes resuenan como una advertencia.

¿Y qué veo al llegar allí? Una maldita corona de flores. Blanca, enorme y fúnebre.

Al instante, mi mano va directamente a la cintura y saco el arma con rabia. Mis dos guardias de seguridad hacen lo mismo. La tensión estalla en el aire.

—¿Quién ha mandado esta mierda? —gruño, señalando al chico de la entrega, que palidece al instante.

—¡T-Tranquilo, señor! —se asusta, levantando las manos—. ¡Hay una tarjeta! ¡Viene con una tarjeta!

Le indico con la mirada que uno de mis hombres lo coja.

Abre el sobre lentamente y lee en voz alta, con la mandíbula crispada.

—«Para el señor Kaan Demir. Que Alá acoja su alma con la misma rapidez con la que se mueve su arrogancia».

Un silencio sepulcral se apodera del ambiente.

Me acerco. Vuelvo a leer la tarjeta. No es una amenaza cualquiera. Es algo personal. Es una advertencia… o un juego. Y, por primera vez en mucho tiempo, mi mente une los puntos más rápido de lo que mi ira puede seguir.

Aprieto la nota con fuerza y la arrugo, tirándola al suelo.

—Averigüen de dónde vino este envío. Interroguen a ese desgraciado y revisen cada maldita cámara de la ciudad si es necesario.

Y justo cuando pienso en volver a mi despacho, oigo la voz de uno de los guardias por el intercomunicador:

—Señor... Tenemos otro problema. Es en su casa.

Me detengo de inmediato.

—¿Qué pasa ahora, joder? —gruño, con el corazón golpeándome el pecho.

—Su coche, señor... El Ranger. Ha... Ha explotado.

Por un segundo, el mundo se detiene.

El Ranger Rover negro. El coche que ella me dijo que no usara. El coche que mandé sacar del garaje por lo que ella vio y que casi se convierte en mi ataúd, si hubiera salido con él.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Hijos de puta —susurro—. Lo han intentado de verdad.

Sí, lo intentaron, pero en ese mismo instante, una nueva preocupación me invade. Clara está sola. Lo sabían. Sabían el modelo, la hora, el camino. ¿Y si también saben de ella?

La adrenalina se apodera de mí. Tengo que volver. Ver con mis propios ojos que está viva. Que está a salvo, porque sé que todo esto es por ella.

Pero esto no va a quedar así. Porque no soy solo Kaan Demir, empresario, dueño de un casino, jugador despiadado.

Soy el heredero de sangre y venganza de una familia que aprendió a sobrevivir en las guerras del inframundo, y ahora… acaban de firmar su sentencia.

Esa explosión no fue solo un ataque, fue un gran error. Y haré que cada maldito responsable de esto pague con dolor y sangre.

—Refuercen la seguridad en mi casa y vigilen mi coche ahora mismo. Tengo que volver.



Capítulo 17

Loreta

Perdida en la oscuridad

El estruendo fue demasiado fuerte. Todavía resuena dentro de mí como una bomba que no deja de explotar. El humo invade el aire, espeso, sofocante, y me hace toser con fuerza mientras intento ver algo por la rendija de la puerta.

—¡Abre la puerta! —Alguien golpea desde fuera, pero mi cuerpo se paraliza.

No. No puedo. ¿Y si es alguien que quiere llevarme de vuelta a ese lugar?

—¡Se está quemando todo aquí! —insiste la voz desconocida, ahora con más urgencia.

¿Y si es una trampa? ¿Y si... han vuelto para sacarme de aquí? Prefiero morir antes que volver a ese infierno. Es mejor que el

fuego me arrastre, que el humo me consuma, antes que caer de nuevo en sus manos.

Abro la puerta del balcón, pero sale humo y no sirve de mucho. Entro en el baño, intentando ignorar la voz masculina que no conozco. Mojo una toalla con agua para respirar, pero aún así es complicado.

—¡Clara! —Oigo mi nombre y me quedo paralizada.

Pero la voz, esa sí la conozco.

—¡Soy yo, Kaan! ¡Abre esa maldita puerta ya, chica! —grita, entre toses.

Mi corazón se dispara. Me tiemblan las piernas hasta llegar a la puerta. La mano vacila en el pomo, pero es él. Es su voz. Aun así, dudo.

—¿¡Quieres morirte ahí dentro?! —grita de nuevo, más ronco, más cerca—. ¡Si no abres, voy a derribar esa mierda!

Con los dedos temblorosos, abro la puerta. En cuanto se abre, me agarra por los brazos y me empuja con fuerza contra su pecho.

—¡¿Te has vuelto loca?! —grita furioso—. ¿¡Quieres morir?!

Él no responde. Solo me levanta en sus brazos como si estuviera hecha de papel. Me sujeta con firmeza, con una mezcla de rabia y alivio, como si nada más importara: ni el fuego, ni el caos, ni siquiera el miedo.

Y por primera vez desde que todo empezó... me siento a salvo en sus brazos.

El humo aún lo cubre todo. Los bomberos aparecen y nos guían hacia fuera mientras él sigue llevándome con facilidad, sin soltarme ni un segundo.

Afuera, por fin veo la magnitud de la explosión. El fuego ha consumido parte del lateral de la casa, pero al estar construida en

piedra, gran parte ha resistido. Mi habitación… ha sido alcanzada. Pero el centro del impacto ha sido el coche.

—¡Ha inhalado mucho humo! —dice Kaan, entregándome a los paramédicos con expresión seria.

—¡Usted también necesita atención! —avisa la señora Fatma, angustiada a su lado.

No responde. Se queda allí, inmóvil, con sus ojos oscuros clavados en mí. Y aunque estoy rodeada de humo, sirenas y gritos... solo soy capaz de devolverle la mirada.

—Póngase esto en la cara. —El paramédico me entrega una máscara de oxígeno y le ofrece otra a Kaan, quien se niega a aceptarla.

En pocos minutos llegan varias personas, hablando rápido en turco. El ajetreo es intenso. Entre los rostros desconocidos, reconozco algunos rasgos parecidos a los de Kaan. Se acerca un hombre un poco mayor que él, con expresión firme, seguido de una señora elegante que lo abraza con fuerza.

Poco a poco, me doy cuenta: es su familia.

Algunos me miran con extrañeza y me siento fuera de lugar, vulnerable, sin saber qué hacer, qué decir ni adónde ir.

Entonces Kaan me agarra la mano con fuerza y firmeza. Su tacto es lo único familiar en medio de aquel caos.

—Clara, quédate conmigo.

Mis ojos se vuelven hacia él. No sé qué decir, así que solo asiento con la cabeza.

—Vayan a mi casa, hermano. Mañana lo resolveremos todo —dice el hombre mayor, con autoridad natural y una mirada sombría y cruel.

Da miedo, y poco. Pero aun así, sé que estaré a salvo cerca de Kaan.



Nos dirigimos en coche a otro lugar. Kaan me mantiene junto a él, atento a los alrededores, y estoy tan cerca que, por primera vez, me percato del arma que lleva en la cintura.

—Por tu expresión, tendremos una buena pelea del estilo que le encanta a Baran —comenta un hombre delante, con una sonrisa burlona, que supongo que es el hermano menor de Kaan.

—Cállate, Cem —ordena Kaan a mi lado, con voz baja, pero firme.

Baran, Kaan y Cem. Los tres hermanos Demir. Confieso que, comparado con el mayor, Cem parece el más afable. Es él quien va en el asiento del copiloto mientras Baran conduce.

Tardamos un rato en llegar, y la casa a la que entramos es mucho más sombría que la de Kaan. Como pertenece al hermano mayor, parece reflejar a la perfección su personalidad: fría, opresiva, intensa y peligrosa.

Al cruzar la puerta, mi cuerpo se tensa. Lo primero que veo son armas. Muchas armas, dispuestas sobre la mesa de la entrada como si fueran objetos decorativos.

Siento que estoy entrando en una fortaleza de guerra, y no en una casa. Las paredes oscuras, el suelo de piedra, el silencio denso... Todo allí carga una tensión antigua y e , casi palpable. Y sé, con cada célula de mi cuerpo, que no quiero quedarme sola aquí.

Aprieto con fuerza la mano de Kaan y él me mira como si comprendiera exactamente la tormenta que se forma dentro de mí.

—¿Qué habitación, Baran? —pregunta Kaan, con voz seca.

—El que quieras. Excepto los que sabes que no están disponibles —responde Baran, con una sonrisa maliciosa que me pone los pelos de punta.

Ni siquiera quiero imaginar qué hay en esas habitaciones «indisponibles», pero solo de pensarlo, se me revuelve el estómago. Seguimos por un pasillo estrecho y nos cruzamos con algunos empleados que bajan la cabeza en silencio, como si tuvieran miedo de levantar la vista.

Por Dios… ¿Qué lugar es este?

Cuando creo que vamos a seguir por ese laberinto sombrío, Kaan se detiene y abre una de las puertas. Me empuja con delicadeza, pero con firmeza, y me conduce al interior.

—Puedes dormir aquí... —dice, mirando el espacio.

—Yo... ¿Podría dormir en tu habitación? —pregunto, con un hilo de voz—. Este lugar me da escalofríos y...

Frunce el ceño, como si lo estuviera meditando.

—No te causaré ninguna molestia. Te lo prometo —intento explicarme—. Si quieres, puedo dormir en el suelo. Poner una manta o...

—No vas a dormir en una alfombra sobre un suelo frío —me corta, sin dejar lugar a discusión—. Pero está bien... Tú duerme en la cama. Yo me quedo en el sofá. Así será más cómodo.

Kaan se quita la chaqueta y la deja sobre el sillón con un suspiro discreto.

—Sin embargo, tendrás que quedarte sola unos momentos. Tengo que hablar con mis hermanos. Y Zeynep aún no tiene fecha fija de regreso.

Asiento, comprensiva.

—De acuerdo.

—Haré que te traigan el almuerzo —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Cierra con llave en cuanto salga y no abras hasta que estés segura de que soy yo. En cuanto a la comida... Llamarán a la puerta, espera unos minutos y tira de la palanca para que entre. ¿Entendido?

Asiento de nuevo. Entonces él sale y la puerta se cierra con un clic seco.

Ahora estoy sola en este lugar que parece más un escondite de guerra que una casa, y cada segundo se arrastra como una eternidad.



Capítulo 18

Kaan

Lo que no debería haber pasado

—Ahora habla. ¿Quién fue el hijo de puta que hizo explotar tu coche? —pregunta Baran mientras afila uno de los cuchillos cortos sobre la mesa cubierta de armas. Siempre hace eso cuando está aburrido o a punto de matar a alguien. O ambas cosas.

—Aún no lo sé. Pero... tiene que ver con ella. —Mi voz suena firme, a pesar del agotamiento.

—¿Con la rubia? —pregunta Cem, frunciendo el ceño.

—Qué pregunta más original, Cem —suelta Baran, sin mirar a su hermano—. ¿Acaso ha venido aquí con una pelirroja?

Pongo los ojos en blanco, irritado.

—Eso no es lo más importante. Todo está pasando por culpa de ella. Desde el momento en que la gané en el juego.

Baran arquea una ceja, por fin interesado.

—¿Cómo que «la ganaste en el juego»? ¿Algún idiota decidió apostar contigo y puso a una mujer sobre la mesa? ¿Y tú simplemente... te la llevaste?

—La pérdida fue grande, porque ella es preciosa. —Cem se ríe, divertido, sin entender claramente la gravedad de la situación.

—¡Joder! —esputo, perdiendo la paciencia—. No es como lo estáis pensando. Sabéis que no soporto esa mierda del tráfico de personas. ¡Lo odio!

Baran me mira con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué coño has traído a una mujer así a casa?

—Porque Fortino acababa de comprarla. Ese que se cree un jeque de mujeres adquiridas en subastas clandestinas. Una auténtica basura. El tipo la apostó para saldar una deuda conmigo. —Suelto un profundo suspiro, mi voz más sombría—. Solo que desde ese día... todo se descontroló.

—¿Fortino? —Baran repite el nombre como si lo hubiera oído antes—. ¿Ese desgraciado sigue vivo?

—Todavía. Pero no por mucho tiempo. Ya he ordenado rastrear sus últimos pasos. Y ahora, después de lo que le han hecho a mi coche, ya sé por dónde empezar.

—Esto está yendo demasiado lejos por una chica, Kaan — dice Baran, con voz baja y cortante—. ¿Estás seguro de que no estás mezclando las cosas?

—Claro que no. Solo la recuperé para devolvérsela a su familia. Por eso necesito estar cerca. Sé que pueden intentar volver a secuestrarla, pero no lo permitiré. Sobre todo después de lo que ha pasado esta mañana.

Cem y Baran se miran en silencio.

—¿Qué ha pasado esta mañana? —pregunta Cem—. ¿Cómo está ella involucrada en esto?

—Ella... soñó con el atentado.

—¿Entonces es una bruja? —Cem arquea una ceja, divertido.

—O se está acostando con algún guardia de seguridad que te ha traicionado —espeta Baran, secamente.

Suspiro hondo, conteniendo el impulso de golpear algo.

—Baran, ella no deja que nadie se le acerque. Casi muere quemada por miedo a abrir la puerta. Pensó que la iban a llevar de vuelta.

Baran gira lentamente el arma entre sus manos, pensativo.

—Pero vino de la mano contigo. Mantente alerta, querido hermano —le advierte, con voz más grave—. Demasiada emoción acaba siendo un punto débil, y es ahí donde a nuestros enemigos les encanta atacar.

No respondo, ni hace falta. Tiene razón, pero sé que es demasiado tarde para alejarme.

—Ahora, pasemos a las estrategias, hermanos míos. —Baran se acomoda en la silla, con un brillo cruel y sádico en la mirada.

Así comienza su ritual. Uno por uno, analiza a los objetivos con precisión militar para saber quién será torturado, quién será asesinado y quién tendrá el dudoso honor de ser arrojado a sus malditos tigres de compañía.

No es solo un ajuste de cuentas. Es la declaración de guerra de los Demir y, una vez más, tendremos sangre en nuestras manos.



Tras horas organizándolo todo y recopilando información, nos retiramos a descansar. Pasamos la tarde picando algo y bebiendo whisky hasta tener lo que necesitamos. Mañana será un nuevo día y, en cuanto consigamos capturar al primero, continuaremos con la información.

Vuelvo a la habitación y, en el instante en que abro la puerta, me acuerdo: Clara está ahí. Durmiendo... o intentándolo.

Lo primero que hago es darme un baño helado. Necesito quitarme de la piel el olor a pólvora, humo y tensión. Tengo que borrar de mi mente la mirada de mis hermanos, las promesas de muerte, los nombres tachados con sangre invisible.

Después me acomodo en el sofá, con más ropa de la que suelo llevar. Llevando pantalones y una camisa de tela cómoda. La mierda es que el espacio es demasiado pequeño para mi cuerpo. Las piernas quedan torcidas, los hombros están incómodos, ¡pero qué le den!

Mejor eso que la idea de tocarla sin permiso, o peor aún, asustarla de nuevo.

Intento cerrar los ojos, pero un rayo ilumina la noche, dejando claro que no voy a poder dormir.

—Joder, solo faltaba eso. Una tormenta de rayos —murmuro para mis adentros, viendo cómo la lluvia empieza a azotar la ventana con fuerza.

Veo cómo se mueve su cuerpo en la cama y le pido a los cielos que la lluvia no la despierte. Sería una tentación demasiado grande estar encerrado en el mismo espacio que ella… en medio de

una tormenta. Claro que no haré nada, pero será una intensa lucha interna resistirme al deseo insano de acercarme más de lo que debería.

Desde Selim, nunca me había sentido así. Clara, o su nombre real que nunca nos dijo, me está afectando de una manera que escapa a todo lo que conozco. A todo lo que controlo.

No entiendo el motivo. Quizás sea por ser tan única, tan deseada, tan inalcanzable. Quizás la lujuria se esté apoderando de mí y cegándome. Solo sé que lo que mi cuerpo desea es acercarme, pero lo que mi razón grita con todas sus fuerzas es que me aleje.



—Señor Kaan, despierte. —Me despierto con una voz demasiado suave para este mundo.

Abro los ojos. Y ahí está ella, casi como una visión. Clara, con ese camisón blanco que nunca deberían haberle puesto.

Demasiado angelical, pero con un toque sensual que despierta todo lo que hay de malo en mí.

No puedo mirarla así. No ahora. Si dejo que ese deseo me domine, puedo asustarla. Hacer que reviva los miedos que intento alejar, y me odiaría por ello, porque no soy solo deseo.

Con ella, tengo que ser mejor que eso.

—¿Qué pasa? —Mi voz sale más ronca de lo que me gustaría. No sé si es el sueño... o la maldita excitación intentando tomar el control.

—Vi que... te estabas cayendo del sofá y... podrías hacerte daño. ¿No quieres irte a la cama? Es muy grande.

No juegues con fuego, chica...

Porque estás jugando con mi cordura. Y no sé cuánto tiempo más podré mantener el control.

—Mejor no —respondo secamente, dando por zanjado el tema y cerrando los ojos.

—Pero... si el señor se cae, no me lo perdonaré y...

—Vete a dormir, Clara. Esta noche es demasiado larga para los dos.

El silencio reina durante unos segundos, hasta que oigo el sutil arrastrar de las mantas. Abro un ojo y veo que está haciendo la cama en la alfombra justo a mi lado.

¡Joder!

—¿Qué crees que estás haciendo? —Me incorporo de inmediato. —Te dije que ibas a dormir en la cama. ¿Ya lo has olvidado?

—Lo sé, pero es injusto que tú te quedes ahí...

—No te estoy diciendo que pienses o creas nada, chica —la interrumpo con firmeza—. Solo vete a la cama.

Ella me mira fijamente, con los ojos entrecerrados por la irritación, y yo la ignoro. Solo cojo las mantas y las tiro sobre la cama, como puedo.

—Puede que estés protegiéndome, pero no voy a estar escuchando órdenes para siempre.

—¿Qué has dicho?

—Me ha entendido perfectamente. Solo quiero lo que es justo.

—¿Justo? —Doy un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros—. ¿Te parece justo temblar cada vez que alguien se te acerca? ¿Te parece justo casi morir quemada por miedo a que un abusador te lleve de nuevo? — , le espeto, viéndola cruzar los brazos, tensa. —¿Y aún quieres saber por qué no me acuesto en la misma cama que tú?

Me alejo y vuelvo al sofá. Pero antes incluso de acomodarme, oigo:

—Pero ya no me das miedo.

La frase me golpea como un disparo.

¿Se atreve a decirme eso? ¿A mirarme así?

Me vuelvo de nuevo y avanzo. Me detengo frente a ella. Clara no retrocede ni un centímetro. Solo me mira con esa fuerza absurda en la mirada. Demasiado desafiante para su propia seguridad.

Estoy a punto de hacer algo que no debo, y lo que más deseo es que ella huya de mí desesperada.

—¿No vas a huir? —pregunto en un tono bajo y ronco.

—He dicho la verdad. No me das miedo, Kaan.

Ella necesita huir, y por eso pongo a prueba su límite.

Llevo mi mano hasta su brazo, despacio, como si tocara un cristal a punto de romperse. Pero... ella no retrocede. Al contrario, sus dedos se levantan y tocan mi brazo de la misma manera.

Su tacto es como fuego, pero ella no se quema. El que arde soy yo.

—Tienes que irte lejos... —susurro, aunque sin fuerza en la voz.

—No quiero, Kaan.

Y entonces, sin lógica, sin plan ni racionalidad, me abraza.

Y cuando sus labios tocan los míos, suaves, vacilantes, pero entregados, me invade un silencio absoluto. No existe nada más que ese beso, que parece tan cierto como perfecto.

Tomo sus labios con deseo, dejando que mi lengua se adentre en su boca, desprendiendo un sabor que me hechiza. Algo en mí me dice que debería parar, pero no consigo recordar el motivo. Sobre todo con Clara abrazándome y tirando de mí hacia ella, sin separar nuestros labios. Es intenso, fuerte... Sus labios son tan dulces como su dueña.

No resisto el impulso de levantarla en mis brazos y tirarla sobre la cama, pero en cuanto la veo iluminada por la tenue luz de la lámpara, todo vuelve con fuerza. Todo lo que Clara ha pasado y lo que juré que no haría.

Entonces, me alejo, invadido por una rabia sorda hacia mí mismo.

¡Joder!

Esto no debería haber pasado.

Sin decir nada, salgo de la habitación sin mirar atrás.



Capítulo 19

Loreta

Cayendo del cielo

Nunca pensé que esto pasaría, pero fue real. Todavía puedo sentir en mis labios el roce de su barba. Kaan y yo nos besamos. La iniciativa fue mía, pero después de ayer... no podía pensar en otra cosa que no fuera él. En su olor, en su voz y en la forma en que me mira cuando cree que nadie nos ve.

Sin embargo, creo que a él no le gustó. Fue tan intenso, tan real. Claro que no fue mi primer beso, pero fue el único que realmente me hizo arder por dentro. Sentí su deseo, su respiración agitada, hasta su excitación presionando mi vientre...

Y si él no se hubiera ido de esa manera, sé que me habría entregado. Sin miedo. Sin duda. Pero Kaan salió por la puerta como si estuviera huyendo de un error. ¿Es así como me ve? ¿Como alguien que se equivoca?

Quizá el motivo tenga que ver con el hecho de que yo no soy como las mujeres con las que él sale.

Quizá se haya acordado de la morena elegante de la otra noche; el contraste entre nosotras dos es enorme. Ella parecía tan segura de sí misma y tan provocativa...

Confieso que yo nunca me vestiría así. Y por mucho que quiera ser fuerte, me siento inferior al compararme con ellas. Pero lo que sé es que pasaré un día más encerrada en esta casa de película de terror, pensando en el beso de Kaan.



Las horas pasan y solo consigo dormitar un poco. Me despierto con alguien diciendo que ha llegado mi desayuno. Espero un poco y abro la puerta para coger mi comida. Miro hacia un rincón y veo que, en este tiempo, Kaan no ha vuelto.

Es extraño, porque ayer, en los brazos de Kaan, me sentí en las estrellas. Y ahora, es como si estuviera cayendo del cielo. Cayendo demasiado rápido y presintiendo que me voy a hacer daño.

Aun así, una parte de mí, que es tonta o terca, guarda la esperanza y el deseo de que eso vuelva a suceder.

—Señorita, el señor Kaan le ha enviado unos libros. —Oigo una suave voz femenina.

Abro la puerta con cuidado y veo a una joven con una mirada amable.

Me entrega una bolsa grande, llena de libros, cuadernos y lápices.

—¿De verdad son para mí? —pregunto, sorprendida.

—Sí, señorita —responde, con un ligero movimiento de cabeza antes de alejarse.

Cierro la puerta y me acerco a la mesita.

Al abrir la bolsa, reconozco los libros de contabilidad que estaba estudiando el otro día y, como una tonta, sonrío. De una forma u otra, Kaan sigue pensando en mí. Solo espero que lo haga de la manera correcta.

Empiezo a estudiar para entretenerme y las horas pasan. Llega mi almuerzo y también la cena. La noche llega enseguida. Espero que Kaan entre por la puerta, pero acabo quedándome dormida sin que él venga.

Empieza un nuevo día, y es entonces cuando me doy cuenta: realmente no ha venido. ¿Habrá decidido dormir en otra habitación después del beso de ayer? Esa idea me inquieta.

Miro por la ventana. A diferencia de su casa, aquí no hay balcón, y casi no puedo ver nada de fuera.

Me consume el deseo de salir y buscar información, pero ni siquiera me imagino qué hay en este lugar. Solo sé que, si no fuera por el atentado, nunca estaría aquí... Ni tan aburrida.

Empiezo a dar vueltas de un lado a otro. Es en ese momento cuando oigo unos golpes en la puerta, un aviso de que ha llegado el desayuno.

Abro inmediatamente porque necesito ver a alguien, hablar con alguien. Al otro lado hay un chico que parece más joven que yo, empujando el carrito con la comida.

—Señorita...

—Por favor, respóndame una cosa —le interrumpo, con la voz temblorosa por el miedo a la respuesta—. El señor Kaan... ¿Está en otra habitación?

—No puedo hablar con usted.

—Solo dígamelo. O me volveré loca...

Él duda, pero luego murmura, casi en un susurro:

—Los jefes se marcharon hace más de un día. Los tres hermanos Demir.

De repente me invade un alivio, y le doy las gracias con un simple gesto, empujando el carrito hacia el interior de la habitación, pero ese alivio dura poco.

¿Tendrá esto algo que ver con el atentado contra el coche de Kaan?

No hablan, pero está más que claro que están involucrados con la mafia. Las armas esparcidas, las miradas de los empleados, la energía opresiva que se cierne sobre todo este lugar... Todo respira peligro.

Entonces, mi corazón da un vuelco. ¿Y si le hacen daño a Kaan? ¿Y si no vuelve nunca más?



Capítulo 20

Kaan

El ajuste de cuentas

Después de pasar horas culpándome por el beso a Clara, hice lo que cualquier hombre con la sangre en ebullición haría: me reuní con mis hermanos antes de lo previsto y fui a resolver algunos asuntos pendientes.

Alejarme de ella era urgente. Empuñar mi arma junto a Baran y Cem fue la única forma de liberar la tensión. La ira necesitaba un objetivo y, por suerte, teníamos varios.

Literalmente, cazamos a unos desgraciados. Los contactos de Baran localizaron al autor de la maldita corona de flores enviada a mi oficina. Una advertencia velada. Un insulto directo.

Un mensaje que merecía una respuesta a la altura.

Yo le habría metido una bala entre los ojos al desgraciado, pero Baran prefirió divertirse: torturar al tipo con el pretexto de sacarle información. Eligió unas tijeras de podar como herramienta. Sádico como siempre.

—A cambio de tu dedo anular... —murmura Baran, con la mirada fija—. ¿Quién está detrás de todo esto?

El hombre tiembla atado a la silla, con los ojos morados, la boca hinchada y manchada de sangre. Ya había perdido el dedo meñique y ahora llora, ensangrentado, entre sollozos.

—Por Alá... Juro que no lo sé, señor... Yo solo... hice lo que ella me mandó...

—¿Quién?

—No lo sé, señor. Lo juro... Ella solo envió el mensaje y...

—Es tan triste cuando la gente no sabe a quién debe ser leal, ¿no crees? —comenta Baran, cogiendo un cubo cuyo contenido conozco bien—. Cem, ¿por qué estás ahí parado en un rincón?

Miro a nuestro hermano pequeño, que está en un rincón con un tono ligeramente grisáceo. Sé que aún es joven para lidiar con todo esto, pero tiene que aprender a ser un Demir como Baran y yo.

Se lleva la mano a la nariz, mareado.

—Es solo... el olor...

—Es el hedor del miedo. Pero tenemos una forma de resolverlo —dice Baran.

Y sin previo aviso, le echa el contenido del cubo encima al hombre. El grito de pavor y dolor resuena por el cobertizo.

—Dime lo que sabes de ella ahora mismo, o le prenderé fuego a este alcohol —amenaza, levantando el mechero de oro, que es uno de sus rasgos distintivos.

—Nunca la he visto... Solo sé que es rica y... habla inglés de una forma diferente.

—¿Algo más?

—No... Por Dios, no lo enciendas...

—Te prometo que no lo haré —responde Baran, con una media sonrisa.

Suelta el cubo, guarda el mechero y se aleja. Me mira. Una sola señal.

Y en cuestión de segundos, saco mi arma y le disparo una sola vez entre los ojos a ese hijo de puta.

Silencio. La respuesta ha quedado clara.

Nos damos la vuelta y empezamos a salir, pero Baran agarra a Cem por el cuello de la chaqueta y lo tira hacia atrás.

—Ya no eres un adolescente. Te vas a quedar y te vas a encargar del cadáver. Mis hombres te enseñarán qué hacer. Más tarde, llámame. Te diré dónde estaré.

Cem abre los ojos como platos, pero no replica. Sé que odia esto, pero ya es hora de que deje de comportarse como un niño.

Si quiere ser un Demir, tendrá que empezar a comportarse como tal.

A continuación, Baran y yo nos dirigimos a un baño para limpiarnos. Mi hermano se lava las manos, quitándose la sangre seca de los dedos. Después, cogemos el coche y vamos directamente tras ese desgraciado de Fortino.

Por supuesto, no está en su harén de mujeres compradas.

Todas están asustadas, heridas. Corren en cuanto abrimos la puerta. Solo con ver la escena, se me revuelve el estómago de odio. Me imagino en qué estado estaría Clara si aún estuviera aquí.

Entonces, oímos un gemido. Femenino. Un sonido de dolor. Seguimos el sonido hasta una de las habitaciones.

—¿Está dando a luz aquí? —pregunta Baran, sorprendido.

Yo solo asiento con la cabeza, atónito, al ver a una mujer ayudando a otra, que se retuerce de dolor sobre un colchón inmundo en el suelo. Ni siquiera puedo acercarme y Baran, aunque sea sádico, nunca haría daño a una mujer en ese estado.

—Vamos a otro sitio —dice Baran, dirigiéndose ya hacia la entrada con paso firme.

Continuamos la ronda. Y entonces, de reojo, veo a un hombre pasando apresuradamente por el pasillo. Hago un gesto rápido a Baran y salimos tras el tipo. Lo acorralamos en un rincón oscuro, con las armas apuntándole directamente a la cabeza. El desgraciado levanta los brazos al instante, temblando.

—¿Dónde está Fortino? —gruño—. Su hijo está a punto de nacer y...

—Yo... yo no sé dónde está. Se fue temprano —responde el hombre, tartamudeando.

Baran se acerca con esa mirada que hiela hasta la sangre.

—¿Estás seguro de esa respuesta? —pregunta, demasiado tranquilo para ser buena señal—. Di que no... y te juro que nos divertiremos mucho contigo.

—¡Sí, lo estoy! ¡Lo juro! Se fue temprano, no dijo adónde. ¡Solo dijo que era un asunto urgente, fuera de la ciudad!

Baran suspira profundamente, como quien lamenta una oportunidad perdida de tortura.

—Cobarde hasta para quedarse cuando está naciendo su hijo... —comenta con desdén.

—No le importan esas putas —dice el desgraciado mirándome—. Solo quería a Claríssima. Pero solo porque la perdió por culpa del señor. Si la tuviera, estaría como las demás.

Mi sangre hierve y, sin pensarlo dos veces, le clavo los dedos en el cuello, apretando con fuerza.

—Dile a ese desgraciado que ella es mía. Que nunca más volverá a tocarla. Y que muy pronto volveré...

Suélto al gusano con desprecio. Baran, que lo observa todo como si estuviera viendo una buena película, solo esboza una sonrisa de lado. Pero antes de seguir adelante, saca el arma y le dispara en la pierna al tipo.

—Solo para que no te olvides del mensaje de los hermanos Demir —dice, guardando la pistola con su calma habitual.

Desde allí, paramos en un bar de la familia. Baran empieza a hablar de sus planes y Cem, demasiado emocionado para mi gusto, comenta cómo aprendió a hacer desaparecer un cadáver sin dejar rastro y no fue usando a los tigres de nuestro hermano mayor.

La verdad es que todo esto me suena a ruido. Estoy agotado. Han sido más de veinticuatro horas de guerra encubierta, sangre, muertes y órdenes. Pero lo único que realmente me importa es saber si ella está bien.

En cuanto volvemos a casa, voy directo a la habitación, abro la puerta... y ahí está Clara. Sentada, rodeada de libros. Pero en cuanto me ve, se levanta. Viene directamente hacia mí y me abraza.

Sin pensarlo, le devuelvo el gesto, sintiendo algo en el pecho que ningún arma, tortura o territorio ha logrado provocar: paz.

Me envuelve con sus brazos pequeños, pero firmes, como si fuera el lugar adecuado. El único lugar adecuado donde estar.

—¿Estás bien? Yo tenía miedo y...

—*Shhh...* —susurro, apretándola con más fuerza contra mí.— Ahora mismo... solo necesito descansar. Pero estoy aquí, he vuelto.

Y no pienso irme de aquí tan pronto.



Capítulo 21

Loreta

En las estrellas

Entonces, a media tarde, llegó y enseguida se dejó caer en la cama.

Ahora está ahí, durmiendo profundamente, pero el olor a pólvora aún flota en el aire. Es curioso pensar que hace unos meses nunca habría reconocido ese olor... y hoy me resulta casi familiar. Quizás eso dice más de la nueva Loreta de lo que me gustaría.

Sigo estudiando, pero ahora con una lámpara, porque decidí correr las cortinas para que él estuviera más cómodo. Confieso que no consigo concentrarme.

Mis ojos insisten en desviarse de las páginas y posarse en él. No consigo olvidar el beso. Sí, se marchó poco después, pero ahora ha vuelto y me ha abrazado. Por un instante, me hizo creer que aún

había espacio para nosotro s dos. Sin embargo, no sé si ha vuelto por mí o por cansancio, pero está de vuelta.

Las horas se arrastran y, más tarde, me traen la cena. Como cerca del sofá, en silencio. Y él sigue durmiendo. Tan exhausto que ni siquiera se mueve.

Y aun así, me siento extrañamente... en paz.

Pero todo acaba rápido y él empieza a despertarse lentamente. Eso me pone nerviosa porque nunca sé qué esperar.

Y cuando por fin abre los ojos, contengo la respiración.

—Hola. Buenas noches —me arriesgo, intentando mantener la voz firme.

Me mira de reojo, serio y en silencio. No sale ni una palabra ni un gesto de él. Solo esa mirada oscura, imposible de descifrar. Y algo dentro de mí se cierra como si hubiera dicho algo mal, o como si mi presencia le molestara de alguna manera.

Aprieto las manos sobre el regazo y aparto la mirada, tratando de disimular el dolor tonto que empieza a crecer. Quizás he soñado demasiado y ese beso no ha significado nada para él, como un recuerdo inoportuno que desea olvidar.

Me muevo, colocándome de espaldas a la ventana para que no vea las lágrimas que se forman en mi mirada.

—¿Ya has comido?

Nieguo con la cabeza, sin poder hablar.

Entonces lo veo pasar junto a mí y dirigirse al baño. Cuando la puerta se cierra, me seco la cara y vuelvo a intentar concentrarme en los libros. No puedo pensar en él y desearlo. Fue un error para él y, aunque no diga ni una palabra, estoy segura de que piensa así.

El sonido de la ducha llena la habitación e intento ignorarlo, pero cada gota parece recordarme mi propia estupidez. Me culpo a cada segundo por haberle pedido que se quedara en mi habitación.

Quizá debería haber mentido. Haber dicho que todavía me da miedo, pero no es así. La verdad es que todavía lo quiero.

¡Dios! ¿Cómo sacar a alguien de la mente... cuando lo único que deseo es volver a besarlo?

Tomo una decisión. Empiezo a recoger mis libros y la poca ropa que me han dado. En cuanto salga del baño, le pediré que me cambie de habitación, aunque tenga que quedarme sola en esta casa sombría que parece sacada de una pesadilla nefasta. Sin embargo, antes de que pueda terminar, se abre la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has recogido tus libros? —pregunta, con voz áspera.

Lleva solo unos pantalones y la camisa blanca de vestir abierta.

Sé que no debería mirar, pero es imposible evitarlo.

—No mires donde no debes, chica —suelta, a modo de amenaza.

Mis ojos se encuentran con los suyos y siento que se me eriza todo el cuerpo. No es por miedo, es por algo más fuerte que aún no puedo nombrar, pero que me impulsa a ir hacia él.

—Detente ahora —ordena, pero no le obedezco.

Mis piernas, que antes se resistían, ahora están más decididas.

—Clara... —susurra él.

Cierro los ojos por un momento. Sé que, en algún momento, tendré que contar la verdad, pero no ahora.

Mis manos tocan su piel húmeda, subiendo lentamente por su pecho hasta llegar a su rostro.

Él no me detiene. Solo me observa con esos ojos llenos de deseo.

—Chica, no sabes lo que estás haciendo...

—Solo quiero que me beses...

Respira hondo y me atrae hacia él.

Siento el calor de su cuerpo. Me derrito bajo el tacto de sus dedos firmes en mi cintura.

—Tienes que entender que aquello fue un error... y no va a repetirse —dice, con voz ronca.

Pero su cuerpo… Su cuerpo habla otro idioma.

—¿Por qué mientes, si todo lo que haces demuestra que tú también me deseas?

Llevo mi mano hasta su nuca y dejo que mis uñas le arañen ligeramente la piel. Él cierra los ojos, tenso.

—Clara...

—No me llames así. Me llamo Loreta.

Él exhala en un largo suspiro, pero no se aleja.

—Está bien, Loreta. Deja de jugar con fuego… porque no quiero hacerte daño.

—Sé que no me vas a hacer daño.

Sus dedos bajan hasta mi trasero y me aprietan contra su erección. Un gemido se escapa de mis labios.

Su boca se posa en mi cuello y me quemo por dentro.

—No se juega así con un hombre, Loreta...

Cierro los ojos; me dejo envolver por su tacto firme, pero a la vez tierno. Entonces, sus labios alcanzan los míos con deseo y ganas. Sus manos están en mi nuca mientras me entrego al mar de sensaciones que solo él me hace sentir.

Su camisa desaparece y este momento con Kaan me parece tan acertado... Siento sus manos en mis piernas, levantándome el

vestido, y le ayudo a desvestirme, quedándome solo en ropa interior.

—¿De verdad quieres esto, Loreta?

—Quiero ser tuya, Kaan —susurro, con el corazón latiendo desordenadamente antes de besarlo.

Me levanta en sus brazos como si fuera ligera, como si protegerme fuera un instinto. Me acuesta en la cama con cuidado, como si mi cuerpo fuera un regalo que pretende desvelar con calma. Sus dedos se deslizan hasta el cierre de mi sujetador, y me lo quita con una delicadeza que me deja sin aliento.

Así, su boca toma mi pecho, y no puedo contener el gemido que se me escapa. El calor que me invade es tan intenso que parece derretir cualquier rastro de inseguridad. A continuación, traza un camino con los labios por mi abdomen hasta llegar al borde de mis braguitas. Sus besos descienden por mi muslo, lentos, casi reverentes.

Cuando su mano alcanza la goma de las braguitas, se detiene y me mira. Espera mi señal. Y yo, sin dudar, le ayudo a quitármelas. Quiero que vea cada parte de mí. Quiero que me tenga por completo.

Me da un suave beso en la frente y me susurra al oído:

—Si quieres parar, solo tienes que decírmelo, Loreta.

Sonrío. No quiero parar. Quiero vivirlo todo con él.

Se acomoda entre mis piernas y sus dedos tocan mi intimidad con precisión. Mi cuerpo vibra bajo su tacto, y entonces él suelta un murmullo ronco:

—Joder. Estás bien mojada para mí.

Ni siquiera tengo tiempo de decir nada; cuando siento su boca sobre mí, se me escapa un nuevo gemido. Su lengua juega con mi clítoris, y algo en mi interior explota de placer. Los temores que

antes albergaba se disuelven allí, entre sus labios y el calor que crece dentro de mí.

Siento su dedo invadirme con suavidad. Duele, sí, pero es soportable. Y pronto el dolor se pierde en el placer creciente que él provoca. Cuando llego a mi clímax, no es solo físico, es como si algo dentro de mí se hubiera despertado. Como si estuviera renaciendo en sus brazos.

Entonces, Kaan toma mis labios en un beso intenso, en el que puedo sentir mi sabor entre el suyo. Mis manos están en su espalda mientras me siento adorada en sus brazos.

—Tu última oportunidad, Loreta —susurra, con su voz grave en mi cuello.

Abro los ojos, lo miro a los suyos y digo, sin dudar:

—Por favor, no pares.

Kaan me besa con una mezcla de deseo y reverencia. A continuación, se aparta lo justo para quitarse los pantalones. Mis ojos recorren su cuerpo y, por un instante, me invade el nerviosismo, pero enseguida recuerdo: él ha sido paciente, cuidadoso, protector. No hay miedo, solo la vulnerabilidad de quien quiere entregarse.

—¿Tienes algo que decirme, pequeña Loreta? —pregunta, con la voz más baja ahora, casi una caricia.

—Yo... soy virgen —confieso, sintiendo cómo se me enrojece el rostro—. Pero no quiero que pares.

Él solo asiente con la cabeza. Sin sorpresa ni juicio.

—Ya lo sabía. Y haré todo lo posible para que no te duela, ¿de acuerdo?

Asiento y él me besa una vez más, ayudándome a relajarme. Siento su cuerpo alinearse con el mío, su erección rozándome, y entonces empieza a penetrarme con calma. El dolor llega, inevitable, arrancándome un pequeño grito, pero él no se mueve hasta que le

digo que todo está bien. Sus labios no se separan de los míos, me distraen, me arrullan, hasta que le permito continuar.

Poco a poco, el dolor da paso al placer. Un placer intenso, creciente, que me hace querer más. Se mueve con un ritmo firme y envolvente, sus dedos apretando mi cintura, sus ojos clavados en los míos como si no quisiera perderse ni un segundo. Como si yo lo fuera todo.

Me toma con fuerza y cariño, y me pierdo en él. En cada embestida profunda. En cada gemido ahogado. Cada vez que susurra mi nombre como si fuera demasiado precioso.

Y así me abraza con más fuerza, me marca con su gruñido grave, y yo llego junto a él a las estrellas, desmoronándome en sus brazos.

Solo entonces sale de dentro de mí y me abraza contra su cuerpo, mientras estamos con la respiración entrecortada, mirándonos el uno al otro y abrazados tras un momento que quedará grabado para siempre en mi historia.



Capítulo 22

Kaan

¿Qué esconde ella?

Me despierto en mitad de la noche con el cuerpo desnudo de Clara junto al mío. Su cabello rubio está sobre mi rostro y, al instante, los recuerdos de ella llamándome vuelven con toda su fuerza.

Clara, no. Loreta.

Fue ella quien gimió mi nombre como si lo fuera todo. Quien me suplicó con los ojos, con el cuerpo, con cada caricia.

Ella me lo pidió. Y yo me la follé como ella quería. ¿Lo peor? Fue una entrega que hacía tiempo que no tenía. Ella clamando por mí, sedienta, mientras yo me la follaba como ella quería. Fue una entrega que hacía tiempo que no tenía, y no fue solo eso. Ella gimió mi nombre como si yo lo fuera todo y... joder... Yo quería serlo.

Soy un hombre acostumbrado al control, al silencio lógico mientras resuelvo lo que necesito, pero con Loreta nada de eso funciona. Esta mujer tiene el poder de desmontarme con un toque y sacarme de mis casillas con una simple mirada.

¡Joder! Una virgen. Hace un tiempo, eso habría bastado para hacerme retroceder unos diez pasos, pero lo que hice fue todo lo contrario, haciéndola mía hasta el final.

Quería arrepentirme y alejarme, pero lo que quiero es el momento en el que la tendré de nuevo. Sé que no es ahora y que puede que nunca suceda, pero la deseo demasiado, aun sabiendo que nunca debería volver a quererla.

Quiero alejarme y mantener el control, pero mis manos no me obedecen. Sobre todo al sentir mis dedos en su espalda desnuda mientras se acurruca contra mi pecho como si fuera su lugar.

Tan guapa y jodidamente sexy... Nunca lo diré en voz alta, pero Loreta me ha marcado y me ha hecho adicto a su cuerpo.

Sin embargo, mi lado racional empieza a funcionar y pienso...

¿Por qué estaban vendiendo a Loreta en una subasta clandestina? Porque ella no lo imagina, pero yo ya sabía su nombre gracias a mi investigador. Sin embargo, no lo sé todo de su historia.

¿Me lo contará? Quizás. Pero una cosa es segura: voy a descubrirlo todo sobre Loreta, porque nadie entra en mi mundo sin que yo sepa exactamente quién es.

Así que aprovecho para enviar un mensaje al investigador, en busca de más información sobre el pasado de la bella y deliciosa Loreta.



Sale el sol y ella es la primera en despertarse. Corre al baño, y es en ese momento cuando aprovecho para vestirme y quitar las sábanas manchadas de sangre. Mientras está dentro, ordeno a algunos empleados que arreglen la habitación y, cuando ella vuelve, ya se ha duchado, todo está en orden.

Me mira sonriendo. Aprovecho el momento para preguntarle qué me ha quitado el sueño y qué es lo que más me confunde en este momento.

—Buenos días, Clara. ¿O es mejor decir *Loreta*?

Su sonrisa se desvanece. Cruza los brazos.

—Puedo explicarlo... —comienza, vacilante.

—¿Vas a explicar el hecho de haber mentido sobre tu nombre durante casi un mes?

—Tenía… miedo...

—¿Y decidiste contármelo justo ayer? —la interrumpo, seco —. ¿*Antes de follar*?

—Kaan, tenía mis motivos y... —Se acerca, casi susurrando.

—¿*Qué* motivos, Loreta? — le espeto, con firmeza.

Ella se queda en silencio y, en ese mismo instante, pienso en lo bien que estaría ser como Baran y sacarle la verdad a la fuerza, pero joder... Nunca le haría daño ni permitiría que nadie se lo hiciera.

—¿Por qué? —la presiono, dando un paso adelante.

Ella retrocede hasta sentir la pared fría en su espalda. Acorralada. Clavo mi puño contra la pared junto a su cara.

Inclino mi cuerpo, mi cara tan cerca de la suya que puedo sentir su respiración acelerada mientras la miro a los ojos azules.

—Entiende una cosa, Loreta —le digo, con voz baja y firme —. Puedes ocultarlo todo lo que quieras, pero lo descubriré. Es mejor que sea por ti que por otro.

—Kaan, por favor...

—Tienes hasta esta noche —la interrumpo, alejándome—. Más tarde volveremos a mi casa y tú volverás a tu habitación.

Me voy antes de que mi ira me haga decir más de lo que debería. No es solo el hecho de que me oculte algo, sino que no confíe en mí, y eso me duele más de lo que me gustaría admitir.

En cuanto cierro la puerta, saco el móvil y llamo al investigador, pero el muy cabrón no contesta. Genial.

Sin embargo, de una cosa estoy seguro: por muy jodidamente buena que esté Loreta, no volveré a tocarla. No hasta que me diga la verdad. Toda la verdad.

Bajo los escalones con la mente en ebullición.

Al llegar al salón, me interrumpe una voz familiar y el aroma a lavanda que me acompaña desde la infancia.

—¡Kaan, hijo mío! —mi madre, Nazan Demir, se acerca y me abraza con ternura—. ¿Aún no has vuelto a tu casa?

—Volveré hoy —respondo secamente, intentando mantener un tono neutro.

—Qué bien. —Sonríe, y ya sé que viene algo. —Me gustaría presentarte a una chica. La hija de uno de los grandes amigos de tu padre. Una joven e , muy educada, elegante... perfecta para ti. Sé que has pasado años sufriendo por Selim, pero, hijo mío… Ya es hora de seguir adelante.

Mi Selim. Es la primera vez que me despierto sin pensar en ella, y todo esto… porque Loreta apareció en mi camino como un huracán y lo desbarató todo.

Me ha hecho olvidar un dolor que se había convertido en parte de mí y ahora me deja con otro nuevo, irritante, intenso.

Decido no responder a mi madre y solo sonrío levemente, como si fuera a pensarlo, pero en mi interior sé que no estoy listo para otra mujer. Porque, contra toda lógica… solo consigo pensar en aquella a la que debería olvidar.



Capítulo 23

Loreta

Tristeza y lágrimas

Pensé que había terminado. Que, por una vez en la vida, podría respirar sin miedo. Pero el pasado… siempre encuentra la manera de arrastrarme de vuelta.

¿Por qué le dije mi nombre real a Kaan? ¿Por qué no pensé que me lo preguntaría?

No me imagino hasta dónde llega su información, y, lo quiera o no, Daxton se ha ganado muchos enemigos y yo... que nunca tuve nada que ver con su historia, estoy pagando el precio de algo de lo que no tengo la culpa.

Desde el principio, cuando todo salió a la luz, fue así. Tuve que protegerme. Y cuando pensé que podría volar tan alto como las nubes, volví a caer de bruces ante la cruda realidad de mi maldita ascendencia.

Era mejor cuando creía que era huérfana de padre que cargar con ese legado infeliz, que solo me ha traído tristeza y lágrimas desde el momento en que todo salió a la luz.

Ahora, después de haber pasado la noche más mágica de mi vida en los brazos de Kaan, lo estoy perdiendo por culpa de una historia a la que nunca quise pertenecer.

Las lágrimas caen antes de que pueda evitarlo y lo único que quiero es que él lo olvide. Aunque sé, en el fondo, que cuando descubra la verdad… Cuando sepa el legado que corre por mi sangre… estoy segura de que me odiará para siempre.

—Vamos, Loreta —dice él, con una voz fría como una cuchilla.

Solo me ayuda, cargando mis libros y mis cosas, y se adelanta. Sin ningún contacto ni palabra más allá de lo necesario.

Me doy cuenta de que se ha duchado en otra habitación. Lleva otra ropa y huele diferente. Su mirada irritada y fría se cruza con la mía, y lo único que hago es apartar la vista y concentrarme en el camino.

Sé que espera una respuesta, pero no puedo dársela. Todavía no.

Mejor la indiferencia que el odio. Mejor que se enfade que que me odie por algo que ya ha pasado. Porque cuando sepa quién soy realmente, lo que llevo en la sangre... sé que ya no habrá espacio para los dos.



Pasa una semana y vuelvo a estar paseando por la casa de Kaan. No me ha dirigido la palabra y no sé si ha descubierto algo, pero evita mi presencia.

Hubo días en los que me desperté sola por la mañana en la mesa de la biblioteca, y sé que... él todavía estaba despierto mientras yo estudiaba. La verdad es que Kaan me detesta. Al menos, en los próximos días, llegará Zeynep y podré hablar con ella.

Me pasé todo el día viendo el canal de Diamántia. Es la única forma que tengo de mitigar la nostalgia que siento por mi hermana. Claro que no todos los días aparecen otros miembros de la familia real —sobre todo cuando los reyes son Liam y Wendy[6] —, pero hubo una fiesta de los reyes y se pudo ver a Lucius en la imagen, así como a uno de mis sobrinos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y lo único que pude hacer fue pedirle a los cielos que estén bien. América no apareció, pero saber que los bebés están allí ya me da esperanzas de que, aunque estén lejos, estén bien.

Hasta que, en la retransmisión de hoy, veo a una mujer a la que mi hermana siempre ha odiado, una tal condesa Ingrid Aurélis[7] .

Recuerdo perfectamente a América hablando mal de ella, y sin tapujos. Si mi hermana detesta a esa mujer... Bueno, yo no voy a ser la excepción. Definitivamente, no quiero formar parte del club de amigas de esa tal Ingrid.

Como si eso fuera una opción, ¿no? No voy a fiestas y apenas me muevo por los pasillos. En la práctica, soy una prisionera en un palacio de lujo construido para mi protección.

Pasan dos días más y noto un ajetreo diferente en la casa de Kaan.

Según me contó Fatma, prácticamente a la fuerza, Kaan va a recibir a su madre y a una invitada especial, y fue en ese momento

cuando los celos me invadieron por completo. Claro que no creo que me haya usado y abandonado, pero detesto imaginar que Kaan pueda estar interesado en otra mujer.

Menos mal que hoy mismo llega Zeynep, y así tengo una excusa perfecta para bajar y unirme a la cena con ellos.

—Kaan te ha pedido que no vayas —dice Zeynep, en cuanto me encuentra eligiendo un vestido para la noche.

—¿Por qué no? —replico al instante, ya irritada.

Ella suspira, incómoda.

—Confieso que no lo entendí bien. He estado fuera estos días y, al volver, él solo dijo que lo mejor para ti es quedarte en tu habitación.

—Me quedo aquí todos los días, Zeynep. ¡Estoy aburrida! —me quejo, sintiendo cómo se me enrojece la cara.

Pero, en el fondo, sé que esto tiene que ver con ella. Esa misteriosa invitada.

—Clara... —Vacila. —Si la señora Nazan está presente, es mejor que no vayas. Ella nunca entendería que estás aquí solo bajo la protección de Kaan. Pensará que es algo más y convertirá tu vida en un auténtico infierno.

Trago saliva. Se me hace un nudo en la garganta.

—Pero Zeynep... es injusto. Tú lo sabes y él también.

¿Cómo puedes querer mantenerme encerrada aquí sabiendo que hay un evento ahí abajo?

—Escucha lo que te digo, Clara…

—¿Ya te ha contado cómo me llamo? —pregunto, cambiando de tema.

Ella sonríe de reojo.

—Sí. Y creo que eso tiene que ver con el motivo por el que él te quiere aquí arriba. —Se sienta en el borde de la cama. —¿Por qué no nos lo contaste antes?

Suspiro, tratando de encontrar palabras que tengan sentido.

—Hay demasiadas cosas en mi pasado que… no pueden salir a la luz.

—No entiendes lo obstinado que puede llegar a ser Kaan cuando busca la verdad, ¿verdad? Esa arma que suele llevar la usa, Clara… quiero decir, Loreta.

—Será peor si te lo cuento...

—Te juro que no lo será. —Me coge de la mano—. Pero... aparte de lo de tu nombre verdadero, ¿ha pasado algo más?

Lo pienso un momento.

—Aparte del incendio y de los días que pasé en casa de...

—Esa parte ya la sé —me interrumpe, tranquila.

Suspiro, aliviada.

—Entonces... no hay nada más.

Sonrío levemente, tratando de disimular la incomodidad.

—Pero quiero bajar. Solo para ver quién es esa invitada.

—¿Qué invitada? —pregunta ella, frunciendo el ceño. —¿Su madre? Te juro que serás más feliz sin conocerla, sobre todo siendo extranjera. Las familias turcas tradicionales dan prioridad a la gente del país.

Pongo los ojos en blanco.

—Turquía no es Estados Unidos —comenta ella, en tono de broma.

—Lo sé, pero es solo para matar el aburrimiento y ver a otras personas que no sean Kaan y Fatma.

Ella suspira, rendida, pero cuando llega la hora, Zeynep se arregla con un vestido adecuado para la ocasión y baja conmigo al salón. El ambiente está animado y, entre los invitados, reconozco a los hermanos de Kaan.

—Me van a echar una bronca de las buenas por tu culpa... —refunfuña Zeynep a mi lado.

—Di que me escapé y que tú solo viniste a buscarme —respondo con una sonrisita, cogiendo una copa de champán de la bandeja de un camarero.

Sin embargo, antes incluso de que dé el segundo sorbo, la copa desaparece de mis dedos.

—¿Qué haces aquí abajo, Loreta? —La voz de Kaan corta el aire como una navaja. Sus ojos denotan ira.

—Solo quería ver gente... —intento explicar, dando un paso atrás.

—Sube. ¡Ahora mismo! —ordena, con los dientes apretados.

Mi sangre hierve al instante. No soy una prisionera. No soy un objeto que él pueda esconder. Pero antes de que pueda decir nada, me agarra del brazo y me arrastra hasta el despacho. La puerta se cierra de golpe tras nosotros.

—¿Ya te has olvidado del riesgo que corres, joder? —grita—. ¿Aparecer en una fiesta llena de desconocidos? ¿Quieres que te secuestren otra vez? ¿Quieres que te vendan otra vez?

—Kaan...

—¡Te estás comportando como una mocosa irresponsable! ¡Como si no tuvieras ni idea del mundo en el que te has metido!

—¡Solo quería salir un rato! ¡Respirar! —replico, con los ojos ardientes.

—¿Respirar? ¡Esto no es un juego, Loreta! ¡No es una salida social, es tu puta vida la que está en peligro!

Silencio. Mi pecho sube y baja con fuerza. Él también respira con dificultad, con la mirada llena de una mezcla de miedo y rabia.

—Prometiste que confiarías en mí —dice, ahora en voz más baja, con la voz ronca, como si cada palabra le costara. —Y yo estoy aquí intentando mantenerte a salvo, lejos de esos hijos de puta.

Al instante, se me llenan los ojos de lágrimas.

—No pensé...

—¿No pensaste? ¿Crees que no lo sé, joder? —me interrumpe, con furia contenida—. No solo está aquí mi familia. Y hay alguien... a quien estás ocultando. Aún no sé quién es, pero está claro que esa persona no es de fiar.

—No digas eso... —le pido, con la voz entrecortada.

—Guardas secretos, Loreta. No sé quién es en realidad y sigues insistiendo en no decírmelo. Por eso estoy corriendo contra el tiempo para sacarte de mi casa. Para devolverte a tu familia, sea cual sea...

Sus palabras son puñales. Cada una me alcanza de lleno, cortándome más de lo que debería.

—Está bien, Kaan —digo en voz baja, casi en un susurro—. Voy a subir a mi habitación.

Me doy media vuelta, tratando de contener el llanto, y en ese mismo instante, me sobresalto al ver a otro hombre entrando por la puerta.

—Kaan, no me gusta hacer de recadero, pero nuestra madre te llama —dice él, limitándose a observar el ambiente y lanzándome su mirada fría.

—Ya voy. Dile a Cem que acompañe a Loreta a su habitación.

—Ya que estoy aquí, yo la llevo —dice el hombre, mirándome fijamente.

Es el hermano mayor de Kaan. Baran. No sé por qué, pero hay algo en él que me pone los pelos de punta. Quizá sea esa frialdad cargada de cruel ironía, quizá esa mirada demasiado fija. Pero, aun así, no creo que vaya a hacerme daño. No con Kaan tan cerca. No dice nada más, pero siento el peso de su mirada sobre mí mientras empiezo a caminar en silencio.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, se inclina ligeramente y murmura, con voz cargada de ironía:

—Cierre la puerta con llave. A menos que esté esperando otra visita de mi hermano esta noche, señorita Feitag.

En ese mismo instante, me quedo paralizada.

Él lo sabe.

Mi respiración se detiene y, sin poder responder, cierro la puerta con fuerza y giro la llave con las manos temblorosas. El eco del clic del cerrojo parece gritar dentro de mí, junto con el miedo a que más cosas sobre mí puedan salir a la luz a través del hermano de Kaan.



Capítulo 24

Kaan

Señorita Defne

Cuando digo que me va a volver loco, puede parecer una exageración, pero no lo es. Lo que Loreta ha hecho hoy... ¡Joder! Ha puesto en peligro no solo a ella misma, sino toda la estructura que he estado intentando mantener en pie, en secreto, solo para mantenerla a salvo.

Parece que no tiene ni idea de las fuerzas con las que estamos lidiando —de las que aún no sé gran cosa... a pesar del tiempo que ha pasado.

Aún no he descubierto quién es la mujer que está detrás de todo esto. Ni un nombre, ni un rostro. Solo rumores. Es una sombra que extiende sus brazos invisibles por toda la jodida Turquía. Manipula, amenaza, ordena matar. Y, a decir verdad, no dudo de que también esté actuando más allá de esas fronteras.

Si tuviera un nombre, ya habría mandado a esa hija de puta a la tumba. Y a Loreta... la habría devuelto a su familia antes de que todo se convirtiera en esta mierda, pero, por ahora, solo tengo preguntas.

Las amenazas son sutiles, pero cada vez más constantes. Pequeñas advertencias en el casino y en algunos hoteles. Nada tan grandioso como el atentado contra mi coche y la corona de flores. Sin embargo, sé que en cualquier momento, el Baba, mi padre, va a intervenir. Cuando él entra en el juego, no hay margen para el error. Ni para la misericordia.

Baran está investigando cada pista desde que mataron a mi investigador. Según él, lo ejecutaron a plena luz del día, en un lugar público cerca de *la plaza Taksim*. Un mensaje muy claro de que está jugando sin miedo. Descubrimos que fue un sicario profesional, pero ni siquiera después de capturarlo y someterlo a las tácticas de mi hermano conseguimos un nombre o el origen de esa desgraciada.

¿Cómo consigue esa desgraciada tanto poder? ¿Y por qué demonios va tras Loreta? ¿Qué coño de conexión hay entre ellas? ¿Enemistad? ¿Envidia? ¿Venganza? Sé que es ella porque, hasta el momento, aún no hemos encontrado a Fortino.

Las preguntas siguen y son las que más me atormentan. Y por si todo eso no fuera suficiente, tuve que intentar controlarme ante las miradas de todos hacia la propia...

Claro que todos la miraban. Posee una belleza absurda que le es natural y que atrae la atención incluso cuando no lo desea. Es tan guapa que, aunque intentara esconderse con pañuelos y maquillaje, no lo conseguiría. La vi en el instante en que entró y los demás hombres también.

No es que nadie allí fuera lo suficientemente atrevido como para intentar algo. No con mis hermanos y conmigo cerca. Pero solo al darme cuenta de cómo la observaban con deseo... ¡Joder, la rabia me subió directamente al cráneo!

Sé que no llevaba nada provocativo, pero no hacía falta. Sé perfectamente lo guapa que es vestida o desnuda, y ahí está el problema.

No debería haberme acostado con ella, pero ¿quién dice que me arrepiento? Lo correcto habría sido no haber besado cada parte de su cuerpo, no haber saboreado su piel, no haberla visto correrse agarrada a mí, clavándome las uñas como si quisiera marcarme para siempre, y yo hice todo lo contrario.

Sin embargo, desde aquella noche, solo consigo pensar en Loreta, incluso enfadado porque me oculta un secreto, a pesar de que yo hago todo lo posible por protegerla.

Secretos y mentiras de su pasado. ¿Quién es Loreta, de quien solo conozco el nombre de pila? La misma que está marcada en mi piel y que, aunque llevo casi diez días sin tocarla, no se me va de la cabeza.

—Kaan... ¿Va todo bien por ahí? —me llama la voz de Baran, junto con el sonido de unos ligeros golpes en la puerta, que está abierta.

—¿Qué pasa? —pregunto, levantándome.

—He venido a cumplir un deseo de nuestra madre, que nos llama para cenar y... —sonríe con ironía— ¿sabes a quién te ha traído?

Cierro los ojos y suelto un bufido de irritación, recordando cuando me avisó de que traería a alguien para que conociera. Como Baran dijo que prefiere mil putas pagadas antes que casarse un día... El interés de la señora Nazan se reduce a su hijo, que perdió a su primera esposa. Llevaba años sin eso, pero desde el último Año Nuevo, ella se empeña en presentarme a mujeres de aliados de la familia con el fin de que el legado de los Demir no se extinga con mis hermanos y conmigo.

—Bien podrías buscarle un bastardo al que mimar—, comento, levantándome del sillón.

Baran tose, disimulando una sonrisa.

—Sería maravilloso. En cuanto el chico tuviera la edad adecuada, yo mismo le presentaría los alicates para cortar dedos... como Baba hizo conmigo. Una auténtica herencia familiar.

Sigue riendo, burlón.

—Y aunque naciera de la más pura y casta de las vírgenes que nuestra madre desea, ese chico seguiría siendo peor que yo.

Salgo del salón con él acompañándome hasta el comedor. Y junto a la silla vacía marcada con mi nombre, se sienta una mujer de postura impecable, con una sonrisa contenida y unos ojos demasiado fríos para el gusto de cualquiera con sentido de la autopreservación.

—Te presento a Defne Sancar, hija del embajador turco que está en Ankara —anuncia mi madre, con un entusiasmo forzado—. Una joven ejemplar, que habla cuatro idiomas con fluidez y que creció entre los salones más respetados de la diplomacia internacional.

Defne. El nombre es tan suave como el veneno que estoy seguro de que rezuma de esa sonrisa ensayada durante horas y horas.

Se levanta con elegancia, con un vestido rojo demasiado ceñido para ser inocente, pero no tanto como para resultar provocativo, y me tiende la mano con la delicadeza de una víbora a punto de atacar.

—Es un honor conocerle, señor Demir. ¿O debería decir… señor Kaan?

Baran finge toser a mi lado, disimulando una risa, y yo respiro hondo, mirando fijamente a los ojos marrones excesivamente maquillados de la mujer que tengo delante.

—Señor Demir, señorita Karahan —respondo secamente, estrechándole la mano lo justo para parecer educado.

Me acomodo en la silla e intento concentrarme en la cena, que no tarda en servirse. Baran, a mi lado, ya se está riendo entre sus falsas toses y cuchicheando con Cem —y estoy absolutamente segura de que están hablando de mí.

Cuando retiran los platos de los entrantes, Baran se inclina hacia mí:

—Puedes quejarte todo lo que quieras, Kaan, pero esta vez nuestra madre ha acertado con la trampa. Cualquiera con dos ojos en la cara ve que es lo suficientemente guapa para… lo que sea. Eventos sociales o… ya sabes.

—Baran, no quiero pelear contigo.

—No podrías, y mucho menos lo conseguirías, aunque quisieras —replica él, con esa sonrisa de rabia en los labios.

Lo llamo.

—Si te gusta tanto, ¿por qué no cambias de sitio conmigo y te lanzas? Con esa actitud burlona que tienes, quizá tengas más posibilidades que yo.

Él solo niega con la cabeza, como si se estuviera divirtiendo a mi costa.

—No es la diversión lo que busco, pero me encanta verte tan enfadado. Quizá te falte una visita de Nilufer en tu vida —comenta.

Pongo los ojos en blanco. Parece que hace un año desde que me encontré con la acompañante que... siempre me visitaba a mí y, a veces, a Baran. Sin embargo, después de Loreta, solo una mujer ocupa mis pensamientos. Y no es la que está sentada a mi lado, ni la que solía calentar mi cama sin compromisos, salvo el dinero.

La verdad es que mi mayor deseo ahora es que traigan pronto el postre, para poder levantarme, dar las gracias educadamente y desaparecer. Alegar cansancio. Evitar más preguntas de una vez por todas.

Cuando por fin termina la cena, me levanto, pero no lo suficientemente rápido, porque enseguida mi madre me pide que acompañe a la hija del embajador hasta su coche.

No tengo forma de escapar, así que salgo de casa con Defne a mi lado, hasta el coche. Esta mujer es tan atrevida que finge haberse torcido el tobillo para que la sujete. A continuación, esboza una sonrisa muy falsa, diciendo que le duele para que la toque.

Puede que ella piense que no me doy cuenta, pero conozco sus trucos de sobra y sé muy bien lo que quiere, pero no me interesa en absoluto. Hasta que se apoya en mi hombro e intenta darme un beso en la cara.

En ese mismo instante, la aparto, pero inmediatamente la mujer pide perdón —y sé que no está en absoluto avergonzada de su acto.

—Creo que es tarde, señorita —le digo, abriéndole la puerta del coche para que entre.

—Sí, pero... ha sido una noche memorable, señor Demir.

Lástima que para mí no lo haya sido, pero como no puedo decir algo así, solo asiento con la cabeza y la ayudo a subir al coche, indicándole que se cuide el tobillo en casa.

Cuando vuelvo a casa, todo está vacío, excepto por Cem y mi madre, que hablan en voz baja.

—Kaan, después de encontrar a una mujer tan a tu altura como Defne, me gustaría que me respondieras una cosa —pregunta mi madre.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Quién es la joven rubia que ha aparecido antes? ¿Tu prostituta?

Al instante, me invade la ira.

—Mamá...

—La vi en casa de Baran y ahora está aquí... Os la estáis repartiendo como adolescentes con las hormonas revolucionadas...

—Ella no es... —empiezo a explicar.

—Kaan, acabo de recibir un mensaje. —Baran entra, interrumpiéndome: —Baba quiere hablar contigo y... creo que es algo serio. ¿Vamos?

Cuando Baba llama, nadie puede decir que no, y ya me lo imagino: se avecinan problemas.



Capítulo 25

Loreta

El precio de la verdad

Estaba triste después de que Kaan prácticamente me echara de la planta baja y de enterarme de que el señor Baran ya conoce mi verdadero apellido.

Sin embargo, después de que Fatma trajera la cena hablando de la preciosa acompañante del señor Kaan, los celos volvieron a apoderarse de mí. Necesitaba ver quién era ella. ¿Cómo es posible que en diez días ya estuviera con otra? ¿Sería solo deseo y... después de aquella noche, que nunca olvidaré, se cansó de mí?

Puede que fuera eso. Solo soy una simple extranjera con un pasado turbulento, casi sin experiencia, deseando a un hombre que lo sabe todo de este mundo.

Claro que él pasaría a su siguiente conquista. Después de hablar con Zeynep, quedó claro que Kaan no iba a tolerar mi secreto

y, tras darme el ultimátum, todo terminó como si nunca hubiera comenzado.

Pero para atormentarme un poco más, necesitaba ver a la hermosa mujer turca del vestido rojo. Por supuesto que lo conseguí. Me disfrazo y pude verlos a los dos hablando durante la cena, lo que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Sin embargo, como si quisiera destrozarme el corazón, me quedé en el pasillo solo para verlos tan juntos, como si se estuvieran besando cerca del coche, y eso me acabó de rematar.

No hay forma de negarlo. Él desea a esa mujer hermosa y provocativa. Muy diferente a mí.

Después de ver todo eso, volví a mi habitación y lloré toda la noche, escuchando truenos en un día de cielo estrellado, hasta que me despertaron unos fuertes golpes en la puerta.

—Loreta, ¡abre esa mierda ahora mismo! —La voz de Kaan es amenazante, pero yo también estoy enfadada y por eso me quedo en la cama, evitándolo.

Entonces, oigo la voz de Zeynep en el pasillo.

—¿Qué ha pasado, Kaan? ¿Por qué estás así? —dice ella.

—No te haces a la idea de la serpiente que hemos traído a mi casa. ¿Dónde coño está la llave de esta habitación?

—Kaan, tranquilo...

—¡No puedes pedirme que me calme, Zeynep!

La puerta se abrió y él entró con toda su furia.

Sus ojos ardían y, antes de que pudiera reaccionar, me tiró con fuerza del brazo.

—¡Maldita mentirosa! —espetó con asco.

—¡Basta ya, Kaan! Porque... — Zeynep intentó intervenir, pero él la ignoró.

—Zeynep, ¿sabes quién es esta desgraciada? —preguntó—. ¡Es la hija del maldito Daxton Bennet, el hombre que mandó matar a mi esposa en aquella explosión!

—Por Alá... —susurró Zeynep.

—¿Qué? —pregunté, sin poder creer lo que estaba oyendo.

Su mirada me atravesó como una navaja.

—Y ella siempre lo supo...

—Kaan, por favor... Nunca lo supe... Lo juro por todo...

—¡No te atrevas a abrir esa boca para mentir otra vez, Loreta! —gritó, lleno de odio—. ¡Lo que me apetece es darte el mismo final que él le dio a Selim!

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Kaan, no me lo imaginaba... Lo juro... — Las lágrimas resbalaban por mi rostro.

—¡Mentirosa miserable! —gritó él, mientras Zeynep intentaba contenerlo, sin éxito.

Fue entonces cuando apareció Cem e intentó ayudar a contener a Kaan, que estaba fuera de sí.

—Vete cuanto antes, Loreta. No mereces estar en este lugar.

—Kaan, no hagas tonterías solo porque estás enfadado. — Cem intentaba ser la voz de la razón, pero yo lo sabía.

Sabía que nada de eso serviría de nada.

Lo que temía, sucedió.

La verdad sobre mi padre lo destruyó todo una vez más. La maldita herencia de ser hija de Daxton Bennet, que me condenó a perder cualquier oportunidad que pudiera tener de ser feliz.

¿Y lo peor? Kaan, el hombre del que empezaba a enamorarme, ahora me odia con cada fibra de su ser.



Han pasado cinco días y se han revelado algunas cosas. Ya saben prácticamente todo sobre mí. Sobre América, mi madre y toda mi conexión con la realeza de Diamantia. Sin embargo, aún no saben quién fue el autor intelectual de mi secuestro. Creo que es lo único que les impide echarme.

Kaan Demir quiere deshacerse de mí, pero sé que no desea entrar en guerra con la realeza, por si me pasara algo antes de que yo llegara allí. Mientras tanto, me siento más aislada que nunca. Incluso Zeynep, que solía ser mi refugio, ha empezado a mantener las distancias. Lo único en lo que insiste es en que coma, pero... últimamente no tengo ganas de comer nada.

La tristeza me consume, y aunque quisiera reaccionar, no tengo fuerzas. Mi única obligación es ir todos los días al jardín a tomar el sol, algo que no me gusta en absoluto. Por mi parte, me pasaría los días en la cama llorando por la vida infeliz que tengo, pero Zeynep me está observando mucho y ya me he dado cuenta de que no deja nada que pueda cortarme cerca de mí.

Creo que piensa que quiero quitarme la vida, e incluso me ha obligado a hacerme pruebas. Volví a usar pañuelos, que ahora sé que son para ocultar mi identidad, pero fuimos solas. Kaan no me acompaña en nada.

Desde ese día, me trata como si fuera invisible. O peor aún: como un error inconcebible.

—Loreta, tienes que tomarte tus suplementos... —comienza Zeynep, entrando despacio.

—Estoy bien. Solo estoy cansada —miento, subiéndome la manta hasta la barbilla.

—Esto es para ayudarte a estar más despierta —me indica, sentándose en la cama.

—Déjalo en la mesita de noche. Me los tomaré más tarde —murmuro, girando la cara.

Ella suspira profundamente.

—Sé que no es verdad. Ayer encontré los del día anterior y así ha sido estos últimos días...

Me giro y la miro a los ojos. Están cansados, pero preocupados.

—¿Por qué sigues insistiendo? Sé que también me odias por culpa de un padre que no elegí tener y que solo me ha traído desgracias, aunque lleve muerto años.

Ella me acaricia la cara con delicadeza.

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? ¿Que no sabías nada de la difunta...?

—Juro por todo lo más sagrado que no —replico—, pero nadie me cree.

—Loreta, no nos has dado muchas oportunidades de...

—Sé que oculté la verdad, pero nunca hablé de mí ni de mi familia por miedo a lo que pudiera pasar.

Ella cierra los ojos con fuerza, como si intentara alejar un dolor.

—¿Por qué no hablaste antes de Daxton?

—Porque tuve miedo... —confieso, dejando que las lágrimas nublen mis ojos—. Pero no sirvió de nada y fue aún peor. No imaginaba que él tuviera algo que ver con la muerte de la esposa de Kaan. Si lo hubiera sabido, lo habría dicho. Lo juro.

Zeynep se levanta y me trae un pañuelo.

—Kaan está furioso, pero... no es una persona injusta.

Niego con la cabeza, enfadada.

—Me odia, pero no me deja explicarme...

—Dale un poco de tiempo... Aunque no sé si será suficiente, porque todos están buscando a esa mujer que te persigue.

—No tengo ni idea de quién sea —declaro con firmeza.

—¿Estás segura?

—Nunca me he ganado enemigos, pero a mi padre... todos lo odiaban. Es por su culpa que estoy cosechando tormentas que ni siquiera sembré.

Ella suspira, resignada.

—Entiendo —dice—. Pero me estás preocupando. Tienes que comer, niña. ¿No crees?

Nieguo con la cabeza.

—No tengo hambre. Solo un cansancio que no desaparece.

Ella abre el cajón, coge una galleta sencilla y me la pone en la mano.

—Solo un poco. Si te pones enferma, sea quien sea el que esté detrás de esto, ganará esta guerra.

Respiro hondo y, a regañadientes, me llevo la galleta a la boca. El sabor no me dice nada, pero la mastico de todos modos, pensando en mi pesadilla que no acaba nunca.

Entonces, por primera vez desde que llegué aquí, pienso que tal vez… la mejor opción es irme lejos. Alejarme y quedarme muy lejos de quienquiera que sea esa desgraciada. Entiendo que Kaan quiere protegerme, pero es insoportable ver el odio en su mirada cada vez que me ve. No sé cuándo, pero en algún momento, mi corazón empezó a latir por el suyo y... sé que nunca habrá nada entre nosotros. Por eso creo que lo mejor que puedo hacer es marcharme. Soy consciente del riesgo, pero no vale la pena pasar

mis días siendo despreciada y odiada por algo de lo que no tengo la culpa.

Sin embargo, aunque Zeynep sea una persona maravillosa, que solo ha sabido cuidar de mí y de mis traumas, nunca me ayudará. Pero conozco a alguien que me ayudaría a escapar. La misma persona que me detesta desde el primer día que entré en esta casa.



A la mañana siguiente, después del desayuno, estoy paseando por la casa en silencio. Zeynep me avisó de que saldría para resolver algunos asuntos personales y Kaan ya se ha ido al casino.

Me dirijo a la cocina y oigo a las cocineras charlando animadamente en turco. En cuanto aparezco en la puerta, las risas se apagan. Todas me miran fijamente. Siento la hostilidad en el aire como un cuchillo en el pecho.

Busco a Fatma y la veo cuchicheando algo que, por el tono, sé que no es nada bueno.

—Fatma, necesito hablar con usted...

—¿Qué desea? —me pregunta.

Miro a los lados, veo que las otras mujeres prestan atención, así que bajo la voz...

—¿Podemos hablar a solas? Es algo... personal.

Ella se sorprende, pero accede a lo que le pido. La llevo al baño y cierro la puerta a continuación.

—¿Por qué aquí dentro? —pregunta, irritada—. ¿Qué estás tramando?

—Yo... necesito tu ayuda, pero es un secreto.

Ella cruza los brazos, desconfiada.

—¿Con qué?

—Quiero irme —empiezo, pero sé que no lo entiende muy bien—. Yo... necesito irme a mi casa. ¿Podrías ayudarme?

—Pero eres una protegida del señor Kaan...

—Él me detesta y sé que a usted tampoco le gusta que esté aquí. Por favor, ayúdeme a escapar de aquí. Usted debe saber cuál es la mejor manera.

Ella aprieta los labios, pensativa.

—¿Estás segura de que quieres esto?

Nieguo con la cabeza.

—Sí. Sé que no soy una prisionera, pero no quiero que me odien cada segundo que paso bajo este techo.

Fatma camina de un lado a otro antes de volverse hacia mí.

—Está bien, durante la cena te daré las instrucciones. Pero espero que no vuelvas nunca más.

La abrazo, sintiéndola helada entre mis brazos.

—Gracias.

Entonces me alejo y me dirijo a mi habitación para leer un rato más.

Cuando llega la noche, junto con mi cena hay una nota en la que se detalla cada línea con cuidado. Todo está ahí: el plan, el recorrido y la hora. Cierro los ojos y, por primera vez en días, respiro aliviada. Me voy. Y esta vez, no miraré atrás.



Capítulo 26

Loreta

Diamántia

—Despierta, Loreta. Más tarde tienes que hacerte unos exámenes... —me llama Zeynep.

—¿Tardaremos mucho?

—La verdad es que no, pero después iremos a comprarte ropa. Se acerca el invierno y pronto necesitarás ropa de abrigo.

Suspiro, resignada, y me dirijo al baño. La verdad es que estoy cansada porque me pasé buena parte de la noche preparando una mochila con algunas cosas y el dinero que Fatma me dio para que pueda volver a Diamântia. No tengo pasaporte y, por eso, necesitaré ayuda para cruzar el mar Mediterráneo y llegar a Italia, y, desde allí, cogeré un autobús para llegar a la frontera de Diamántia.

Volver a casa. Durante un tiempo, lo que más deseaba era alejarme y conocer el mundo, pero lo que más deseo ahora es abrazar a mi hermana y decirle lo bien que me siento en mi hogar.

Por lo que he oído, uno de los guardias es novato y tendré una oportunidad para escapar e ir al puerto más cercano con solo la ropa que logré esconder en el abrigo que me regalaron.

Como todo lo que tenía quedó en la maleta que perdí cuando me secuestraron, ahora no tengo mucho. Como recuerdo de Kaan, solo tengo el pañuelo nuevo para el pelo que sé que compró en ese tono de azul para que combinara con mis ojos. Sé que puede ser una ilusión o una fantasía de mi cabeza, pero aquella noche en que fui suya por primera vez, quedé marcada igual que él lo quedó por mí. Nunca lo olvidaré, pero sé que con nuestros pasados, que se relacionan de una forma pésima, nunca habrá futuro para nosotros.

—Date una ducha, que dentro de un rato saldremos —me avisa Zeynep.

Hago lo que me pide, pero elijo ropa más abrigada. Como voy a pasar horas, o quién sabe si días, navegando por el mar, necesito estar abrigada. Solo espero que el mareo que me persigue no me estropee el viaje.

Cuando salimos, solo nosotras dos, me doy cuenta de que nuestros guardias de seguridad son más jóvenes que los que siempre nos acompañan, y me doy cuenta de que esa será mi oportunidad. Solo tengo que encontrar el mejor momento.

Nos dirigimos al laboratorio-hospital al que siempre me llevan y, como siempre, no me dicen para qué pruebas están tomando muestras, pero confieso que hoy no importa. Porque sea cual sea el resultado, no estaré aquí para someterme a ningún tratamiento.

Cuando nos dejan salir, voy al baño y me doy cuenta de que hay dos puertas de salida. Zeynep entra en una de las cabinas y yo me quedo mirando la segunda puerta, que no se ha abierto.

Entonces, como una señal del cielo, se abre y una mujer entra tranquilamente.

Me dirijo hacia la puerta y me doy cuenta de que los guardias de seguridad de Kaan no la están vigilando.

¡Es mi oportunidad!

Salgo por ella, con cuidado, y bajo las escaleras hasta el aparcamiento, donde sé que hay pocas cámaras. Respiro hondo y salgo por la salida de coches, sintiendo cómo el corazón me late con fuerza en el pecho, mientras sigo el camino que Fatma me explicó anoche.

Dos calles más adelante, entrar en la galería, cambiarme de ropa y esconderme el pelo con un pañuelo diferente al que llevaba antes, pienso recordando la nota de Fatma.

En cuanto salgo, camino hasta un punto donde hay taxis y pido en voz baja que me lleven al *puerto de Alsancak*.

Cuando pasamos por delante del hospital, veo a Zeynep y a los guardias de seguridad buscándome, pero, gracias a Dios, no me ven. Sin embargo, solo estaré tranquila cuando entre en casa de mi hermana. Ahora es el momento en el que debo estar muy atenta. Nadie puede imaginar quién soy y, después de todo lo que he pasado, por mucho cuidado que tenga, nunca es suficiente.

Tras menos de veinte minutos de viaje, llegamos. Pago al conductor y sigo en busca del barco que Fatma me indicó y que me garantizará un viaje seguro. Sé que me odia, pero... no creo que quiera que me capturen o me maten. Sin embargo, la seguridad nunca está de más.

Hablo con una chica que lleva un bebé en brazos; está claro que no son de Turquía. Me comunico con ella en italiano, con lo poco que sé, y ella, algo nerviosa, me confirma que es ese.

Pago mi viaje y me acomodo, esperando un tiempo que no sé cuánto durará. Por lo que he sabido, la embarcación cruzará el

mar Egeo y pasará por las hermosas islas griegas que siempre quise conocer en mi antigua vida, antes de remontar discretamente las aguas del mar Adriático hasta las afueras de Venecia, en Italia. Por lo que me ha dicho Fatma, es una ruta clandestina, utilizada por quienes querían desaparecer del mapa o... quienes tienen problemas con los documentos, como yo.

Ahora solo me queda esperar. Y rezar para llegar viva y bien a mi destino.



Han pasado cinco días y siento que he adelgazado de tanto mareo que he pasado en este viaje. El mar no ha ayudado mucho y, en cuanto a comida... solo he tenido unas galletas que una señora decidió darme. Al menos agua nos dan, pero lo justo para que nadie muera y les dé problemas deshacerse del cadáver. He hecho todo lo posible por pasar desapercibida y espero que, en el momento en que baje, no me encuentre con Kaan ni con esa mujer misteriosa que quiere matarme.

Confieso que apenas he dormido, entre tantas náuseas y también por la seguridad. Si todo el mundo busca rutas para cruzar países sin documentos, es por alguna razón. En la gran mayoría de los casos, no es por un secuestro en el que se hayan perdido todos los documentos, como me pasó a mí.

—*¡Stiamo arrivando!* ¡[8] —grita un hombre en italiano, a mis espaldas.

Miro hacia delante y ya veo el puerto improvisado. La gente empieza a ordenar sus cosas y yo compruebo que no he perdido

nada de lo que gané durante mis días en Turquía, mientras repaso las instrucciones de Fatma en el papel.

Ahora hay que seguir hasta el centro de Venecia, coger un autobús hasta Verona y luego otro hasta Bolzano. A partir de ahí, estaré cerca de la frontera con Diamántia. Cerca de casa.

En cuanto desembarcamos, empiezo a caminar, intentando parecer lo más natural posible. Pregunto en italiano, con acento torpe, dónde está la estación de autobuses. Un señor me lo señala, amablemente.

Sigo a pie, con el corazón a mil. Como todos los tramos son dentro de Italia, espero que no me paren ni tenga que mostrar documentos. Elijo la compañía de autobuses más pequeña, para poder comprar el billete directamente al conductor. Así que sigo mi viaje, todavía con hambre y muy cansada.



Por fin he pasado Bolzano y ya casi estoy en mi destino final. Desde aquí puedo ver las señales de los reinos de Diamántia, Safóvia y Aldonora, y eso me llena el corazón de alegría.

Cuando bajo del autobús estoy completamente agotada, pero feliz de saber que pronto veré a mi familia. Han sido casi seis horas cambiando cuatro veces de autobús y sintiendo cómo se me aceleraba el corazón cada vez que alguien me miraba con más atención, o temiendo el riesgo de un control policial en la carretera. Sin embargo, ahora estoy a pocos metros de entrar.

Me dirijo al baño y, al mirarme en el espejo, me doy cuenta de que mi aspecto es lamentable. No he tenido oportunidad de

cambiarme de ropa ni de ducharme. Las náuseas constantes me han dejado la piel pálida y los ojos hundidos. Ni siquiera parezco yo, pero al menos estoy aquí.

Tengo ganas de llorar, pero estoy tan cerca que necesito contener mis fuerzas hasta encontrar a mi hermana. No tengo nada que demuestre que soy yo, pero tengo la convicción necesaria para acreditar mi identidad.

Hago mis necesidades y salgo hacia la puerta de entrada de residentes.

—Documentos, señora —me interroga un empleado con frialdad, a quien claramente no le gusta cómo voy vestida.

Respiro hondo y lo miro fijamente, diciendo:

—Tengo un pase especial, pero necesito hacer una llamada a la princesa América Feitag Stell.

Él se ríe con desdén.

—Nadie habla con la realeza, señora. Deje de inventarse cosas y váyase. No hay sitio para usted en Diamantia.

Esto no puede estar pasando. No aquí.

—Necesito hablar con América...

—Solo si se trata de los Estados Unidos de América —dice con ironía.

—¡No! —grito, llamando la atención de otras personas—. ¡No me voy a marchar después de haber luchado tanto para llegar hasta aquí!

Entonces, otro hombre, que parece tener un cargo más alto que el primero, se acerca a nosotros.

—¿Algún problema, señora? —pregunta en un tono más suave. — ¿Dónde están sus documentos?

—Me los robaron durante un viaje.

—Podría haber acudido al consulado.

—No tuve oportunidad. Solo necesito ir a mi casa. Llame a quien le dije, ella me reconocerá al instante.

Se queda unos instantes mirándome y me llama para que entre. Por supuesto que no quiero ir, porque sé lo que me ha pasado, y fue por culpa de los nacionalistas radicales de Diamántia. No sé dónde están, pero forman parte del pueblo y tengo que estar alerta.

Pasa el tiempo y estoy en una sala acompañada de un guardia que sé que no cree nada de lo que he dicho. Claro que no he contado toda la historia, pero me pregunto: ¿a qué estoy esperando?

Entonces, oigo golpes en la puerta. El guardia se retira y, al instante siguiente, se me corta la respiración.

—Gracias al cielo, has aparecido.

Lucius Stell entra y me envuelve en un fuerte abrazo, ignorando el lamentable estado en el que me encuentro. Lloro en sus brazos como una niña. Por primera vez en días, siento que estoy a salvo.

No se dice nada allí. Solo lo necesario. No se menciona mi nombre. No hay rastro. Solo alivio. Cruzamos discretamente la frontera y le sigo hasta la casa que un día fue mi hogar.

—No te imaginas la pesadilla que fue tu ausencia aquí justo después de la revolución —explica Lucius, mientras seguimos el viaje en su coche—. Alguien divulgó la información sobre los hijos de Daxton y se mencionó tu nombre. Intentamos llamarte y América... Se volvió loca pensando que te había pasado lo peor.

Las lágrimas de alegría corren por mi rostro mientras veo las calles por las que pasé hace una vida.

—Me han capturado, Lucius —confieso.

—¿Qué? —pregunta, alarmada.

—Me vendieron en una subasta, deseando que me violaran y me mataran...

—Basta. —Agarra el volante con fuerza—. No hace falta que digas más, Loreta. América y yo te protegeremos, pero... ella aún no sabe que te he encontrado. —Suspira—. Tu hermana cayó en una depresión después de que desaparecieras en Turquía. Tuvimos falsas alarmas, diciendo que te habían encontrado muerta por todo el mundo. Hasta tu pasaporte apareció en una de ellas. Así que hice todo lo posible para que ella no se alterara... más de lo que ya estaba. Cuando me llamaron, incluso pensé que eras tú, sobre todo porque no quisiste decir tu nombre, pero...

—Lo entiendo, pero ¿puedo al menos darme una ducha antes de verla?

—Claro. Entrarás por la puerta trasera, yo hablaré con ella primero. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, afirmando, y enseguida pasamos por la entrada.

Al llegar, Lucius le da instrucciones a un guardia de seguridad para que me lleve discretamente hasta la habitación que solía ser la mía. Subo las escaleras como si estuviera soñando. Todo parece igual y, al mismo tiempo, completamente diferente.

Cuando entro en la habitación, oigo el llanto ahogado de uno de mis sobrinos a lo lejos. Se me escapa una sonrisa involuntaria, pero me contengo. Antes de abrazar a América, tengo que estar mínimamente presentable.

En la ducha dejo que el agua caliente corra por mi cuerpo como si pudiera lavar los traumas. Me pongo ropa vieja que aún estaba en el armario, pero me doy cuenta de que ya no soy la misma. Los escotes ya no me atraen. La vanidad de la antigua Loreta se ha desvanecido. Se quedó atrás… en algún punto entre el Bósforo y el mar Egeo.

Ahora soy otra mujer. Y estoy lista para afrontar lo que venga.

Cuando salgo de la ducha, mi cuerpo se tensa al oír girar el pomo de la puerta, lo que me asusta, pero quien está ahí es aquella que permaneció en mis pensamientos durante todos los días que pasé lejos.

—Loreta, ¿eres tú de verdad? —dice ella, con la voz entrecortada.

Solo consigo asentir con la cabeza y correr hacia ella, abrazándola mientras las lágrimas me mojan el rostro.

Ella corre hacia mí y nos encontramos en medio de la habitación en un abrazo desesperado, apretado, sofocante. Mis dedos se aferran a la tela de su ropa como si quisieran asegurarse de que aquello es real. De que ella está ahí. De que lo he conseguido.

—Pensé que te había perdido —llora ella contra mi hombro.

—Yo también, América —logro decir entre sollozos.

Lloramos juntas, sin miedo, sin vergüenza y sin palabras. Solo el alivio de estar por fin en casa.



Capítulo 27

Kaan

Mi perdición

Hace una semana que sé que Loreta se ha ido y, aunque era mi deseo que se marchara, nada aquí me da la paz que pensé que tendría cuando mi casa estuviera libre de su presencia.

Solo de recordar lo que pasó... Confieso que estuve a punto de matarlos a los dos con una de mis armas. Sin embargo, solo ordené que los hicieran desaparecer de mi vista.

No obstante, todavía hay una pregunta que no deja de rondarme la cabeza: ¿adónde se ha ido? Todos estamos seguros de que se escapó por su cuenta, sobre todo tras ver los vídeos de las cámaras de seguridad, pero ¿dónde estará ahora?

Por lo que sé, no ha vuelto al sistema de tráfico de personas, o yo lo sabría. Además, si la hubieran matado, tal y como amenazaron, seguramente me habrían enviado alguna parte de su

cuerpo o algo que la identificara para demostrar que habían cumplido sus promesas.

Sería devastador, pero no muy diferente de lo que vemos en la familia. Sin embargo, la falta de noticias me ha dejado completamente irritado y sin paciencia para nada.

Mi madre, como si tuviera una conexión divina para conocer todos los movimientos de mi casa, la noche en que Loreta desapareció, decidió aparecer por aquí con Dafne. Claro que no pasó nada, alegué que tuve un problema en el casino y decidí pasar la noche en el hotel. Pero la única que ocupa mi mente, cada maldito segundo, es Loreta. Mi perdición. Jodiendo con mi cabeza y arrastrándome al infierno con ella.

Solo necesito saber si está bien y a salvo. Me lo repito constantemente en mi mente.

Por eso, en secreto, envié a unos hombres a buscarla. Aún no he conseguido gran cosa, solo la información de que se fue al puerto de Alsancak en un taxi. Nada más. Lo que hizo después de eso aún no lo sé. Y no saberlo es lo peor del mundo. Si al menos pudiera verla...

—Hijo, ¿estás bien? —me pregunta mi madre mientras cenamos.

En este momento estamos mi madre, Dafne y yo en la mesa, pero solo estoy presente físicamente. Lo que más deseo es salir en busca de Loreta, y la última vez que me sentí así fue solo cuando Selim todavía estaba aquí.

¡Joder! ¿Qué me ha hecho esta chica para volverme tan loco?

—El señor Demir debe de estar pensando en sus negocios. ¿No le parece, señora Nazan?

Mi atención se centra en la mesa, mientras veo a la mujer que está a mi lado prácticamente lanzarse sobre mí. Soy completamente inmune a sus intentos. De hecho, la presencia de Dafne me irrita de

una forma inconcebible, pues sé que es la elegida de mi madre, pero no la mía.

—Kaan, ¿quieres pedir algo más...?

Me levanto antes de que termine. Ya basta.

—Tengo que atender una llamada importante —miento, cogiendo el teléfono de la mesa—. Buenas noches a las dos.

Me voy directo a mi habitación, cruzando el pasillo sin prisa.

Es entonces cuando me topo con Zeynep. Desde que Loreta se escapó, ella tampoco es la misma. Finge que está bien, pero conozco la mirada de quien está al borde de un colapso.

—Kaan, ¿sabes algo de ella? —pregunta.

Suspiro con pesar y niego con la cabeza.

—Hasta ahora, lo peor no se ha materializado —respondo—. Pero lo que más me irrita es no saber por qué ha actuado así. Haber huido de mi protección...

Ella aprieta los labios.

—Pero... sabíamos que estaba triste y sola.

—Su familia... ¡Puede que esté en ese maldito reino de Diamántia! —afirmo.

—Pero señor, Kaan. Después de lo que se supo, ella aparecería en los medios...

—Lo sé. Fue lo primero que hice cuando desapareció: colocar a alguien allí para saber de ella. Pero hasta ahora, nada. Y tú sabes lo lista que es. Sabe que la está persiguiendo una loca. No se revelaría ante los medios para convertirse en un blanco.

Ella suspira y yo cojo mi teléfono para hablar con la persona a la que pagué para que investigara lo que necesito. Pero antes de que haga nada, mi teléfono suena con una llamada de Baran, que me pide que vaya a verle al bar del hotel que está cerca de un

aeropuerto secreto que la familia utiliza para las actividades confidenciales de la familia Demir.

De ahí proviene la mayor parte de la fortuna de la familia. Casi todo lo gestiona Baran. Excepto el hotel, que está vinculado a Imperium Demir. Mi hermano, que en el futuro será nuestro Baba, ahora está formando a nuestro hermano Cem para que aprenda de él.

—De acuerdo. Voy para allá —respondo, colgando el teléfono y saliendo enseguida.



El hotel es uno de los tres que tenemos en Estambul. Un cinco estrellas con aire de spa espiritual, frecuentado por esposas de la alta sociedad... y por amantes muy discretas también.

Me detengo en la entrada y uno de los aparcacoches recoge mi coche sin siquiera mirarme a los ojos. Camino en silencio hasta el bar más recóndito, reservado, discreto. Casi siempre vacío.

Es el único espacio masculino en este templo hecho para que las mujeres ricas finjan pureza. Al pasar por las puertas de cristal, abiertas por dos guardias de seguridad armados, veo a mi hermano esperándome. Está en una mesa de la esquina, con una botella de whisky y dos vasos.

—Has tardado tanto que ya he cambiado el hielo dos veces —se queja él, llenando los vasos.

—Ahora no quiero —digo, acercándome y sentándome con el peso de un hombre que lleva el infierno a cuestas.

—¿Por qué no? Pensé que querías celebrarlo. Te has librado de esa chica que es hija del desgraciado que mató a mi cuñada.

—No... quiero hablar de eso —gruño, con la mandíbula tensa.

Me empuja uno de los vasos.

—Baran... —repito, con más firmeza.

Cruza los brazos, mirándome con esa mirada de quien disfruta viendo a los demás sangrar por dentro.

—Sé que sería difícil para ti, así que dime: ¿querías que la matara por ti?

—¡No! —exclamo, y el grito se me escapa antes de que pueda contenerlo.

Él suelta una risa seca y burlona, inclinando el cuerpo hacia delante como si saboreara cada gota de mi reacción.

—Te gusta, ¿verdad?

—Claro que no —miento, y mi voz sale baja, vacilante.

Baran arquea una ceja, burlón.

—Hmm... Entonces, ¿por qué pones esa cara de hijo de puta abandonado desde que ella desapareció?

Su móvil vibra con una notificación. Baran rompe el contacto visual y coge el aparato. Esa sonrisa sádica vuelve a sus labios.

—¿Qué mierda estás viendo? —Intento mirar la pantalla, inclinándome, pero él aleja el teléfono a propósito.

—Respeto —me advierte con la mirada, recordándome quién es.

A continuación, suspira, vuelve a la pantalla y luego me mira con esa mirada sádica en la que deja claro que sabe muy bien lo que dice.

—¿Estás seguro de que no te gusta esa rubia? —me provoca, con el sarcasmo chorreando de su voz.

Frunzo el ceño, irritado.

—¿Por qué insistes en eso?

—¡Responde, joder! —escupe, como si estuviera dirigiendo un interrogatorio, aunque no tan sangriento como imaginaba.

Me levanto y empiezo a dar vueltas de un lado a otro, con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho.

—Quiero cumplir lo que prometí. La quiero conmigo porque yo...

—Porque te gusta —me corta, seco—. Y ahora...

Me muestra el teléfono y, en la pantalla, aparece el informe del laboratorio del hospital al que ella acudió antes de huir. Entonces, se me revuelve el estómago mientras siento que todo mi cuerpo se paraliza.

—Tenemos que encontrarla, Kaan —dice con naturalidad, como si hablara del tiempo—. Porque, por lo que parece, va a ser la madre de mi sobrino. Y tal y como estás en este momento... —sonríe, lleno de malicia— en poco tiempo, te convertirás en mi cuñada.

Siento que el mundo se derrumba en mi cabeza.

—¿Está embarazada? ¿Desaparecida en este infierno de mundo... llevando a mi hijo?

Baran frunce los labios y se pasa la mano por la cara, como si aún estuviera ocultando algo.

—No es que haya desaparecido exactamente.

—¿Sabes dónde está? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Suspira y se levanta lentamente, como si saboreara cada segundo de mi desesperación.

—Porque aún no habíamos hablado así, hermano —dice, juntando los dedos como quien acerca algo invisible—. Pensé que solo sería otro polvo. Pero, por lo que parece, tú quieres más que eso, ¿no?

—¡Dímelo, Baran!

Como disfruta torturando a la gente, se limita a volver a sentarse y a tomarse su whisky, deleitándose al verme angustiado por saber de Loreta.

Solo cuando vuelve a dejar el vaso sobre la mesa retoma nuestra conversación.

—Está en casa de su hermana, la princesa, en Diamántia y... sabes muy bien que no... me gustan los sitios así.

Asiento con la cabeza, mostrando mi acuerdo.

Baran detesta los lugares demasiado vigilados, sobre todo por ser un nombre conocido en el crimen organizado. Por eso, nuestro padre me eligió para encargarme de los negocios lícitos, y es por eso que estamos en muchos lugares del mundo e incluso en un hotel en Safovia. Sin embargo, yo también prefiero mantenerme alejado de lugares muy vigilados, como la zona de las tres monarquías europeas: Diamantia, Safovia y Aldonora.

—¿Cuál es el plan?— pregunto, con la voz aún entrecortada. — Sé que siempre se te ocurre una buena idea.

Él se encoge de hombros, indiferente.

—No podré ayudarte en territorio monárquico. Tendrás que hacerlo solo. Tendrás que convencer a la madre de tu hijo de que vuelva contigo a Turquía por voluntad propia.

Joder. ¿Cómo voy a hacer eso?



Capítulo 28

Loreta

De vuelta a la luz

Estoy paseando por un gran campo cubierto de hierba, en un día soleado, con América, Lucius y mis sobrinos: Peter, Paige y Pilar.

—Han crecido tanto, América... —digo, sosteniendo a la pequeña Pilar en mis brazos y besando su carita sonrosada.

—Sí, el tiempo pasa tan rápido, hermana.

Parecen tener más de un añito, y Peter está en brazos de Lucius diciendo «papá», pero me resulta extraño que mi cuñado esté empujando un cochecito azul.

—¿Han tenido otro? —le pregunto a mi hermana, que al instante frunce el ceño, extrañada por mi pregunta.

—¿Cómo que no, Loreta?

Levanto la mosquitera del cochecito y veo a un precioso bebé con ropa monísima. Es más pequeño que mis sobrinos, pero hay un detalle que nunca pasaría desapercibido. Tiene los ojos tan oscuros e intensos como los de Kaan.

—Ese es tu bebé, hermana.

—¡Loreta, despierta! —grita América, llamándome.

En ese mismo instante, me despierto jadeando y la abrazo con fuerza, como siempre que nos volvemos a ver.

—Todo va bien, hermana. Estás a salvo —me dice, acariciándome el pelo, como cuando era pequeña y aún dormíamos en la misma habitación.

Mi respiración es acelerada y no consigo pensar en nada más que en ese bebé que apareció en mi sueño. ¡Dios mío! ¿Podrá ser verdad?

—América... —comienzo, mirándola.

—Loreta, te voy a traer un té y...

—Tengo que ir al médico —digo.

—Pero ya lo trajimos aquí ayer. ¿Sientes algo? —pregunta, acariciándome la cara con cuidado—. Aquí estás a salvo, Loreta. Diamántia es una fortaleza.

Sé que ella cree eso, pero... no es así como me siento después de todo lo que he pasado. Diamántia me ha hecho daño. No fueron los reyes ni la familia real, sino el pueblo que no acepta mi ascendencia, y aún no he tenido valor para contarle todo esto a América.

—Loreta, es plena noche, pero podemos ir ahora mismo al palacio, donde siempre hay un médico de guardia. Lucius se queda con los bebés y nos vamos —responde.

Miro a mi hermana y las lágrimas vuelven a mis ojos.

Dios. Cómo me gustaría ser la antigua Loreta que se marchó de esta casa llena de sueños y con ganas de conocer el mundo entero. Ahora, he descubierto de la peor manera que el mundo es malo, y que, por mucho que lo desee, sé que aquí no estoy a salvo.

Pero ahora necesito saber si mi sueño es una advertencia o... solo una simple ilusión de mi mente.

Antes de que pueda hacer nada más, empiezo a sentir náuseas de nuevo y corro directamente al baño. América viene detrás y me ayuda, sujetándome el pelo mientras me inclino sobre el inodoro, sintiendo más miedo del que me gustaría.

—América, he tenido un sueño... extraño —le digo, limpiándome la cara con papel.

Sé que ella entiende esa cosa extraña que tengo y, por eso, se muestra preocupada y atenta.

—¿Qué has soñado, hermanita?

Me pongo la mano en la barriga. Dudo. Entonces, lo suelto de golpe:

—Soñé que... tenía un hijo.

En ese mismo instante, ella salta del suelo, escandalizada, llevándose las manos a la cara.

—¿Te... te han violado? ¡Loreta, ¿te han dejado así!?

—¡No! —respondo con firmeza.

—Lucius me dijo que te secuestraron... ¡que te vendieron como... como una cosa! —exclama, con la voz entrecortada—. Y ahora tú...

Se acerca, con los ojos muy abiertos.

—¿Hay posibilidad de que estés embarazada? Eras virgen cuando te fuiste de aquí...

—No fue así. Me enamoré de una persona que... me cuidó, pero...

Pensar en Kaan me duele como si me clavaran de nuevo una navaja en el pecho. Saber que me odia solo por culpa de ese desgraciado de Daxton, con su estela de muertes y maldad perversa que se ha extendido por el mundo...

—¿Te dejó? ¿Fue eso?

—No tuvimos una relación, pero... solo pasó una vez —confieso—. No hay muchas posibilidades, pero después del sueño, necesito saber si estoy embarazada.

Ella respira hondo.

—¿Cuánto tiempo hace? —pregunta.

Pienso por un instante, tratando de recordar todo mientras el dolor de los recuerdos de cuando estuve en sus brazos incendia mis pensamientos.

—Los días siempre han sido largos, pero sé que hay tiempo suficiente para saberlo.

Ella suspira y se va a algún lugar de la casa. Aprovecho para lavarme los dientes mientras veo que aún es de noche. Miro el reloj y me doy cuenta de que son las cuatro de la mañana.

Cuando América regresa, lleva dos cajas de pruebas de embarazo que seguramente tenía guardadas para cuando intentara tener un bebé, pero a la que le han bendecido con tres.

—Hazte las dos —me explica brevemente cómo hacerlo—. Te esperaré aquí fuera.

Cierra la puerta, dejándome en el baño. Nunca pensé que algún día necesitaría algo así, pero lo hago. Me lavo las manos y salgo, acomodándome a su lado, mientras ella me abraza.

—Loreta, sé que has pasado por cosas horribles, pero... soy tu hermana y te quiero. Estoy aquí para ti. Puedes decir lo que sea,

estaré contigo y te ayudaré.

Le devuelvo el abrazo, acurrucándome contra ella como cuando éramos niñas.

—Lo sé, y no te imaginas cuánto te he echado de menos. Estar a tu lado es como si hubiera vuelto a la luz después de mucho tiempo en medio del miedo y la oscuridad.

Siento cómo me besa en la cabeza.

—Cuando desapareciste, solo podía pensar en las amargas palabras de mamá el día de mi boda... Tú te quedaste y prestaste juramento, pero yo fui a hablar con ella, ¿te acuerdas?

Asiento vagamente. Recuerdo nuestra conversación posterior, pero nunca me la tomé muy en serio. Hasta ahora.

—Tuve que tomar tantas decisiones ese día... —continúa, emocionada—, pero nunca olvidé lo que mamá dijo sobre ti.

—Mamá enfermó por amar a la persona equivocada.

—Lo sé —murmuro—. Pero no tienes por qué revivirlo. Sea quien sea el responsable de lo que me pasó, no tiene nada que ver con tu felicidad. Ni con las palabras de mamá. No hace falta que lo repitas. Sea quien sea el que estuvo o sigue estando detrás de mí, no tiene nada que ver con tu felicidad ni... con lo que dijo mamá.

—Por Dios, espero que no. Nunca podría vivir con esa culpa.

—Tú no ordenaste que me hicieran eso. Sé que nunca lo harías, América.

—Pero...

Su móvil suena con un temporizador. Se vuelve hacia mí con los ojos llorosos.

—Ha llegado la hora, Loreta.

Respiro hondo. Armándome de un valor que ni siquiera sabía que tenía, me levanto y me dirijo al baño. Se me llenan los ojos de

lágrimas en cuanto veo las dos pruebas que hay sobre el lavabo.

Hay dos rayas en los dos. Es una respuesta definitiva.

Ahora lo sé: estoy esperando un hijo de Kaan Demir.



Capítulo 29

Kaan

Hasta encontrar

Paso por la oficina de inmigración del reino de Diamántia, notando las miradas intensas y asustadas de los guardias sobre mí. He venido solo con otros dos hombres que son mis guardias y soldados entrenados, pero como también poseo mucha riqueza, no me detienen en ningún momento. Ni se atreverían.

Nunca me ha gustado este lugar. Demasiadas normas. Demasiada moralidad. Y después de descubrir que fueron personas de aquí las que vendieron a Loreta como mercancía, lanzándola a una subasta de mujeres, mi desprecio creció cien veces más.

Si supiera el nombre del desgraciado que la cogió en plena calle y la secuestró, o de los desgraciados que están detrás de todo esto... Sin embargo, no tenemos esa respuesta. Ni siquiera Baran, que tiene las conexiones más sucias de este mundo sombrío, sabe el nombre del desgraciado que la llevó a ese lugar.

Pero a los otros dos, los daré caza. Hasta el fin del mundo... Y no voy a parar hasta encontrarlos. Después, les haré pagar con mis propias manos. O con el cañón de mi arma, que, evidentemente, he traído conmigo.

Nunca entraría en este lugar de esta manera, y como tengo un hotel en Safovia, que está cerca de aquí, tengo libre acceso.

—Resuelvan lo del coche, tengo prisa —les digo.

Uno de ellos se aleja, dirigiéndose al videoclub, y yo me quedo con el otro observando cómo es este lugar. Estamos a media tarde y el sonido ilumina el paisaje. Aquí todo está limpio, ordenado, lleno de brillo. Está muy claro que el turismo respira por aquí y los diamantes también.

Los Demir ya han tenido acceso a estas piedras preciosas... pero, claro, nunca por vías legales, como exige esta monarquía hipócrita.

—Vamos, señor —anuncia mi guardaespaldas.

Subimos a un coche negro con cristales tintados y nos dirigimos hacia la zona donde se encuentran las casas de los príncipes. Según Baran, sus contactos han confirmado que Loreta está allí.

Casi veinte minutos después, nos detienen en un puesto de seguridad que nos pregunta quiénes somos. Los agentes nos piden identificación. Mis hombres muestran los documentos y nos dejan pasar.

Menuda mierda de seguridad. Si yo fuera el rey de esta mierda, habría ordenado que le registraran el culo a la gente antes de que tuvieran acceso a mi familia. Eso es lo que más me preocupa. Loreta y mi hijo no están a salvo en este lugar. Tengo que sacarla de aquí lo antes posible.

Nos detenemos frente a la segunda casa, o mejor dicho, mansión, pintada de color lila. No está tan cerca de la calle, pero el

acceso es tan fácil que me dan ganas de dispararles a todos solo de pensar que esto puede ser seguro.

¿Cómo puede Loreta pensar que esto es bueno para ella?

Salimos y cuatro hombres rodean el coche, mostrando que van armados. Como aún no he sacado la mía, solo están esperando la señal.

—¿Quiénes son y qué hacen aquí? —pregunta uno que parece ser el mayor.

—¿Quién es el dueño de la casa? —pregunto.

El hombre entrecierra los ojos.

—Esto no es una zona turística, señores...

—No soy turista. Quiero hablar con la señora Feitag. Dígale que soy Kaan Demir, propietario del holding Imperium Demir de la familia Demir.

En cuanto me oye, se aleja, pero deja a otros tres cerca. Luego, entra en la casa y va a hablar con alguien.

Mis hombres y yo nos quedamos esperando, pero a los pocos minutos me hacen pasar. En cuanto cruzo la puerta, veo cosas de niños pequeños. Una mujer, que supongo que es la ama de llaves, me indica una sala, pero a lo lejos oigo las risas de los niños.

Ella nunca me ha hablado de su vida, pero sé que su hermana tuvo trillizos. Deben de ser ellos los que están por la casa. Para los de la realeza, esto debe parecer encantador. ¿Pero para Loreta? Esto es una trampa disfrazada de cuento de hadas.

Tiene que irse conmigo, y rápido.

—Buenas tardes —dice una voz firme.

Se acerca una mujer rubia. Se parece a Loreta. Los mismos ojos, el mismo porte. Es ella. La princesa América.

—¿Quiere un café? ¿Un tentempié? Mi marido está a punto de llegar, pero...

—Quiero hablar con la señora Feitag, pero usted no es ella —interrumpo, bruscamente.

Palidece. Noto su vacilación. Se aleja discretamente hacia la puerta.

—Mi hermana fue secuestrada en Turquía y todo el mundo lo sabe —afirma, tratando de parecer tranquila.

Sin embargo, se nota a simple vista que está mintiendo.

—Se ha escapado y solo he venido hasta aquí para protegerla —declaro, con voz baja y firme—. Porque sé que ustedes no pueden.

—¿Quién es usted? —pregunta ella.

—¿Dónde está Loreta? ¿Está en esta casa? ¡Dímelo ahora mismo!

—¡Fuera de mi casa! —grita ella, alejándose a toda prisa.

Suspiro.

—No entorpezcas lo que he venido a hacer. Es por su bien.

—¡Guardias! ¡Código blanco!

Entonces, la mujer corre por las escaleras y yo hago lo mismo, persiguiéndola. Ella sigue por los pasillos, intentando despistarme, pero es entonces cuando la veo parada en la puerta. Parece que el mundo se ha congelado porque la he encontrado.

—¡Loreta! ¡Soy yo!

—Kaan, ¿qué haces aquí? —pregunta ella, sorprendida.

Pero antes de que pueda responder...

—¡Ahh!

Una descarga eléctrica aguda directamente en mi cuello. Un hijo de puta ha disparado una pistola eléctrica. Mis músculos se bloquean, las piernas ceden y el cuerpo cae.

—¡¿Por qué lo han hecho?! —Oigo su voz, desesperada, acercándose.

Y entonces... todo se oscurece.



Capítulo 30

Loreta

Él vino a mí

El día comenzó tranquilo.

Pasé la mañana mimando a mis sobrinos en el salón, jugando con ellos en la alfombra, entre cojines y juguetes.

Después de ver los resultados de las pruebas en el médico hoy, temprano, teníamos el día libre. América y yo jugábamos con los bebés cuando la llamaron para recibir a alguien. Subimos a la habitación de los niños y allí nos quedamos.

Intenté distraerme, pero cuando oí el grito de América, mis temores parecían hacerse realidad. Sin embargo, necesitaba saber qué tendría que hacer para proteger a tres niños inocentes que dependían de mí.

Abrí un poco la puerta para vigilar... Y fue entonces cuando lo vi.

Kaan, con toda su estatura grande e imponente detrás de América. Sé que no le haría daño, así que me mostré, y él me vio. Tal y como siempre había estado en mis pensamientos: sombrío y peligroso... Pero, al mismo tiempo, dueño de mi corazón.

Sin embargo, duró tan poco... Lo derribaron de un golpe, como si fuera un delincuente cualquiera.

—¿Lo conoces, Loreta? —pregunta América, con la pequeña Paige en brazos.

Me acerco. Toco el rostro del hombre que, a pesar de todo, me salvó cuando nadie más lo hizo.

—Sí. Sé que no estamos bien, pero... fue él quien más me ayudó.

El jefe de seguridad de América se acerca, tenso.

—No dejéis que los que están ahí fuera se den cuenta de que han derribado a Kaan, si no será mucho peor —digo con firmeza.

América me mira con una mezcla de asombro y temor. Ella lo entiende, pero sabe que estoy ocultando más verdades de las que he revelado hasta ahora.

—Alteza... —murmura uno de los guardias.

Ella respira hondo.

—Llevadlo a una de las habitaciones. Decid que está esperando la llegada del príncipe Lucius. Y que Dios nos proteja hasta que ese hombre despierte.

Ella se aleja con su hija y yo me quedo a su lado, porque, a pesar de todo, él vino a mí.

Pedí que lo llevaran a mi antigua habitación. Que lo acostaran en mi cama. No sé cuánto tiempo necesitará, pero hice lo correcto y lo que me dictaba el corazón.

Empieza a moverse. Aún inconsciente, pero reaccionando. Ver a Kaan allí, tumbado en el lugar donde viví tantos recuerdos, es extraño. Tan fuera de contexto... y, al mismo tiempo, tan acertado.

—Loreta. Ven aquí —me llama América desde la puerta.

Me acerco a ella y dejo la puerta entreabierta.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta ella en voz baja—. Porque, sinceramente, falta muy poco para que...

—No es malo, América...

—Ha entrado en mi casa. Me ha perseguido por los pasillos. Solo estoy esperando a que llegue Lucius para saber qué vamos a hacer. Ahora respóndeme: ¿quién es ese hombre al que has metido en tu cama?

Respiro hondo, conteniendo las ganas de llorar.

—Es el padre de mi hijo.

Ella me mira fijamente. No dice nada durante unos segundos, esperando que lo desmienta. Que diga que fue un error. Que estoy confundida... Pero no. Solo lo confirmo con la mirada.

—Loreta, ¿en serio? Ese hombre que...

—No abusó de mí. Todo fue de mutuo acuerdo, como te conté...

—Es mucho mayor que tú —replica ella, con la voz ya temblorosa—. Debe de tener la edad del rey Liam...

—Lo sé.

Ella suspira, visiblemente preocupada.

—¿No estarás confundiendo las cosas? Quizás... como él te protegió de ese infierno, ¿estás llamando a eso amor?

—No —respondo, ahora en voz más baja—. Sé lo que siento y... lo amo. Aunque sé que me detesta por culpa de Daxton...

Cierro los ojos, pensativa, y enseguida me aclaro.

—Daxton mandó matar a su esposa y yo ni idea tenía, pero... Kaan cree que yo lo sabía.

—Pero hasta hace poco ni siquiera sabíamos que él era tu padre...

—Sí...— Suspiro. —América, lo he intentado todo, hermana, pero Kaan simplemente no me cree y ya no quiere escucharme.

Ella frunce el ceño.

—Pero si no quería verte y realmente te odia, ¿por qué está aquí?

Desvío la mirada. Me apoyo contra la pared, apretando las manos contra el pecho. Miro la rendija de la puerta, como si la respuesta estuviera allí, con él, inconsciente.

—Todavía no lo sé.

Entonces, oímos un ruido dentro de la habitación y enseguida abro la puerta, y lo veo sentado en la cama. Sus ojos se encuentran con los míos y... no sé qué decir... Las palabras parecen desaparecer de mis labios y el corazón se me sale por la boca de tanta emoción.

—Si quieres, llamo a seguridad y me quedo aquí... —dice América, aún tensa.

Inmediatamente, le toco la mano con delicadeza.

—Déjame hablar con él a solas. Por favor...

Ella cierra los ojos y respira hondo, claramente insegura.

—¿Estás seguro?

Niego con la cabeza, tratando de tranquilizarla.

—Yo estaré aquí fuera. Si gritas, vendré con toda la guardia —dice ella, con voz cargada de temor mientras observa a Kaan.

Así, cierra la puerta, pero sé que está atenta a cada detalle. Nos quedamos unos instantes mirándonos en silencio.

De repente, Kaan se levanta y se acerca. Hacía tiempo que no lo veía así y me doy cuenta de lo imponente que sigue siendo, incluso en la vulnerabilidad en la que se encuentra.

—He venido desde muy lejos en tu búsqueda —declara, tocándome la cara con una suavidad que me desarma. Me derrito al instante, todo mi cuerpo responde a su tacto. —Solo por ti, salí de Turquía para venir a este lugar lleno de lujos que no puede protegerte como yo...

—Kaan... —comienzo, con la voz entrecortada.

—Silencio —exige con voz firme, pero sin la agresividad de antes—. Nunca hice esto por nadie, Loreta. Pero vine porque no podía sacarte de mi cabeza. A pesar de toda la mierda que ha pasado, no puedo olvidar lo mucho que me afectas… Y eso fue antes de saber que estás embarazada de mi hijo.

Las lágrimas brotan de mis ojos.

—Me enteré ayer...

Se acerca hacia mí, con sus fuertes manos en mi cintura, abrazándome, besándome con la intensidad que siempre he deseado. Su tacto hace que se me erice la piel por todo el cuerpo, y me dejo llevar. Quiero perderme en ese beso, en sus brazos, donde, por un momento, todo parece estar bien.

Me abraza con fuerza y sus palabras son sencillas, pero cargadas de un peso profundo.

—Necesito que vengas conmigo. No voy a permitir que te quedes en este lugar de mierda que solo ha destruido tu vida.

—¿Qué? —pregunto, alarmada.

—Loreta, si lo que le has dicho a tu hermana hace un momento es cierto, no hay motivo alguno para que nos separemos.

Tienes que quedarte a mi lado y con mi familia...

Me alejo, temerosa. ¿Cómo cree que puedo abandonarlo todo y volver a ser prisionera en esa casa?

—Yo vivo aquí —digo, con voz temblorosa—. No quiero irme para que me maltrates de nuevo.

—Eso no volverá a pasar nunca —me asegura—. Tendrás mi protección, como siempre te prometí. Pero lo he visto con mis propios ojos: este lugar no es seguro. Sobre todo ahora que estás embarazada.

En ese mismo instante, me doy cuenta de que me he engañado de nuevo. No ha venido por amor, sino por deber y quizá por culpa. Quién sabe, tal vez sea una obsesión, y yo me he rendido como una tonta enamorada.

Él ha oído que lo amo y está utilizando eso para recuperarme, pero Kaan solo se está aprovechando de mis debilidades para convencerme de que vuelva a vivir sola en esa habitación sin vida y lejos de todos.

Por eso, con el corazón destrozado, digo lo que hay que decir:

—Vete, Kaan. Vuelve a Turquía.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No me voy a ir, Loreta. Sin saber el riesgo de encontrarte muerta en cualquier momento. Sabes que fueron las personas de aquí las que te secuestraron y te vendieron. Antes, no lo habría permitido, porque cumplo mis promesas, pero ahora... Ahora mi hijo está involucrado.

Cierro los ojos, sintiendo el peso de todo, y salgo por la puerta. En ese mismo instante, América llama a los guardias y yo

abrazo a mi hermana. Lucius aparece c , y al comprender lo que está pasando, ordena que se lleven a Kaan a la planta baja, lejos de mí.

Sin embargo, cuando estoy bajando las escaleras, una mirada hace que se me erice todo el vello. Me fallan las piernas y se me hiela la sangre.

Es él. Como un simple guardia real, ahí está el hombre que me secuestró. El mismo que me arrastró al infierno, me agredió, me amenazó, me tocó con odio y deseó ardientemente mi muerte.

—¡América, sácame de aquí! ¡YA! —grito, presa del pánico, retrocediendo apresuradamente por la escalera.

Ella se asusta y corre conmigo, con los ojos muy abiertos, hacia su habitación

—¿Qué pasa, Loreta? —me pregunta

—Ese hombre que vino con la guardia —digo, con voz tensa —. Fue él quien me secuestró en Turquía, América. Estoy segura de que fue él.

—¡Dios mío!

Me abraza fuerte, mientras todo mi cuerpo tiembla. Como si hubiera retrocedido en el tiempo y todo estuviera pasando de nuevo...

Como si nunca hubiera escapado gracias a Kaan en mi vida.

Entonces me escondo, porque por segunda vez... temo por mi vida.



Capítulo 31

Kaan

La caza

Después de días escuchando los episodios de ataques de pánico de Loreta, sé lo que pasó. Aquí, en este lugar lleno de hombres uniformados de la guardia real, ella reconoció a alguien. Solo tengo que usar mi inteligencia para descubrir quién va a morir.

—¿No se había muerto esa rubia? —murmura uno de ellos, creyendo que nadie lo ha oído.

—Cierra la boca —le ordena uno que parece ser mayor, y es en él en quien me fijo.

Conozco el odio y en él consigo ver una rabia contenida que me confirma que está metido en algo. Ese es el desgraciado que no quiere que se diga nada. Es del tipo que prefiere el silencio al riesgo. Es él el infeliz que busco, pero aún no es el momento.

Antes tengo que sacar a Loreta de aquí para que esté a salvo, pero después iré a cazar.

—Llevadlo al comedor.

Algunos de ellos me empujan y lo único que quiero es devolverles el puto taser que me dispararon en el cuello. Solo tengo que averiguar quién fue.

Cuando llegamos a una sala espaciosa y amplia, con todo el aire de una residencia real, me siento erguido y firme. Fijo la mirada en el desgraciado que identifiqué antes. Sutilmente, hago una señal a mis guardaespaldas, que captan hasta mis más pequeños gestos.

Ese será el primero en ser «invitado» a una conversación... en otro lugar.

—Podría deportarlo de Diamántia ahora mismo —dice el príncipe Lucius al entrar—. Pero antes, quiero entender mejor quién es usted, señor Kaan Demir...

Suspiro, cruzando los brazos.

—Quiero hablar con usted. A solas —digo, mirando a uno de los guardias—. Alteza, ¿verdad?

Él duda, pero con un gesto, ordena a los hombres que salgan. Mis hombres me acompañan, discretos.

—¿Qué quiere?

—Quiero a Loreta conmigo. Lejos de esta tierra llena de frivolidades y poca seguridad —respondo.

Él se ríe, secamente, sin humor.

—Mi cuñada te ha echado.

—Pero estoy seguro de que ya ha cambiado de opinión, Alteza —declaro con una media sonrisa—. Tiene que entender una cosa: solo yo puedo protegerla. Al igual que a mi hijo, al que ella está esperando.

Da un puñetazo en la mesa.

—Antes de que digas tonterías, ella misma dijo que me ama, y yo nunca la toqué sin su permiso. Pero en este momento, necesito que se vaya conmigo para que pueda dar caza a los hijos de puta que se atrevieron a hacerle daño.

Me mira, más serio.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta, curioso y preocupado. —Cuéntame todo lo que sabes. Necesito saber el riesgo real que corre Loreta.

Respiro hondo antes de continuar.

—Lo que sé... —respondo, contándole solo lo que necesita saber—. La secuestraron y la subastaron en una subasta clandestina. Detrás de todo esto hay tres personas implicadas, cada una con un propósito: venganza, tráfico sexual, tortura y muerte. Aún faltan nombres, pero los encontraré.

—Pero aquí está a salvo.

—¿Cómo puede creer eso? —replico, irritado—. Las ratas se han infiltrado en su casa, Alteza. El enemigo ha entrado por la puerta principal. Y hoy... estoy seguro de que ella ha visto a uno de ellos.

—Cariño, necesito hablar contigo. Es urgente. —Alguien llama a la puerta.

El príncipe se levanta y es América quien pasa, entrando apresurada.

—Tenemos que sacar a mi hermana de aquí —dice, nerviosa —. Ha reconocido al hombre que la secuestró durante el viaje en nuestro salón.

—¡Sé quién es, solo necesito que me lo confirmes ahora mismo! —Me levanto de inmediato, sacando el arma y acoplando el

silenciador. —¡Dime el nombre, mujer! Lo resolveré en un santiamén y acabaré con ese...

—¡No! —grita Lucius con firmeza—. Aquí dentro, no. Mi familia está en esta casa. No quiero disparos donde viven mis hijos.

Miro a América, tratando de controlar la ira.

—¿Está a salvo?

—Sí —responde, jadeando.

—Dime a quién apuntó y enviaré a mis hombres a capturarlo antes de que escape.

La mujer mira a su marido.

—No lo sé... No ha podido señalarlo con claridad. —Y se vuelve hacia su marido—. Pero tengo miedo, Lucius. Miedo de que le hagan algo a mi hermana.

Él respira hondo y cruza los brazos.

—¿Quieren justicia? ¿Que paguen por lo que han hecho?— pregunto.

El príncipe asiente con la cabeza, afirmando.

—Claro que la quiero —declara—. Confieso que no es algo que aceptaría, pero... es una situación demasiado caótica. Por eso te pregunto, señor Kaan: ¿podrías darnos esa paz? ¿Vengar, de hecho, lo que le hicieron a mi cuñada?

Solo asiento con la cabeza.

—Ya juré que lo haría.

—Pues hazlo. Nadie aquí te va a condenar. Te lo puedo asegurar.

Solo asiento con la cabeza, en señal de afirmación. No hace falta decir nada más. Solo llamar a mis hombres y empezar a cazar.



En menos de cinco minutos, ya han capturado a quien sé que es el culpable. Por increíble que parezca, el príncipe tiene más resistencia de lo que imaginaba. Incluso me ayudó a atarlo en una especie de granero. No se quedó a mirar. También creo que sería demasiado para él.

Ahora, en cuanto al desgraciado, solo necesito algunas respuestas.

—Haz que ese desgraciado hable. Quiero saber hoy mismo quién amenazó a mi familia dentro de mi casa —pide el príncipe, sorprendiéndome.

—Vamos a necesitar mucha música para conseguir ahogar los sonidos de aquí —le informo al príncipe, que empieza a subir el volumen.

Por lo que he sabido, ha enviado a su esposa al palacio esta noche con los trillizos. Ningún niño va a oír lo que va a pasar aquí, pero como ha apartado a toda la guardia y solo ha dejado unos guardias de seguridad privados en la casa, él mismo se ha quedado con Loreta.

Le informé de que solo necesitaría una confirmación de Loreta. Necesito que me diga que es la persona adecuada, ya que solo estoy haciendo esto por ella.

Comienza una ráfaga de puñetazos y patadas antes de que le quiten la capucha al desgraciado. La brutalidad necesaria para preparar el terreno.

—Mírame—, le ordeno, haciéndole abrir uno de los ojos. Hago una foto y se la envío al príncipe, pidiendo confirmación.

Al poco rato me llama, pero la voz que oigo no es la suya.

—*Es él, Kaan. Fue él quien...* —La voz de Loreta se quiebra y se corta la llamada.

Eso aumenta aún más mi rabia. Aprieto los puños y miro a la cara de ese hijo de puta, pero antes de matarlo, necesito saber sus motivos. Tener las respuestas. A pesar de tener la cara ensangrentada y deformada, inicio nuestra conversación.

Su expresión ya lo dice todo. Cobardía disfrazada de arrogancia. Así que empiezo con una sola palabra:

—Confiesa —le ordeno.

—Soy ciudadano de Diamántia. Esto es un delito. No pueden hacerme esto...

—Tapadle la cabeza. Y volved a empezar —ordeno, frío.

Mis hombres lo vuelven a golpear, mientras el desgraciado gime y se retuerce hasta volver al punto de partida.

—Intentémoslo una vez más —declaro, al ver algunos de sus dientes rotos—. Confiesa.

—Yo. No. Sé...

—Tapadle la boca y volved a empezar.

Lo hago así un par de veces más. Son más puñetazos, gritos ahogados y sangre al son de un rock pesado que más bien parece una fiesta. Cuando voy a pasar a la siguiente ronda...

—¡No! ¡Por Dios! — suplica. —¡Por favor!

—Confiesa lo que has hecho. —Mi voz ahora es más baja y aún más letal mientras intento controlar la ira.

—¿D-de qué estás hablando?

Suspiro, sin paciencia.

—Sabes de qué estoy hablando. De lo que no quisiste comentar hoy, hace un rato. No les ordenaste que se callaran cuando la reconocieron, ¿verdad?

Abre como un plato su único ojo bueno, porque el otro está hinchado y morado por un puñetazo de uno de mis hombres.

Su respiración se entrecorta antes de continuar.

—Esa mujer es una traidora. Una puta que...

El puñetazo sale de mi brazo antes incluso de que me dé cuenta. La furia se apodera de mí. Atravieso la distancia, le agarro por el cuello de su camisa ensangrentada y lo tiro hacia mí, gruñéndole en la cara.

—Lávate la puta boca antes de hablar de mi mujer. Confiesa quién está detrás de todo esto o te mato ahora mismo con mis propias manos, ¡hijo de puta!

Se atraganta con su propia sangre, tosiendo, y estoy listo para romperle más huesos de los que tenía pensado en busca de respuestas.

Empiezo agarrándole el dedo índice y tirándole hacia atrás, sin dudarlo.

—Habla de una vez. ¿Quién te lo encargó?

Grita de dolor y sigo forzando hasta que se rompe, haciéndolo gritar de dolor.

—Ya va uno, aún nos quedan nueve dedos de la mano para seguir con nuestra conversación.

—Yo no...

Él sigue negándolo, mientras yo me mantengo firme en mi búsqueda de respuestas. Tras más de dos horas insistiendo, me suelta una información.

—No sé quién era... Solo era una carta con la verdad y la ubicación de la hermana de la princesa.

—¿Qué carta?

—No sé dónde está. Creo que la quemé. Lo juro por Dios —dice entre sollozos—. No sé quién es...

—Envía a alguien a averiguar dónde vive ese desgraciado y a conseguir lo que necesito —le digo a uno de los guardias. —¿Quién más te ayudó a secuestrar a Loreta en Estambul?

—Yo... Yo lo pagué todo yo solo. Contraté a unos hombres de allí, eso es todo... —responde, con la voz casi apagada—. Por favor... Basta...

Suspiro, sintiendo asco por ese hombre deplorable.

Entonces, cojo mi arma, que había dejado preparada sobre una mesa, y apunto al hijo de puta, acercándome mucho a él.

—Como ya no me sirves para nada...

—¡No! Por Dios...

No respondo, solo le disparo en medio de la cabeza al desgraciado, dejando que sus sesos se esparzan por el suelo.

—Buen viaje al infierno, desgraciado.

Me alejo, quito el silenciador del arma y apago el sonido.

—Deben limpiarlo todo y llevarse el cadáver. Tenemos que deshacernos de él muy lejos de aquí para no tener problemas diplomáticos en el futuro. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Así que me alejo y me dirijo a la casa principal. Primero paso por el baño y me lavo las manos, buscando algún rastro que pueda asustar a Loreta sobre lo que ha pasado.

Solo cuando estoy convencido, subo al dormitorio y me encuentro a Lucius en la puerta.

—Ya está hecho y... no tendrá que preocuparse por nada. Solo por mi salida con el coche de aquí, cruzando la frontera.

Él asiente con la cabeza.

—Puedes llevarte el vehículo contigo. Yo le pago a la empresa de alquiler lo que cueste —declara—. —¿Dijo algo?

—He ordenado a mis hombres que consigan la información. Habló de una carta, pero en cuanto sepa algo, te lo diré.

Asiente con la cabeza.

—¿Cómo está ella?

Lucius no dice nada y solo abre lentamente la puerta.

—Está en la cama, la dejé sola hace unos instantes.

Confirmo sus respuestas y entro, encontrándola tumbada, pero puedo ver que está llorando. Quizás reviviendo sus traumas. Cosas que nunca podré borrar de su mente.

Entonces me siento a su lado y eso basta para que se gire hacia mí y me abrace.

—Tranquila, pequeña. Estoy aquí contigo. —Le acaricio la espalda, sintiéndola fuerte en mis brazos mientras sigue llorando.

Espero unos momentos a que se recomponga, y solo entonces se aparta.

—Tenía tanto miedo de...

—No va a pasar nada más. Él nunca volverá a ir tras de ti. Ahora está en el infierno, que es donde se merece estar.

Ella se aleja un poco.

—¿Lo has...?

—Sí. Porque tu paz y tu seguridad son mi prioridad. La tuya y la de nuestro hijo, pequeña.

Me besa y no puedo evitar corresponderle con el mismo deseo y devoción que me consumen. Me apetece ir más allá, pero aún no es el momento. Loreta está muy afectada por todo esto y

primero tengo que sacarla de esta tierra para poder tener paz yo mismo.

—Ven conmigo. Vamos a vivir a mi tierra. Estarás más protegida a mi lado.

Ella cierra los ojos.

—Nunca más podré volver, ¿verdad?

—Loreta, no te estoy invitando solo a quedarte en una habitación como antes de que huyeras a este lugar. Te quiero a mi lado como mía, porque mis sentimientos por ti son más intensos de lo que podrías imaginar. Vuelve, porque haré de ti mi esposa.

Sus labios se abren, en una expresión de desconcierto.

—Kaan, me estás pidiendo...

—Todavía no, pero es justo lo que quiero hacer cuando estés en mi casa. Ya no me importa que seas hija de Daxton Bennet. Sin embargo, te quiero a mi lado.

—¿De verdad?

—Claro. Nunca iría tras de ti si fuera al revés.

—Entonces... ¿no es solo por el bebé?

—Antes de saber que estabas embarazada, ya te estaba buscando, pero solo cuando llegaron los resultados de tu prueba Baran me dijo que estabas aquí —me quejo. —Pero podemos hablar de eso más tarde. Tenemos que salir ya. Tenemos poco tiempo y una frontera que cruzar con una carga complicada.

Ella me abraza y me besa.

—Me voy contigo, Kaan. Volvamos a casa.

—Pequeña... Te prometí que te vengaría y que nadie volvería a tocarte, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí. Y sé que cumplirás cada palabra.

Ella se acurruca contra mi pecho y, tras días de infierno, por fin encuentro la paz.



Capítulo 32

Loreta

Revelaciones

Sabía que Kaan ya había quitado la vida a alguien antes, pero saber que fue por mí lo cambia todo por completo. Además, todavía resuena en mis oídos lo que dijo sobre haberme elegido para ser su esposa.

Matrimonio. Es lo último en lo que pienso ahora mismo, pero mi vida está avanzando más rápido de lo que jamás hubiera imaginado. No esperaba estar aquí, en los brazos de Kaan, y mucho menos embarazada tras una noche que nunca olvidaré en mi vida.

—¿Han conseguido lo que les ordené? —pregunta Kaan a uno de sus hombres, dirigiéndose a Lucius justo después.

No vi lo que pasó, pero sé que lo hizo para protegerme a mí y a nuestro bebé.

—¿Has decidido si te vas o no, Loreta? —me pregunta Lucius.

Asiento con la cabeza, afirmando.

—Sí, voy. —Miro a Kaan, que hasta ahora no me ha soltado la mano. —Por desgracia, Diamántia no puede protegerme.

Él suspira.

—La verdad no debía haber salido a la luz —comenta él—. Liam siempre habló del riesgo y mantuvo toda la información bajo secreto real, pero...

Kaan interviene:

—Tenéis un traidor. Alguien que está detrás de todo esto.

Lucius se pasa la mano por la cara, visiblemente cansado.

—Kaan, si supieras lo complicado que fue para mí quedarme con América, comprenderías la magnitud de lo que estamos viviendo ahora. La verdad sobre el padre de Loreta puede causar más problemas aquí de lo que imaginas. Sobre todo después de lo que permití que le pasara a uno de los guardias del reino.

—Una razón más para mantenernos alejados —declara Kaan, mirándome—. Si por mí fuera, nos iríamos hoy mismo, Loreta.

—Ya tengo tu nuevo pasaporte, cuñada —avisa Lucius, alejándose hasta entrar en su habitación.

—Solo quería tener la oportunidad de volver a hablar con mi hermana.

—No es el mejor momento. Cuando sea seguro, podremos pensar en una forma mejor de que os volváis a ver.

Me acaricia la cara.

—Loreta, tienes que entender que ahora tu vida es completamente opuesta a la de tu hermana. Ella seguirá viviendo en

un cuasi-palacio, casada con un e un príncipe, pero mi mundo no tiene nada de realeza, solo sombras y armas.

Ya había comprendido que dar mi «sí» a Kaan tendría un significado mucho mayor de lo que podía prever. Pero mi corazón ya es suyo y no solo eso: está nuestro hijo, que no pidió ser concebido, pero es tan de Kaan como mío.

—Sé que será diferente, pero no cambio de opinión. Me voy contigo.

Al poco rato, Lucius regresa con mi pasaporte y un teléfono, ambos nuevos.

—América lo había comprado y ha conseguido recuperar los recuerdos que tenías.

Le doy las gracias con una tímida sonrisa. Ni siquiera me atrevo a abrir las fotos. La Loreta de esas imágenes parece tan lejana...

—Gracias, Lucius. —Lo abrazo, sintiendo que quizá sea la última vez.

Aunque sea mi cuñado, ha sido como un hermano para mí desde que volvió con América. Me ha ayudado en todo momento y sé que cuidará como nadie de mi hermana, que seguirá viviendo bien por aquí.

—Ahora recoge tus cosas, porque nos iremos pronto —me avisa Kaan y vuelvo a mi habitación, donde cojo una de las maletas que quedaron y no solo ropa, sino cosas que quería tener y que, por las circunstancias, no tuve.

Por lo que supe, mi maleta se perdió y ahora solo tengo lo que hay en mi habitación. Encuentro mi antiguo cuaderno de sueños, el que tenía antes de comprar el nuevo para el viaje, y lo meto en la maleta sin leerlo. Ahora no es momento para eso. Solo necesito organizar mis últimas cosas y marcharme.

Sin embargo, cuando estoy mirando los zapatos cerca de la puerta, veo un sobre con mi nombre en el tocador que tanto usaba. Reconozco al instante la letra de América en el , y una sonrisa tonta se dibuja en mis labios. Beso el sobre y lo guardo en mi maleta. Este será mi recuerdo de mi antiguo hogar. Porque sé que cuando suba al coche, tardaré mucho en volver a casa, si es que vuelvo algún día.



Paso casi dos horas ordenando mis cosas, que, debido a mi cambio de gustos —ya que ya no uso ropa escotada—, ahora caben en una sola maleta.

Llevo mis cosas afuera y enseguida uno de los hombres de Kaan lo lleva todo al coche. Kaan y Lucius hablan en voz baja. Cuando me ven, interrumpen la conversación.

—Seguiremos hablando por teléfono; ahora me espera un largo viaje hasta encontrar algunos contactos en Italia —me dice Kaan, cogiéndome de la mano.

Lucius me mira.

—Sabes que te vamos a echar de menos.

—Yo también os echaré de menos. Ni siquiera he podido despedirme como es debido de mis sobrinos —confieso, con la voz entrecortada.

—Paige, Peter y Pilar te echarán de menos. América... aún más.

Esbozo una sonrisa triste y lo abrazo.

—Dale un beso a América y dile que la quiero mucho. Te llamaré en cuanto pueda.

Él asiente con la cabeza y se aleja.

—Cuídate, Loreta.

Llega la hora de irnos y, aunque sea plena madrugada, sigo mirando la casa, recordando mi última despedida. Todo era muy diferente. Antes me fui con una sonrisa, pero ahora siento una mezcla de tristeza y alegría. Porque ya no es seguro quedarme aquí, donde durante años llamé hogar, pero ahora tengo a mi lado al hombre que amo y me voy para vivir mi vida con él y con nuestro hijo.

Sé que es lo correcto. Sé que solo junto a Kaan tendré la paz y la seguridad que confío en que él puede darme.

—¿Vamos, pequeña?

Me vuelvo hacia él con una sonrisa triste en los labios y me despido de Lucius con un gesto, dejándole pensando en mi despedida de mi antiguo hogar.

Hasta algún día, Diamántia.



Capítulo 33

Kaan

Protegida

Estamos a pocos metros de la frontera de este reino. Al menos, no hemos tenido grandes problemas. Pedí que registraran todo el coche tres veces antes de partir.

Ha sido una despedida breve, pero Loreta está en silencio a mi lado, mirando por la ventana.

No podemos ver gran cosa, pues aún es de madrugada, pero creo que se está despidiendo de este lugar.

Creo que es importante para ella, pero no dejo de pensar en lo mucho que esta tierra le ha hecho daño. Si dependiera de ellos, ya estaría muerta. O peor aún: dando a luz a un hijo de Fortino.

Menos mal que su destino se cruzó con el mío y la saqué de ese camino. Fue completamente inesperado, pero al igual que a ella le cambió el destino, al mío también me lo cambió.

Yo, que me había prometido a mí mismo no volver a involucrarme con nadie después de Selim, ahora me veo hechizado por una joven que lleva a mi hijo en su vientre.

—Estamos llegando a la frontera, señor —informa el conductor.

Saco de mi bolsillo la carta con el sello real y se la entrego.

—Muéstralo. No nos registrarán.

Como era de esperar, el sello dice más que cualquier pregunta y las barreras se abren. Por fin estamos oficialmente en suelo italiano.

Aprovecho para llamar a Baran y me dice que enviará a alguien para resolver el «asunto del cadáver», y que Loreta y yo tomaremos un vuelo directo a Turquía.

—¡Parad, por favor! —pide Loreta de repente.

Todas las miradas se dirigen hacia mí, a la espera de instrucciones.

—Ahora. Paren el coche.

En cuanto el vehículo se detiene, ella abre la puerta y sale corriendo. Por un segundo, mi corazón se dispara, pero no... No está huyendo. Loreta se arrodilla en el suelo y empieza a vomitar.

Me acerco a ella y comprendo que son los síntomas del embarazo. Pensaba que estaba más delgada por el cansancio del viaje, pero en realidad es por nuestro hijo.

Le tiendo la mano para que la coja, pero ella la aparta.

—No quería que me vieras así.

—Tu cuerpo solo se está adaptando al embarazo, es normal estar así.

—Pero es asqueroso... —dice, avergonzada.

Suspiro, pensando de hecho en todas las cosas asquerosas con las que me he topado. La tortura de ayer fue mucho más repulsiva y apestosa. Sobre todo cuando el hijo de puta que ahora yace muerto en el maletero empezó a mearse de miedo.

—No sabes lo que es realmente asqueroso, pequeña —comento, serio.

—Kaan...

—Dame la mano —le ordeno.

Ella obedece mi orden y la llevo en brazos de vuelta al coche. Cojo un pañuelo del vehículo y la ayudo a limpiarse. Es un poco extraño que se avergüence de mí, pero, dándome cuenta de lo que hace, me alejo. Le doy una botella de agua y seguimos nuestro viaje.

Poco después, cambiamos de coche y nos dirigimos al aeropuerto privado. Loreta se ha encontrado mal durante todo el viaje y eso está empezando a preocuparme.

Cuando llegamos a Turquía, vuelve a encontrarse mal y es en ese momento cuando ordeno que traigan a un médico urgentemente a mi casa.

—Se acaba de desmayar después de vomitar todo el día. No me vengas con que solo es la maldita embarazo —le espeto en cuanto el médico cruza la puerta.

Me mira con esa expresión de quien ya ha visto mil casos iguales.

—Cuando pase el primer trimestre, se pondrá mejor. Créeme cuando te lo digo —responde el médico, como si recitara un manual.

—¿Pero hasta entonces seguirá así? ¿Sin comer?

—Le he recetado un medicamento que le ayudará con eso —comenta el médico con tranquilidad—. Por lo demás, solo queda esperar a la próxima consulta.

Empieza a recoger sus cosas con una calma irritante. Cuando se da la vuelta y baja las escaleras, me dan ganas de estrangularlo. Qué sensación de mierda no poder hacer nada para que ella se ponga bien.

En este momento, ella duerme plácidamente mientras yo estoy enloqueciendo, pensando en cómo se encontrará. Correr el riesgo de perderla por inanición es insoportable.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Allí encuentro a Fatma preparando la cena de esta noche, junto con las otras cocineras.

—Sí, señor Demir —dice una de ellas, llamando la atención de todas, que se detienen para atenderme.

—Necesito que preparen lo que más le gusta a Loreta. Busquen en Internet recetas estadounidenses o de Diamántia. Averíguenlo, porque quiero que esté listo para la cena de hoy.

Todas se limitan a asentir. No quiero explicaciones, quiero acción.

Así que me dirijo a mi despacho. Me late la cabeza por la tensión. Lo primero que hago es avisar a Zeynep de que Loreta ha vuelto. Sé que está enfadada con Loreta, pero creo que gran parte del problema se resolverá con una charla. Sin embargo, es una empleada de la casa, no una amiga. Necesito su ayuda o me volveré loco.

—Kaan, ella me ha dado la espalda y no me respeta... —responde por teléfono, bastante irritada.

—Pero lo hará. Créeme. Necesito que vuelva. Loreta está mal. Y yo estoy al límite.

Ella suspira al otro lado de la línea.

—Está bien. Voy para allá. Mañana estaré allí.

Veo que aún es temprano por la tarde y el sol sigue brillando ahí fuera.

—Si te doy una bonificación, ¿puedes venir hoy? Loreta está vomitando con mucha frecuencia por el embarazo y...

—¿Loreta está embarazada? —pregunta ella, asustada.

La verdad es que se me había olvidado decírselo. Mi mayor preocupación fue ir a buscarla después de que Baran me dijera dónde estaba. No le había dicho a nadie nada sobre el bebé que lleva dentro.

—Sí, y es mi hijo —afirmo—. Está en las primeras etapas y el médico dijo que es normal que tenga náuseas. —Resoplo, irritado—. Pero esa mujer no puede comer nada y se está consumiendo delante de mis ojos.

—Está bien. Enseguida estaré allí.

Entonces se corta la llamada. Unos instantes después, alguien llama a la puerta de mi despacho y me informan de que mi madre ha venido a comer.

Eso me enfurece un poco más porque sé muy bien que no ha venido sola. La acompaña la señorita Dafne. Me dirijo al salón y ella me saluda.

—Qué bien que hayas vuelto, hijo —dice mi madre, con ese tono dulce y forzado—. Por lo que me ha contado tu hermano, estabas de viaje.

—Sí, fue muy breve y... Estoy agotado y la mañana se me ha hecho larga —explico—. Si me lo hubiera avisado antes, habría cambiado la cita para otro momento.

—Lo entiendo. Pasábamos por aquí y por eso la señorita Sancar insistió en que os visitáramos.

Ella, como siempre, está sonriente y claramente ansiosa por intentar conquistar a uno de los Demir, pero si antes me consideraba

totalmente incapaz de mantener una relación, con Loreta quiero mantenerme alejado de cualquier otra mujer.

—Su casa es preciosa, señor Demir —comenta Dafne, con ese tono meloso que me empeño en ignorar.

—Entendido, pero... mi futura esposa me necesita —digo sin rodeos.

La reacción es instantánea. Mi madre abre mucho los ojos.

—¿Cómo que esposa, Kaan? ¿De quién estás hablando? ¿De esa extranjera...?

—De la madre de su nieto. Y antes de que pregunten, no voy a presentársela ahora. Se encuentra mal, indispuesta, y esta visita no estaba prevista —declaro, sin paciencia.

Siguen mirándome, inmóviles, dejándonos en un silencio incómodo. Probablemente estén asimilando la información, pero si tenían que enterarse de lo de mi hijo, que fuera por mí.

—Si tienen hambre, haré que les sirvan la comida. Ahora tengo que irme de verdad. Estoy muy cansado y no tengo tiempo. —Tomo la mano de mi madre—. La señora sabe dónde está la salida y aquí hay muchos hombres que podrán ayudarlas.

Me alejo de ellas y voy al encuentro de Loreta.

Lo único que importa ahora es ella, y necesito estar cerca. Cada minuto que paso lejos me cuesta mucho. Y cada segundo que ella sufre me destruye más por dentro.



Capítulo 34

Loreta

Amada

Me despierto en breves intervalos. No sé exactamente cuánto tiempo he dormido ni qué día de la semana es. Todo parece una nebulosa. Pero en todos esos momentos de semiconsciencia, él está ahí. Kaan. Siempre cerca, cuidando de mí como si fuera lo más preciado del mundo.

A veces, creo que estoy soñando. Nada parece real. Ni la habitación, que ya no es la misma de antes, ni el hombre que me coge de la mano.

El sol aún no se ha puesto y puedo ver los rayos filtrándose a través de la pesada cortina. Debería dormir más, pero la noche pasada viajando fue un tormento. Entre náuseas, escalofríos y recuerdos fragmentados, casi no pude cerrar los ojos del todo.

¿Comida? Solo de pensarlo, se me revuelve el estómago. Todo lo que intento ingerir, mi cuerpo lo rechaza con una violencia absurda.

—Loreta, ¿estás despierta? —su voz grave me llama con cuidado, mientras se sienta a mi lado.

—Sí, pero... estoy cansada.

—Tienes que tomarte esto —dice, tendiéndome un vaso con agua y una pastilla—. Y volver a comer. Este cansancio es debilidad.

Esbozo una sonrisa tonta. Intento sentarme en la cama, aunque siento que me tiemblan las piernas. Obedezco sin preguntar, porque, en el fondo, sé que está intentando ayudarme. Bebo el agua y me trago la pastilla. Él me observa todo el tiempo.

—Le pedí que te preparara todo lo que te gusta.

—¿Pero por qué?

—Quiero que te recuperes pronto. Tú y el bebé necesitáis fuerzas... ¿Cómo vas a dar a luz estando tan débil?

Entonces, el encanto se desvanece más rápido de lo que imaginaba. Tan simple como un castillo de naipes... Un dolor antiguo vuelve a invadirme.

—Me pondré bien, Kaan. Créeme —murmuro con firmeza, apartando la mirada—. ¿Me puedes decir dónde está mi teléfono?

Se levanta y se dirige a la cómoda. Me entrega el aparato con una expresión demasiado controlada.

—Solo tengo que advertirte que no debes usarlo para hacer fotos ni nada por el estilo...

—Ya me lo imaginaba —digo mientras deslizo el dedo por la pantalla. Abro la galería y, para mi sorpresa, todas las fotos siguen ahí.

Creo que están ahí por un milagro... Incluso la que hice la mañana antes de que mi vida diera un vuelco. Antes de esa fiesta,

del secuestro y de estar con Kaan, que es el padre de mi hijo.

Sí. Es solo eso. Kaan solo me quiere como esposa porque soy la que lleva a su heredero en el vientre y está intentando engañarme hablando de matrimonio. Ha vuelto a pasar. Una vez más he entregado mi corazón y, de nuevo, lo está pisoteando. Esto duele. Solo de pensar en la cruda realidad, se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Por qué estás llorando? —pregunta él, preocupado.

—No es nada —miento.

—Claro que sí. Dímelo. Si es la foto de alguien que te ha hecho daño, dímelo ahora.

—No es eso, Kaan —le respondo, con voz temblorosa.— Solo... quiero estar sola.

Él resopla, frustrado.

—Eso no lo voy a hacer. No estás bien y no te voy a dejar así.

—Me pondré mejor —afirmo entre sollozos—. Si lo prefieres, puedes enviarme a otro país lejos de esta guerra, después de que nazca el bebé.

—Loreta...

—No quiero seguir con este matrimonio si es solo por el bebé.

En ese mismo instante, se queda quieto y me mira, apático.

—¿De dónde has sacado eso, Loreta? —pregunta con firmeza—. ¿Que he hablado de matrimonio por el embarazo?

Me seco la cara.

—De ti mismo —replico—. Solo has hablado del nacimiento del bebé. Está claro que no me correspondes. Solo has insistido en traerme por eso... No quiero, Kaan. No soporto que me trates como

si solo fuera un vientre para tu heredero. Me duele mucho saber que solo piensas en mí así, cuando sé que ya has oído lo que siento por ti.

Él me mira, en silencio. Un silencio denso, duro, casi doloroso. Me seco la cara, intentando mantener algo de dignidad, aunque tenga el corazón hecho pedazos.

—¿Se acabó? —pregunta, con firmeza.

—Vete, Kaan —susurro, derrotada. Pero sé que no se va a ir.

Se acerca. Sus ojos arden con algo entre furia y dolor.

—Ahora me toca a mí hablar, e incluso repetir lo que te dije en Diamántia.

Me gira hacia él.

—¿De verdad crees que fui a ese lugar donde te querían muerta solo por culpa del niño? ¿Que hice todo lo que hice solo para tener a una maldita madre de alquiler en mi casa?

Sonríe con sequedad, sin humor.

—Ya he matado por ti, Loreta. Y lo volveré a hacer, sin dudarlo, si alguien se atreve siquiera a pensar en hacerte daño. Iría hasta el infierno y volvería quemado, si eso significara mantenerte con vida. Y no... No es por el bebé. Es por ti. Siempre ha sido por ti.

Me roza el brazo con los dedos, y su tacto es firme, casi reverente.

—¿Amor? —repite la palabra con una mezcla de desprecio y dolor—. Hace mucho tiempo que no entiendo esa palabra. Porque la última vez que la sentí, me la arrebataron junto con un hijo que ni siquiera sabía que existía.

Su voz se quiebra por un segundo.

—Pero lo que siento por ti es más intenso, visceral y destructivo que todo lo que he vivido en mi vida. Obsesión podría

ser la palabra, pero lo que mejor encaja es el hecho de que me has hechizado por completo, chica.

Su voz baja y ronca me atraviesa.

—Desde el día en que te vi en el baño, lista para atacarme con un gancho, solo puedo pensar en ti. Solo tengo un deseo: tenerte a mi lado.

Se agacha ante mí, quedando a la altura de mis ojos, y me sujeta la cara entre sus grandes manos, con la mirada clavada en la mía.

—Ah, Loreta —murmura con voz ronca—. Si no estuvieras tan débil ahora por culpa de nuestro hijo, te follaría en nuestra cama, muy despacio y sin prisas, porque es aquí donde te quiero.

Me besa el cuello lentamente, con una mezcla de adoración y posesividad, antes de posar la mano sobre mi vientre.

—Te marcaría como mía, solo para que dejaras esa estúpida idea de que es solo por el bebé que está creciendo aquí.

Sus ojos se oscurecen aún más.

—Pero voy a esperar tu momento. No por lo que tú piensas, sino porque te mereces más. Te mereces saber exactamente lo que despiertas en mí.

Y entonces me besa. Sus labios se apoderan de los míos con una intensidad que me deja sin aliento. Es un beso que dice todo lo que él no puede verbalizar. Y, por Dios... Cómo desearía ser más fuerte para rendirme, por completo, a los brazos del hombre al que amo.

—Ahora tienes que comer, y no te preocupes, yo seguiré cuidando de ti, pequeña.

Me da otro beso en la frente y se aleja, diciendo que tiene que resolver algo en la oficina.

Me quedo allí unos minutos, mirando al techo, tratando de entender todo lo que acaba de pasar. Lo que he oído. Lo que he sentido. Lo que me arde en el pecho ahora.

Kaan... ¿De verdad ha dicho eso?

Confieso que me siento ardiente por dentro. Por primera vez en días, quizá semanas, siento que todavía existe un *«nosotros»*. Que, incluso con este bebé creciendo dentro de mí, él me ve. No solo como madre de su hijo, sino como mujer. Como alguien a quien desea a su lado.

Me ha dejado solo una galleta. Ahora estoy con el móvil, dando gracias al cielo por poder enviar un mensaje a mi hermana. Por desgracia, no está conectada, y por eso me levanto y voy a la maleta a buscar el recuerdo que me dejó.

Sonrío al abrir el sobre sellado con el sello real de Diamantia.

Lo abro con cuidado. Lo primero que encuentro es una tarjeta de crédito; solo puede ser de Lucius. Probablemente me hicieron un duplicado porque sabían que podría necesitarlo. Lo han pensado todo.

Me tiemblan los dedos al desplegar la carta. Y al empezar a leerla, ya no puedo contener las lágrimas.

«Para mi querida hermana Loreta Feitag.

He pensado en muchas formas de escribir esta carta, y lo hago entre lágrimas porque sé que tardaré mucho en volver a ver tus hermosos ojos.

¿Cómo despedirse de a quien se ama? Es difícil. Tú eres mi familia. Aunque seamos hijas de padres diferentes, eso nunca importó. Siempre hemos sido nosotras dos. Y pensábamos que sería así para siempre...

Hermana mía, me quedé devastada cuando supe de tu desaparición, pero Lucius y yo nos dimos cuenta de que había algo

mucho más grande detrás. Catherine[9] me contó que vio a gente celebrando lo ocurrido, y eso me dejó destrozada.

Cómo me hubiera gustado pasar más tiempo contigo y que nunca hubieran sabido nada de tu padre... Pero, por desgracia, sucedió y se causó todo ese dolor, así como un clima de peligro que se cernió sobre nuestra tierra.

Pero no todo fue malo. Vi muy poco a Kaan, pero pude darme cuenta de que lo que siente por ti es muy intenso y verdadero, teniendo en cuenta los muchos amores que ya he visto nacer. También creo que, aunque esté metido en negocios turbios, podrá cuidar de mi sobrino y de mi hermana soñadora, a quienes tanto voy a echar de menos.

Pero, como tu hermana, me sentí obligada a darte algo que nunca has tenido desde que te llevaron: seguridad.

Si algún día te falta algo, si ya no te sientes bien a su lado, usa la tarjeta que te dejé. Vete, si es necesario. Y avísame adónde has ido. Ya sea por carta, por teléfono, como puedas. Espero, de verdad, que estés bien. Y que guardes este sobre con cuidado.

Me gustaría decirte que eres bienvenida aquí, pero, por desgracia, aunque te quiero, preferiría verte en otro lugar y en otro momento. En tiempos mejores.

¡Con mucho cariño!

Princesa América Feitag Stell»

Aprieto el papel contra mi pecho y lloro en silencio. Yo también hubiera querido que todo hubiera sido diferente, y justo en ese momento se abre la puerta.

Zeynep entra con una bandeja en las manos. Cierra la puerta con cuidado y me mira, serena, como si sintiera que algo ha cambiado dentro de mí.

—Buenas noches, Loreta —dice con amabilidad.

Sabía que este momento llegaría... pero no esperaba que fuera tan pronto.



Capítulo 35

Loreta

El pasado.

—¿Necesitas ayuda para comer, Loreta? —me pregunta Zeynep, con una frialdad que no es propia de ella.

Se me oprime el pecho. Esa no es la misma mujer que me cuidó con tanta dulzura cuando apenas podía vivir sin ayuda. Es muy probable que esté así porque me escapé.

A pesar de todo, no me arrepiento. Estaba muy mal, ignorada por Kaan y sola en este lugar. Pude ver a mi hermana y eso valió mucho la pena.

—No —respondo con calma, intentando no demostrar lo mucho que me duele esto—. Creo que puedo.

Camino hacia la mesa, pero no sin antes guardar la carta de América entre mi ropa. Esta es mi seguridad y nadie puede saber lo que es.

Zeynep coloca la bandeja delante de mí y encuentro un sándwich con patatas fritas que supongo que forma parte del pedido que Kaan me hizo antes. Un pequeño gesto que me arranca una sonrisa.

—El padre de tu hijo está haciendo todo lo que tú quieres... —suelta Zeynep, seca, casi en un tono que roza la burla.

Ay, no, otra persona que me odia. No necesito eso.

—Zeynep, te debo...

—No me debe nada, señora —me interrumpe con firmeza, sin siquiera mirarme a los ojos.

«Señora». No, Loreta.

Ya está. Ahora hay una barrera entre nosotras y quizá, por culpa exclusivamente mía, nunca más se derribe.

—Déjame hablar. Yo... sé que para ti estuvo mal, pero...

—¿Quién te ayudó a escapar? Porque hasta ahora no he entendido cómo conseguiste salir de aquí e ir a Diamántia.

Suspiro, sintiendo cómo se me hace un nudo en la garganta.

—Loreta, no has valorado nada de lo que hice por ti. Te cuidé como nadie lo haría y elegiste traicionar mi confianza...

—Tienes razón —digo, levantándome—. Lo siento. Sé que estás enfadada, pero... necesitaba volver a casa.

—Lo necesitabas tanto que volviste a dormir en la cama de Kaan.

—¡Déjame explicarte primero, Zeynep! —le pido, alzando la voz, pero sin agresividad—. No huí como estás insinuando. Yo... —Cierro los ojos, pensando. —¿Te acuerdas de que Kaan me odiaba por e se enteró de lo de mi padre y de que me pasaba todos los días en la habitación durmiendo y llorando? Tú misma dijiste que necesitaba ayuda y yo estaba de acuerdo con eso. Necesitaba a mi hermana y por eso fui allí.

—¿Por qué no me contaste lo de tu relación con Kaan?

Cierro los ojos un segundo antes de responder:

—No fue una aventura —declaro—. Fue solo una vez... No imaginaba que me quedaría embarazada. Ocurrió mientras tú estabas de viaje y después... creo que recuerdas lo que pasó y el caos que se formó —confieso—. Pero me enamoré de él y Kaan me dijo que también siente algo por mí.

Me levanto, tomándole la mano.

—Siento no haber dicho nada, pero...

Cierro los ojos un segundo antes de que ella continúe: —¿Quién te ayudó? Porque no habrías podido escapar sola.

Aprieto los labios.

—No puedo decirlo. Esa persona me ayudó en un momento de desesperación. Fue un acto de bondad...

—Si no lo dices, me voy ahora mismo, si es que eso te importa.

—Claro que importa —afirmo—. Fuiste la primera persona en pensar en mí y... sé que crees que lo que hice estuvo mal, pero necesitaba encontrarme a mí misma. Ya no podía soportar seguir encerrada en esa habitación por algo que no había hecho. Lo siento mucho por la señora Selim, pero yo no tuve la culpa de tener un padre que...

—¿Sabías que era mi prima?

La información me sorprende.

—Ella y yo trabajábamos juntas. Kaan nos ayudaba y yo continué su legado cuidando de mujeres que habían pasado por situaciones de trata de personas. Aprendí de ella a cuidar de mujeres vulnerables que no podían confiar en nadie.

—Por favor, perdóname...

—¡Dime quién fue, Loreta!

Suspiro.

—Está bien, fue Fatma. Pero no la eches. Ella solo me ayudó.

Ella niega con la cabeza.

—Kaan tiene que saberlo.

—No. Ella no...

Entonces, se fija en la comida de mi plato.

—¡Dios mío, esto tiene romero en el pan y canela en el aderezo de las patatas!

—Pero forma parte del aderezo, ¿eso es malo?

—Claro que sí. Son mezclas peligrosas para las embarazadas. Pueden provocar un aborto.

—¿Qué?

—Lo peor es que sé muy bien por qué lo has hecho y Kaan tiene que saberlo ahora mismo para resolver este problema.

Zeynep se va y yo me quedo paralizada. Mi corazón se acelera al pensar que estuve a un paso de hacer daño a mi propio hijo sin siquiera saberlo. La culpa me invade como una ola pesada.

Poco después, sus gritos resuenan por toda la casa. Se me oprime el pecho. Está actuando por mí. Intento no escuchar, pero es imposible ignorarlo. Entonces, de repente, la puerta se abre de par en par.

Kaan entra con los ojos echando chispas.

—¡Di lo que sabes que quiero oír, Loreta! —exige.

Trago saliva.

—Fue Fatma quien me ayudó a huir. Ella... Ella nunca me ha tenido cariño, eso estaba claro. Pero juro que nunca pensé que fuera

capaz de...

—Lo pagará... —dice él, cortante.

—¡No! —Me levanto instintivamente, apoyándome en el respaldo del sofá—. Ella solo me ayudó porque se lo pedí. La culpa es mía.

Su mirada me atraviesa.

—Una cosa fue traicionar mi confianza y ayudarte en tu loca huida, y otra muy distinta es intentar matar a mi hijo. Eso no quedará impune.

Entonces, él se marcha y me deja atrás. Me pongo algo rápidamente y lo sigo. Sin embargo, en los primeros escalones, empiezo a sentirme mareada y creo que es por la debilidad de llevar tanto tiempo sin comer prácticamente nada.

—¡Loreta, cuidado! —grita Zeynep, pero parece que el mundo se desvanece bajo mis pies. Entonces, todo se vuelve oscuro.



—¡Loreta, despierta!

La voz de Kaan me devuelve a la realidad. Estoy tumbada en el sofá del salón y sus ojos están llenos de una preocupación que no sé si merezco.

—Hola... —murmuro, confundida. Todo vuelve como un golpe. Entonces, los recuerdos regresan. —Kaan, ¿no habrás hecho lo que...?

—Hice lo que era necesario y no vamos a hablar más de eso —afirma, dejando claro que no volveremos a hablar del tema—. Ya

te he dicho que eres mi prioridad y eso no ha cambiado ni va a cambiar.

Trago saliva, asimilando cada palabra. Una parte de mí todavía quiere creer que Fatma solo fue una pieza en medio de todo esto, pero la verdad me acorrala.

—Pero, Kaan, ella solo me ayudó y... probablemente perdió la vida por eso —susurro.

—Solo para que te quede claro, Fatma nunca fue bondadosa —me interrumpe—. Actuaba bajo las órdenes de mi madre. La misma que no acepta el hecho de que te haya elegido como mi esposa. Así que no te engañes, Loreta. Ella no hizo nada para ayudarte, solo quería deshacerse de ti.

—Ella... ¿Tu madre quería que perdiera al bebé? ¿Que me fuera?

—Las relaciones con extranjeros no están muy bien vistas. Ella cree que solo estoy contigo por el niño y que, sin eso, me libraría fácilmente de este compromiso. Pero se equivoca. Tú serás mi excepción y yo cumplo lo que digo.

Kaan me atrae hacia sus brazos y, por primera vez, no me resisto. Ahora todo tiene sentido. Fatma no me ayudó por empatía o lealtad. Me entregó, me empujó a los brazos de la muerte, y yo fui demasiado ingenua para darme cuenta antes.

—A ella nunca le gustó la presencia de Loreta, Kaan —añade Zeynep, acercándose—. Recuerdo haberla oído decir cosas horribles sobre ella en la cocina con las otras cocineras.

—Decía algo en turco que yo no entendía, pero me parecía que eran insultos.

—Te llamaba «prostituta de lujo» y otras cosas que prefiero ni repetir.

—¿Por qué nunca me lo contaste antes? —pregunta Kaan.

—Porque antes no era importante —responde Zeynep—. Y Loreta tenía fecha para marcharse.

Él asiente con la cabeza y me da un beso suave en la frente.

—Ahora ya no es así.

Y en ese instante, comprendo que, a pesar de todo lo que hemos perdido, quizá por fin haya encontrado algo que siempre he deseado: verdadera protección.

Capítulo 36
Kaan
El futuro

Dos meses después.

—Me mira de forma extraña y... me da escalofríos —me susurra Loreta al oído, con voz temblorosa mientras me aprieta la mano debajo de la mesa.

Alzo la vista lentamente, sabiendo exactamente de quién está hablando. Baran. Claro que es él. Sentado al otro lado de la mesa, relajado, con esa maldita sonrisa en la comisura de los labios.

Sabe que ella se siente incómoda, y por eso está haciendo esto. Para ponerla a prueba y medir sus reacciones. Baran nunca pierde el tiempo con quien no le importa. Si está provocando a Loreta es porque ya ha entendido que ella tiene algún valor.

—Simplemente ignóralo —respondo, sin apartar la mirada de él—. Baran te está poniendo a prueba. Cuanto más demuestres que te afecta, más te presionará.

—¿Cómo conseguiste crecer a su lado? Debió de ser una pesadilla —replica ella, aún en un susurro, tratando de disimular.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Hay dolor en mi respuesta silenciosa. Porque sí, fue una pesadilla. Y no quiero eso para mi hijo. Pero será inevitable. Nacerá llevando el mismo nombre, la misma sangre. Será un Demir.

—Mejor no hablemos de eso, Pequeña.

La mesa está llena. La tensión camuflada en risas contenidas y saludos formales. Todos esperan la llegada de nuestro padre. Mi madre ya está aquí, impasible como siempre. Cem también, con su

rostro indescifrable. Miembros importantes de Demir Yemin y d[10] n ocupan sus lugares con precisión. El consejero de Baba ocupa su posición de siempre, como una sombra de la autoridad que aún se cierne sobre todos nosotros.

Pocas mujeres han sido autorizadas a asistir a esta cena. Solo las esposas de las familias más cercanas, mi madre y... Loreta. Cem nunca trae a nadie. Y Baran nunca se atrevería a traer a una de sus acompañantes a este tipo de reunión. Incluso él entiende los límites. Bueno, cuando le conviene.

Es probable que a algunos les moleste verla aquí, sentada a mi lado como si ya formara parte de este mundo. Pero ella está presente porque yo la he puesto aquí y ahora… tendrán que aceptarla o lidiar conmigo.

Loreta me coge la mano con delicadeza, como si buscara mi fuerza, pero en realidad soy yo quien necesita la suya.

—Voy al baño —susurra, y yo asiento con la cabeza.

Aquí, dentro de la propiedad de la familia, el ambiente está controlado. Sé que estará segura paseando por los pasillos.

Gracias a Alá, sus náuseas han pasado, pero han sido noches prácticamente en vela cuidándola. Zeynep y yo, ya que hubo momentos en los que tuve que ausentarme, pero siempre supe de cada detalle y nada pasó desapercibido.

Ahora está mejor, está ganando peso y recuperando su brillo. De hecho, incluso ha engordado un poco más desde que pedí que prepararan algunos platos típicos de Diamántia, ya que me di cuenta de lo mucho que echaba de menos el sabor de casa. ¿La ironía? A mí también me ha acabado gustando. ¿Acaso en ese reino de hipócritas al menos la comida tiene valor? Hasta yo lo estoy disfrutando.

Seguimos como monjes en la cama, pero cada maldita mañana me despierto con ganas, deseándola más de lo que debería, e indiferente a ello, sigo esperando su momento.

—Hijo, ¿de verdad has traído a esa mujer a la mesa de tu padre? —La voz de mi madre corta mis pensamientos como una daga.

Me giro lentamente, manteniendo el control, y ella aún se acomoda en la silla de Loreta.

—Ya te lo he dicho —digo, seco—. Loreta será mi esposa. Y por poco no rompo todos mis lazos con usted por lo que intentó hacer a través de Fatma.

—¡Pero yo no le ordené que hiciera eso! —se defiende, indignada—. Siempre quise un nieto. Solo esperaba que tuviera… nuestros valores.

—Y los tendrá. Se criará aquí, con nuestros principios —afirmo—. Pero también aprenderá sobre la cultura de su madre. Será de ambos mundos. Y será más fuerte por eso.

Mi madre suspira, pero no discute. Sabe que esta vez no hay fisuras para manipular mi destino. Y yo no permitiré que nadie, ni siquiera ella, interfiera en a quién he elegido amar.

—Señora Nazan —la llama Loreta y ella se levanta.

Hago lo mismo, ayudando a mi Pequeña a sentarse. Poco después, aparece mi padre y, en ese mismo instante, siento que Loreta me aprieta la pierna debajo de la mesa, pero sé que mi padre tiene un aura mucho peor que la de mi hermano.

Se sienta y solo entonces se sirve la cena. En medio de la comida, se toman decisiones, y como la mayoría se dice en turco, Loreta no logra comprender sus órdenes de muerte y represalias. Baran se queja de que está perdiendo una de sus zonas de tráfico de drogas y se la está cediendo al hijo consejero de nuestro padre.

—Pero Baba, ya lo tenía todo preparado y conozco a todos los intermediarios y traficantes que...

—Tendrás una nueva ocupación y necesitarás tiempo.

—¿Cómo es eso? ¿Cuáles son tus planes para mí? —pregunta mi hermano.

Lo que dice Baba, en un tono bajo y cotidiano, puedo decir que... tiene el poder de desencadenar una guerra. Baran se indigna ante la respuesta de nuestro padre, pero por respeto a él, no se levanta de la mesa; sin embargo, conozco su mirada. Está completamente furioso y sé que solo hay una forma de calmarlo.

—Loreta, en cuanto terminemos aquí, tendré que dejarte en casa y salir con mi hermano —le aviso, en inglés, en voz baja.

Ella solo niega con la cabeza y, un poco más tarde, la reunión termina. Sin embargo, antes de irnos, mi padre me llama y sé que es para que conozca a Loreta.

—¿Tú vas a ser mi nuera? —pregunta, en inglés, con esa mirada que te atraviesa los huesos.

Loreta se queda sin palabras, y por eso decido intervenir:

—Sí, papá. Se llama Loreta Feitag.

—Que tiene parientes en ese reino al norte de Italia. Diamántia —comenta—. Son preciosas las piedras de esa tierra.

—Sí, señor... —empieza a decir Loreta.

—Puedes llamarme Baba, jovencita. Formarás parte de la familia incluso antes de que nazca este niño —informa mi padre—. ¿Cómo van los preparativos para la ceremonia? No necesitamos mucho.

Suspiro.

—Estamos tramitando los documentos.

—Habla con Baran, él se encargará de eso. Pero hazlo pronto, porque necesitamos que el niño nazca con tu apellido.

—Sí, Baba.

—También quiero que averigüen pronto el sexo de mi nieto. Tenemos que organizarnos para el primer Demir de la nueva generación.

Entonces él se aleja y yo aprovecho para salir delante con Loreta.

—Da más miedo que su hermano —comenta.

—Lo sé, pero antes de que Baran meta la pata, tengo que ponerte a salvo.

Me subo al deportivo en el que vine con ella y me dirijo rápidamente a mi casa. Por el camino, veo un mensaje de Baran.

Baran: Ven solo a mi casa y trae tu arma. He descubierto algo que nos va a gustar a los dos.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunta ella, preocupada.

—Te lo cuento más tarde.

Entramos en casa y lo primero que le digo es que se vaya a su habitación. Voy a mi caja fuerte y cojo una de mis armas, y es en ese momento cuando la veo.

—¡Dios mío! ¿Qué va a pasar? —pregunta ella.

—Todavía no lo sé, pero quiero que tú y nuestro hijo estéis aquí, a salvo en esta casa. Hay hombres por toda la casa y puedes llamar a cualquiera si necesitas ayuda. ¿Entendido?

Ella se queda parada en la puerta.

—Kaan, tengo un mal presentimiento...

—Loreta, ahora no es el momento —le digo, mientras coloco las balas en el cargador—. Aunque hayas recibido una revelación divina, tengo que irme.

Entonces, de repente, me abraza.

—Por mí no te irías... Siento que algo va mal.

—Tendré cuidado —afirmo.

Loreta me besa, como si intentara detenerme, y yo me rindo en sus brazos. Le aprieto el trasero, levantándole el vestido y permitiéndome sentir su cuerpo pegado al mío. Oigo sus gemidos contra mi boca y es suficiente para volverme loco.

Sus dedos van desabrochando los botones de mi camisa y aprovecho para bajarle el vestido, dejando al descubierto sus pechos, que son más bonitos que en mis recuerdos.

La cojo en mis brazos y la coloco sobre la mesa, entre las balas que aún no había guardado. Le quito el resto de la ropa como si estuviera desnudando algo sagr . Cada centímetro de ella es mi adicción. Y cuando la veo completamente desnuda, me obligo a respirar.

—No tienes ni idea de lo guapa que eres...

Ella sonríe con timidez y se levanta, apoyándose en mi hombro.

—Pero soy solo tuya, Kaan.

—Sí —murmuro contra su piel—. Completamente y irrevocablemente mía.

Me arranco de una vez lo que queda de mi ropa y me acerco como un hombre hambriento. Mis labios comienzan en su cuello, deslizándose por la curva de su hombro hasta llegar a sus pechos.

Chupo uno de sus pezones lentamente, sintiendo cómo sus dedos se entrelazan en mi cabello. Su respiración se entrecorta al pronunciar mi nombre y ese sonido basta para ponerme más duro de lo que ya estoy.

Presto atención al otro pecho mientras mantengo la mirada fija en la suya, que está cargada de deseo.

Bajo la boca por su vientre, que aún no ha cambiado mucho con el embarazo, pero que lleva lo que tengo más preciado. Entonces le levanto las piernas, abriéndolas para mí, y voy besando su muslo hasta llegar a su coño.

¡Joder! Hasta el olor de Loreta es adictivo. Paso la lengua lentamente por los labios de su coño antes de sumergirme en él como un hombre sediento, encontrándola húmeda para mí. Chupo con calma al principio, arrancándole gemidos altos de la boca. Me encanta escuchar lo mucho que me desea.

Le meto dos dedos dentro, despacio, follándole la entrada con el ritmo que sé que la vuelve loca. Ella gime más fuerte y empieza a pedir más. Le hago caso, pero a mi manera y sin prisas.

La hago correrse con fuerza, temblando por todas partes, jadeando, agarrándose a la mesa como si el mundo fuera a acabarse.

—Esto es solo el principio, pequeña —le advierto, con voz ronca—. He esperado mucho para follarte y no voy a parar ahora.

—Te quiero, mi amor —dice ella, levantándose.

La sujeto por la cintura, atrayendo su cuerpo contra el mío. Nuestros labios se encuentran en un beso ardiente, lleno de todo lo que sentimos y aún no hemos podido decir en voz alta.

Siento su mano deslizarse por mi pecho hasta llegar a mi polla. Me toca con cierta vacilación y yo la guío, mostrándole cómo me gusta.

—Hasta me apetece sentir tu boca en mi polla, pero no tengo tanta paciencia, pequeña.

Ella entiende lo que quiero e intenta guiarme hacia dentro de ella. Se me escapa una sonrisa torcida al ver su torpeza. Tomo el control, como siempre, y la penetro lentamente, sintiendo cómo cada centímetro de su cuerpo me envuelve a la perfección.

Gimió los dos. Es imposible contenerse.

—Me vuelves loco, Loreta.

—Hazme tuya, Kaan. Solo tuya.

Mi autocontrol se va al carajo mientras ella me suplica. Aumento la intensidad y las embestidas, sujetándola con fuerza.

Esas palabras acaban con lo que me quedaba de autocontrol. Le agarro la cintura con fuerza y empiezo a penetrarla con más intensidad, más profundo con cada embestida. Su cuerpo responde al mío como si hubiera sido hecho para eso... Porque sé que lo fue.

Salgo de dentro de ella solo para ponerla boca abajo sobre la mesa. Beso su espalda lentamente y le abro el culo, tras lo cual le chupo el ano con gusto antes de dejar que mi lengua juegue con su entrada.

Los gemidos de Loreta son lo que más me engancha. Por eso, no me resisto y vuelvo a follarla con fuerza. La atraigo hacia mi cuerpo y le aprieto los pechos mientras la penetro cada vez más profundo, hasta sentir que el clímax me invade. La sujeto con fuerza y la agarro por la cadera, dejando todo mi semen dentro de ella.

—Eres mi adicción, Loreta. No lo olvides nunca.

Ella sonríe y se gira hacia mí, besándome. Me permito rendirme a sus labios, dándome cuenta de que, aunque la llame adicción, locura y obsesión, ella es mucho más que eso.

Joder, no sé cuándo, pero me he enamorado de esta mujer. La bruja que me ha hechizado y que me tiene como rehén solo de ella. Por Loreta, podría olvidarme del mundo y pasar todos mis días eternamente en sus brazos.

Toc, toc.

—¡Ay, no! —susurra ella, asustada.

Me alejo de ella y cojo el teléfono; veo el nombre de Baran parpadeando en la pantalla. Joder, debe de estar furioso, pero tengo

que contestar.

—¿Dónde estás, Kaan? Espero de verdad que estés en la carretera.

Suspiro profundamente.

—Tenía... —no hay forma de decirle por teléfono lo que estaba haciendo— unos asuntos que resolver, pero voy de camino y llevo mi arma.

Cuelgo y empiezo a vestirme. Veo que Loreta también se viste, despacio, como si cada prenda fuera una despedida. Cojo sus braguitas y se las entrego, pero me doy cuenta de que está triste y evita mirarme.

—Loreta—, la llamo, acercándome—, créeme cuando te digo que voy a volver contigo y con nuestro hijo.

Ella me mira con los ojos llorosos.

—Kaan...

La atraigo hacia mí. Le seco una lágrima de la cara con el pulgar.

—Antes de que acabe la noche, estaré en nuestra cama. Te lo prometo. Sabes que siempre cumplo mis promesas. ¿Verdad?

Ella asiente, pero sigue triste.

—Dímelo —le exijo.

—Siempre cumples tus promesas.

—Espérame en ropa interior, porque vamos a continuar lo que empezamos en mi despacho.

Ella esboza una sonrisa triste y la beso con ternura y deseo, con todo lo que tengo. No quería irme, pero... es necesario. Así que me alejo y cojo mi chaqueta.

—Ahora tengo que irme y tú vete al dormitorio. Descansa y espérame allí.

Ella me agarra del brazo. Me detengo y la miro fijamente.

—Volveré, pequeña.

Solo entonces me suelta y salgo, para resolver lo que sea que Baran desee.



Capítulo 37

Kaan

Bailando bajo la lluvia

Lo cierto es que preferiría mil veces estar follando con Loreta en nuestra cama que aquí, en plena noche, al lado de mi hermano, que conduce con los ojos inyectados en sangre y la mandíbula apretada.

Baran está cabreado. Más de lo que le he visto en los últimos años. Cuando se pone así, solo hay una salida: la violencia. Y de la forma más macabra posible. Llevamos más de quince minutos en silencio en la carretera, desde que llegué a su casa y él me esperaba en su coche, pero solo ahora me decido a preguntar:

—¿Adónde vamos?

Él suelta una risa burlona.

—Para alguien que estaba dándolo todo hace unos minutos, estás muy tenso, hermano.

Pongo los ojos en blanco.

—Baran...

—Relájate —dice, con esa sonrisa torcida y cruel—. Te va a gustar ver a quién me he encontrado.

Giro la cabeza y miro su perfil. Esa mirada de psicópata tranquilo que solo él tiene cuando está a punto de matar a alguien.

—¿La mujer o el hombre?

—El hombre —responde secamente, casi gruñendo—. Si es que eso merece llamarse así.

Se me revuelve el estómago.

—¿Fortino? ¿Cuándo?

Él sonríe. Una sonrisa de satisfacción, casi divertida. El tipo de sonrisa que anuncia la muerte.

—Hoy. —Sonríe, mirándome de reojo. —Fue mi regalo después de la mierda que Baba me está obligando a hacer y que tendré que aceptar.

Suspiro, previendo ya el infierno.

—No quiero hablar de esa mierda ahora, Kaan —me interrumpe—. Solo quiero ver a un cerdo sangrar como se merece, y tú lo sabes.

Entonces se queda en silencio. Uno de esos que presagian que la noche será muy larga y se teñirá de mucha sangre...

Porque si hay alguien que se merece sufrir, ese es Fortino. Puede que empiece entreteniendo a Baran con sus cuchillos de colección, pero quien acabará con él… seré yo.



Nos detenemos frente a una casa aislada en un prado desierto, muy diferente de aquel antro asqueroso donde intentamos encontrarlo por primera vez. Esta tiene una fachada de clase media-alta, con un aspecto que podría decirse que es respetable. Como dije, podría.

Pero no nos engañamos. Los coches negros aparcados y nuestros hombres apostados en puntos estratégicos delatan que algo va a pasar ahí dentro, y que se necesitarán varias personas para arreglar el desastre.

Baran va delante, coge una bolsa de lona negra y también su arma, que lleva dentro. Yo también bajo, con la funda ya ajustada bajo la chaqueta. Es hora de ver qué tenemos hasta ahora.

—Dime qué han hecho —exige Baran al acercarse a uno de los nuestros.

—Está en el segundo piso. Creemos que hay dos mujeres con él y... está entretenido con ellas. Aún no se ha dado cuenta de que la casa está rodeada.

—¿Han buscado salidas por las que pudiera escapar? —pregunta secamente.

—Sí. La salida trasera, que lleva a la cocina, ya está cerrada. Y reforzada.

Baran me lanza entonces esa sonrisa torcida, la misma que aparece cuando algo muy perverso se le pasa por la cabeza. Empieza a silbar *Singin' in the Rain*[11] , la maldita canción que siempre usa antes de un baño de sangre. Y yo lo sé: no hay nada de agua de lluvia en sus planes.

Camina hacia la puerta de la casa como si fuera el dueño de todo, y en cierto modo, lo es. Será el próximo Baba y, sumando la rabia que está sintiendo, sé que está listo para hacer que el mundo sangre y arda.

Yo también quiero eso, pero no con la misma intensidad que mi hermano. Me encargaré del hijo de puta que se atrevió a querer a mi mujer y a comprarla. El primero ya pagó, ahora le toca a él.

—¿Vamos? —pregunto.

—Solo dos minutos, todavía falta un miembro que estaba... un poco ocupado.

Miro hacia la carretera y veo un coche acercándose. Cuando se acerca más, reconozco a Cem. También viene armado… pero sus ojos delatan lo que siente. Está aterrorizado.

—Todavía es muy joven, Baran —digo, aun sabiendo que no tengo ningún poder contra la decisión de mi hermano mayor.

—Ya se está acostumbrando —declara, indiferente.

Cem se acerca. De cerca, queda claro: está temblando como una hoja. Mierda. Eso me preocupa más de lo que quería admitir.

—Aún puedes volver al coche, Cem... —le advierto en voz baja.

—Ha aprendido a disparar y ha afrontado su primera muerte, Kaan. Es hora de que conozca una verdadera lluvia de sangre —interrumpe Baran, como si fuera lo más normal del mundo.

Antes de que pueda decir nada más, oímos un disparo en el piso de arriba. Baran ya se pone en marcha, en modo caza. Tiro de Cem hacia mí.

Joder. No está preparado. Esto va a ser un desastre y ahora no solo voy a meterme en este infierno. Además, tendré que cuidar del benjamín de la familia mientras tanto.

—¡Estate atento, Cem! —le ordeno entre dientes, con firmeza.

Asiente con la cabeza, pálido.

Ahora sé que, además de meterme en esta jodida casa, voy a tener que vigilar al benjamín de la familia. Al fin y al cabo, a Baran solo le importa su sangrienta caza.

Subimos las escaleras y se oye cómo la música de fondo se vuelve más alta. Es una zona enorme en la que podemos ver a algunas mujeres vestidas solo con ropa interior, como vimos en la otra casa. Algunas están embarazadas, pero sabemos que ninguna de las que están aquí quería estarlo realmente. Están atrapadas por haber sido compradas como objetos por ese desgraciado.

Les hago una señal de silencio cuando Cem se interpone en mi camino.

—Vamos, joder —le digo en voz baja, pero él está fijándose en una de las mujeres.

—Kaan, yo... —gruño. Me doy cuenta de que se ha quedado paralizado, sin dejar de mirarla.

—Ahora no, joder. Sigue a Baran o ya te las verás conmigo después.

Cierra los ojos y sigue adelante, de mala gana. Baran señala una dirección. Me acerco. Es allí. Oigo los gritos. Me invade el asco.

—¡Por favor, otra vez no! No lo hagas...

Y entonces, la repugnante voz de Fortino:

—Tienes que ser tú, mi rubita. He perdido a mi rubia clarísima, pero tú consigues satisfacerme como ninguna de mis otras chicas.

—¡Suéltame, viejo asqueroso! —grita ella.

—Si no te quedas quieta, te marcaré como una de mis malcriadas —responde él—. Solo te quiero a ti y sabes que solo hay

dos maneras: conmigo... o con la ayuda, como la última vez.

—¡No! ¡No! —grita la mujer entre lágrimas.

—Si te portas bien, no te voy a follar ese culo tan rico como la última vez.

Sus comentarios me dan aún más asco de ese desgraciado. Está claro que ya la ha violado antes. Saber que lo hace hablando de mi Loreta, usando el mismo tono de posesión, la misma perversidad, me hace apretar los dientes de rabia y desear pegarle un tiro en la cabeza antes de que consiga abusar de esa mujer.

—No, Kaan —dice Baran, con esa sonrisa torcida que anuncia el caos—. Ahora me encargo yo.

Él abre la cortina y yo sigo con el arma apuntando a la cabeza de ese hijo de puta. La mujer empieza a gritar, suplicando que no cuando nos ve, mientras logramos verlo encima de ella, en pleno acto.

—Si yo fuera tú, dejaría a la chica —declara Baran, pinchándolo con un cuchillo.

Fortino se asusta y salta, desnudo y excitado, de encima de ella. La mujer corre desesperada, pero nuestra atención se centra únicamente en la rata. Y yo mantengo mi arma apuntando a la cabeza de ese gusano.

—Cem, siéntalo a ese asqueroso. Kaan, trae la silla. Las cuerdas... están en el sitio de siempre.

Mi hermano menor lo sujeta, pero puedo ver lo mucho que se está conteniendo para no vomitar. Me acerco a las mujeres en busca de la silla y veo a la rubia siendo acogida por una de ellas. Ella me mira y puedo ver el parecido con mi Loreta.

La rabia me consume, pero tendré mi venganza. También necesitaré respuestas que solo esa rata podrá darme. Paso entre ellas, que se apartan como animales asustados. Claro... Todas han

sido violadas y agredidas por hombres. Es evidente que no me quieren cerca.

—¿Cuál es la silla más resistente que hay aquí? —pregunto en voz alta.

Las observo y una de ellas señala. Me dirijo hacia allí y veo lo que parece ser un trono de madera maciza. Muy propio de ese maldito hijo de puta.

Tiro de la pesada silla y le digo a Cem que lleve a Fortino a donde quiero; no será tan cerca de las mujeres, pues sé que a Baran no le gustan tantos testigos, pero estará cerca del lugar que él hizo parecer un altar de rey.

Cem lo empuja y se nota que el miedo le ha aflojado la vejiga, ya que se está meando de miedo. Pongo los ojos en blanco y ayudo a mi hermano, que va a sujetarle las piernas al desgraciado. Sin embargo, Fortino intenta escapar dando una patada en la cara a Cem, así que le disparo certeramente en la espinilla, haciéndolo caer al suelo y gritar de dolor, justo delante de donde están las mujeres que él ha comprado.

—Te advertí que no debías estar aquí, pero ya que has venido, haz el trabajo —le digo a Cem.

Se limpia el labio, manchado por la sangre de la nariz, y hace lo que le ordeno. Aunque no le guste mucho el trabajo.

Cem coge las cuerdas y me las entrega. Empiezo a atar las muñecas de Fortino a los brazos de la silla —o lo que podría llamar trono— con firmeza, aprovechando para apretar más de lo necesario. Quiero verlo retorcerse de dolor. Después, Cem ata los tobillos a las patas de la silla. Él se debate, pero carece de fuerza o dignidad mientras yo me aseguro de que está realmente atado.

Mi hermano se acerca con un brillo demencial en los ojos. A Baran le gusta torturar. Le gusta ver el dolor brotar de la piel ajena como sudor. Y ahora, con dos cuchillos afilados en las manos, está en el culmen de la excitación.

—¿Ya has empezado nuestra conversación, Kaan? —se queja Baran, al ver la espinilla destrozada del desgraciado.

—Intentó escapar —respondo—. Solo... intervine.

Baran esboza una sonrisa perezosa y pasa uno de los cuchillos por la palma de la mano, como si acariciara a una amante.

—Odio cuando intentan arruinar lo que planeo con tanto cuidado.

—Por *Dio*...

Fortino empieza a balbucear algo, un intento inútil de negociar, pero Baran solo lo silencia con un golpe seco de la culata del cuchillo en la barbilla.

—Lo único que quiero oír de ti, además de las respuestas correctas, es el sonido de tus huesos rompiéndose. Uno a uno —murmura Baran, casi poético.

Mientras él comienza el ritual sádico, yo no pierdo de vista a Cem, que ahora observa en silencio. Las manos aún le tiemblan, pero no aparta la mirada. Bien. Tendrá que acostumbrarse al olor de la sangre —es lo que corre por las venas de nuestra familia.

Observo a Baran deslizar la punta del cuchillo por el pecho desnudo y sudoroso del desgraciado, haciendo un corte superficial. Fortino grita.

—Kaan... —me llama Baran, con voz arrastrada—. Vamos a tener que hacerle algo a la lengua de este desgraciado. Ni siquiera hemos empezado con las preguntas y ya sabemos que va a mentir. Creo que cortándole un trozo le daremos una pista.

—Con mucho gusto —respondo, acercándome, y veo cómo se le abren los ojos a Fortino, como si por fin hubiera comprendido que su fin no será rápido y mucho menos limpio.

—¡No, por Dios! ¡Tened piedad!

Baran suelta una carcajada y se lleva la mano a la barbilla.

—¿En serio hablas de piedad? —pregunta—. ¿La misma que tuviste con esas mujeres de tu harén particular?

—Son putas. Ustedes...

No termino de escuchar. Mi puño le golpea la cara con la fuerza suficiente para arrancarle dos dientes y el sonido es satisfactorio.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que esas mujeres que fueron secuestradas y abusadas por ti son tus putas? ¿Como pensaste cuando compraste a mi mujer? ¿A esa a la que te atreviste a llamar Clarísima?

Le agarro el cuello con fuerza. Sus ojos se ponen en blanco, su boca se abre tratando de tomar aire, pero no lo suelto. Quiero que sienta el sabor del terror.

—¿De verdad creías que podrías tocarla? ¿Que la tendrías como tuya?

—Tranquilo, Kaan —interviene Baran, impasible—. Aún nos queda mucho tiempo y… hay una pregunta para la que todavía no tenemos respuesta.

Respiro hondo y le suelto el cuello. No porque quiera, sino porque necesito hacerlo y Baran tiene toda la razón.

Necesitamos una respuesta. Que ese ratón nos revele la identidad de la mujer que intentó matar a mi Loreta.

Baran se coloca frente a él, casi con indiferencia.

—Tienes veinte dedos, una lengua y una polla ridículamente pequeña —comienza—. Eso te da exactamente veintidós oportunidades para responder. Y si fallas en la primera, empezaré por lo que más te duele.

Fortino se mea otra vez. En su propio trono. El olor es insoportable.

—Antes de que decidas cagarte en tu asiento de rey fracasado, habla ya. ¿Quién ordenó matar a mi mujer?

Se queda en silencio, pero está temblando. La tensión en el aire es densa.

—Y si no abres la boca pronto, perderás más que la dignidad.

—Supongo que entiendes que no responder también es una respuesta, ¿no? —dice Baran, con calma. Demasiada calma.

—¡No! ¡No! ¡Espera! —grita él, pero ya es demasiado tarde.

Baran le arranca un dedo de la mano sin pestañear con su cuchillo.

El grito que sale de la garganta del gusano resuena por el salón. Algunas mujeres lloran al fondo. Cem se encoge. Yo solo observo.

—Pensé que empezarías por la polla —comento, secamente.

—Hasta lo pensé —responde Baran, levantando el dedo ensangrentado con esa sonrisita que solo él sabe hacer—, pero no soy el verdugo de la familia. Además, sangraría demasiado antes de poder abrir la boca, hermano.

Respiro hondo, porque sé que tiene razón.

—Sigamos con nuestra conversación —dice, inclinando la cabeza como si fuera un anfitrión simpático—. ¿Quién es ella? ¿La misma que mandó volar el coche de un miembro de la familia Demir? Una pregunta sencilla.

Sonríe. Una de esas sonrisas de rabillo que preceden al infierno.

—No responder... te va a salir caro. Muy caro.

—No lo sé...

Entonces, Baran pasa la hoja del cuchillo por el muslo del desgraciado.

—Por favor, ella... solo dijo que yo...

Baran y yo nos miramos. Está a punto de soltarlo.

—¿Qué dijo ella? —pregunto, con voz firme.

—Dijo que... la Clarísima era mía...

La sangre me hierve. El asqueroso todavía tiene el descaro de llamarla así.

—Que debía quedarme con ella porque me pertenecía... —confiesa—. Ella me dio el dinero para pagarte y...

—¡¿Cómo se llama, joder?! —exijo.

—De los segundos antes de que siga clavándote el cuchillo hasta cortarte la arteria —continúa Baran.

—¡No me matéis! Por *Dios...*

Baran suelta una risa leve, falsa.

—Pero no he venido aquí para matarte. Solo quiero respuestas que solo tú puedes dar, señor Fortino —dice, mirando fijamente al desgraciado—. Pero hasta ahora, nada.

—¡Di su nombre, joder!

—Solo se hacía llamar condesa. ¡Te lo juro! Por...

—Cem, ¿te acuerdas de que te hablé de la lluvia hace un rato? —pregunta Baran, volviendo la cara hacia nuestro hermano, que está verde.

—¿Qué? —pregunta Cem, confundido.

—Esa es la lluvia, hermanito.

Baran levanta la cara del desgraciado y le abre la carótida con precisión. La sangre brota como una fuente. Todavía está vivo

cuando Baran le corta la polla al desgraciado, haciéndolo sangrar aún más.

—Kaan, ahora te toca a ti —dice, silbando malditamente la canción de *Singin' in the Rain*.

Con el sabor de la venganza en la boca, apunto el arma y le disparo un solo tiro en la cabeza. Se acabó. Pero la sangre sigue chorreando, como si su alma se negara a irse al infierno.

—Ya está —comenta Baran, recogiendo los cuchillos—. No hay nada como una buena tortura para aliviar la tensión.

—Ahora tenemos que descubrir quién es esa maldita condesa... y darle el mismo destino.

Entonces, una mujer que parece mucho mayor que las demás aparece en el pasillo y empieza a gritar, entre lágrimas.

—¡No! ¡Lo has matado!

Me mira con odio y se abalanza sobre mí con una daga que ni siquiera sé de dónde ha salido.

—Detente ahora mismo o te irá peor —le ordeno, apuntándole con el arma.

Pero está fuera de sí: corre hacia mí y lanza la daga. En ese mismo instante, le disparo en el brazo para detenerla, pero no fui lo suficientemente rápido y enseguida siento el impacto en mi pecho.

—¡Kaan! —grita Cem al instante.

—¡Mátala ahora, Cem! —ordena Baran, lanzándole el arma.

Me lanza el arma justo cuando me siento más débil, al ver esa mierda clavada en mi pecho.

—Tranquilo, no te va a pasar nada —dice Baran, sujetándome—. ¿Te falta el aire?

—No... pero me duele un puto dolor.

—¡Ahora, Cem! ¡Obedece!

El sonido del disparo llega justo después. Ya no sé qué está pasando. Solo quiero no morirme aquí.

—Te dije que volvería con mi Loreta...

—Cállate. Vas a ver nacer a tu hijo, joder. Créeme.

—Baran... Si no aguanto, ve a por esa condesa. Acaba con ella.

—Deja de decir tonterías. Yo siempre sé quién muere y quién vive, y hoy no es tu día, joder.

No sé si él realmente cree eso o si solo es para mantenerme consciente, pero no puedo desmayarme ahora. No puedo morir sobre la sangre de ese gusano.

Por eso me lo advirtió mi bruja, pero no había forma de escapar. No podía...

—Ayudadme con él. Vamos directamente al médico de familia —oigo ordenar a Baran.



Capítulo 38

Loreta

La espera

Llevo toda la noche esperando el momento en que Kaan vuelva a mí, pero el sol está a punto de salir y él no llega.

Mi corazón está destrozado porque sentí que algo iba a pasar. Lo presentí, pero él no me escuchó.

Dios... Por favor, que solo sea mi imaginación.

Me siento ansiosa y lo único que hago es pensar y caminar mientras acaricio mi barriga, pensando en nuestro hijo. Las horas pasan y él no aparece, mientras la sensación de que algo malo va a pasar me consume.

—Ay, Kaan... ¿Dónde estás?

Si le pasa algo, ni me imagino en qué me convertiré. Sus hermanos me toleran, pero su madre claramente me desprecia.

¿Y si creen que pueden quitarme a mi hijo? Eso nunca, aunque tenga que huir al lugar más inhóspito del mundo, no me van a quitar a mi niño.

Usaré la tarjeta que América me dio para emergencias y desapareceré del mundo.

Toc, toc.

—Loreta. Abre. Soy Cem... Tu cuñado.

Su voz suena extraña, un poco ahogada. Pero necesito saber qué ha pasado. Así que, con los nervios a flor de piel, abro la puerta, sintiendo cómo me tiemblan los dedos, y en cuanto la abro, lo primero que me llega es el olor. Metálico, fuerte e inconfundible. Sangre.

Justo después, veo su camisa sucia y manchada; al verlo, se me sube el corazón a la garganta.

—¿Dónde está Kaan? —pregunto, con voz temblorosa, sintiendo cómo me suben las lágrimas, cálidas y desesperadas.

—Tranquila... Te lo voy a explicar.

—¿Ha muerto? ¿Es eso? —No sirve de nada disimular. Necesito saberlo. —¡Te dije que iba a pasar algo! ¡Lo sentí! Y él no me hizo caso, y...

Me sujeta por los hombros.

—Loreta, tranquila. No ha muerto, pero... ha estado muy cerca.

Siento que me fallan las piernas.

—¿Dónde está? —pregunto, con un hilo de voz.— Quiero verlo. Ahora mismo.

Vuelvo al dormitorio impulsivamente. Me visto a toda prisa. Me pongo el primer abrigo que encuentro. No importa si voy arreglada, solo quiero verlo.

—Llévame hasta él. Por favor, Cem. Llévame hasta mi Kaan.

Cem asiente y me guía hasta el coche. Conduce tenso, con los dedos clavados en el volante, y yo ahí al lado intentando controlar el miedo que me corroe por dentro.

Llegamos a la casa de Baran y él ya nos espera fuera. En cuanto salimos del coche, nos lleva dentro con ese aire impaciente tan característico suyo.

—Al menos deberías haberte cambiado de ropa. ¿Te has olvidado de que está embarazada? —se queja Baran.

—Yo no... —Cem intenta justificarse, pero se nota que tiene mucha sangre en la ropa—. Perdóname...

—Hablaremos de eso más tarde —dice Baran, con su frialdad de siempre.

—¿Es todo de Kaan? ¿Está mal? — Mi voz se quiebra.

Baran suspira y, por un instante, no veo al hombre que siempre me ha intimidado. Solo veo al hermano preocupado.

—Te diré lo que sea necesario —comienza—. —No. La sangre no es de Kaan. Casi muere, sí. Pero no sangró tanto como parece. Está en la tercera habitación, en el segundo piso. E insistió en que te trajéramos. Puedes subir.

No espero nada más. Sigo por el pasillo y subo las escaleras, buscando las puertas. Cuento hasta la tercera y la abro con los dedos temblorosos. Enseguida encuentro a Kaan tumbado en la cama, sin camisa, mientras el médico, el Dr. Yılmaz**,** que me atendió antes, le está cerrando la herida del pecho.

—¡Dios mío! —exclamo.

—Señorita Feitag. Está bien, solo un poco somnoliento por la cirugía...

—¿Cirugía?

—Sí, pero creo que mañana se despertará. Ha sido un poco difícil anestesiarlo. Quería verte...

—Me quedaré aquí cuidándolo —afirmo.

Él se encoge de hombros.

—De eso se encarga el señor Baran, que es el dueño de la casa. —Se retira, dejándonos a solas.

Me acerco lentamente y abrazo a Kaan, dando gracias al cielo por haber resistido, lo que me permite sentir un alivio enorme.

—Kaan, casi me matas de preocupación. Te lo dije... Tienes que escucharme porque no sé qué sería de mi vida si te hubiera perdido. —Le beso la cara. —Eres mi amor y no puedes dejarme sola.

Le cojo la mano y la pongo sobre mi barriga.

—Tu hijo también va a necesitar a su padre.

Me acurruco cerca de él, con cuidado de no tocarle las vendas. Me acurruco allí, donde él puede envolverme con su brazo sano, y acabo quedándome dormida, sintiendo el calor de sus brazos.



—¡Ay!

Me despierto sobresaltada al oír su voz.

—¡Kaan! ¡Gracias a Dios! —Me levanto de un salto, con el corazón a mil. —¿Necesitas algo?

Sus labios se mueven y, por primera vez, le veo sonreír. Aunque estoy muy débil, puedo decir que es lo más bonito que he visto nunca.

—Tienes que calmarte. Estás sacudiendo demasiado a nuestro hijo. —Me toca la barriga.

Aprovecho para poner su mano junto a la mía.

—Kaan, no te imaginas lo nerviosa que me has dejado...

—Pero estoy aquí, ¿no? —le pregunto. —Te dije que volvería contigo, pero... he tenido un pequeño cambio de planes. Te gustará saber lo que ha pasado.

—¿Qué has...?

—Fortino está muerto. Nunca más se acercará a ti, mi amada.

Esboza una sonrisa más amplia y acerca mi rostro al suyo, dándome un beso tierno.

—Espera un momento. ¿Tú lo...?

—Baran y yo —confiesa—. Más Baran que yo. Sin embargo... a una desgraciada no le gustó nada la muerte de ese gusano.

Se mueve y se nota que le duele. Lo sujeto para que no haga fuerza.

—¿Quién era esa mujer? Porque ella...

—Aún no lo sé, pero... —me llama de nuevo y me acurruco contra su pecho, lejos de la zona donde está herido—. De las tres, dos están muertas. Solo queda una. Baran la está buscando...

—¿Qué nombre habéis averiguado?

—No quiero que te involucres en estos asuntos. Ahora, tus prioridades son nuestro hijo y... organizar nuestra boda.

Me levanto, mirándolo.

—Kaan...

—No estoy en mi mejor momento y no voy a poder hacer lo que había planeado contigo tan pronto. Pero... ¿quieres casarte conmigo, Loreta Feitag? ¿Convertirte en la señora Demir y ser amada hasta mi último día?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Ya te amo, Kaan. Por supuesto que quiero casarme contigo.

—Entonces, tu nueva tarea será organizar nuestra boda, pero no tan pronto, porque quiero estar en plena forma para consumarla como te mereces.

Asiento con la cabeza, confirmando.

—De acuerdo. Buscaremos la mejor fecha después de hablar con tu médico, amor.

Pero entonces, algo me viene a la mente y no puedo dejarlo pasar.

—Kaan... ¿Me has llamado amor?

Él me acaricia la cara con ternura.

—Pensaba que eras todo menos lo que tenía delante, Loreta. No solo me vuelves loco, me vuelves adicto y me sacas de quicio. Eres la mujer a la que amo. La que quiero en mi vida. Que también es la madre de mi hijo, pero es mi amante y compañera a la que quiero a mi lado todos los días.

Mis ojos se llenan de lágrimas y lo beso con cariño, amor, entrega.

—¡Ay!

—Lo siento, amor —le pido, tocándolo con cuidado.

—Puedes hacerme daño todo lo que quieras, porque la señora Demir puede todo.

Lo beso con ternura, sintiendo una felicidad mayor de lo que podría haber imaginado. Después de esa enorme tormenta, el sol volvió a brillar en mi vida.



Capítulo 39

Kaan

Control

Unos meses después.

—En esta imagen, podemos ver el brazo del niño, la cabeza y... ¿Ya saben lo que es? —pregunta el médico, moviendo el aparato con precisión.

—Lo sabemos —respondo, sin apartar la mirada de Loreta—. Mi futura esposa siempre ha dicho que era un niño, y cuando ella habla... yo la escucho.

Ella sonríe, apretándome la mano con la dulzura que solo ella tiene. Mi corazón, por mucho que intente mantener el control, se me oprime en el pecho.

—Así es —confirma el médico—. Bien desarrollado, sano y en la posición adecuada para un parto natural.

—Tendrá tus ojos, amor —dice ella, con ese brillo en la mirada que destruye cualquier coraza que aún intente mantener.

Miro la pantalla pensativa. Sin embargo, lo que más deseo es que mi hijo tenga el corazón de su madre.

—Por lo demás, el bebé está bien —declara el médico, entregándole un paño para que se quite el gel del vientre a Loreta.

La ayudo a levantarse, pero ahora que falta muy poco para tener a nuestro hijo en brazos, podemos sentir durante el día cómo se mueve el niño... Es tan agradable hablar con él.

Solo me desconcentra un poco cuando estamos haciendo el amor y él me da una patada en la mano, quejándose. Pero, aparte de eso, es maravilloso. Tengo muchas ganas de ver su carita y de cogerlo en brazos por primera vez.

—¿Habéis decidido cómo va a ser el parto? ¿Queréis que os acompañe? —pregunta él.

—La verdad es que tenemos un médico, pero ha tenido que ausentarse y lo haremos dentro de unos días. Por eso hemos venido mi prometida y yo. Queremos saber si todo va bien antes de viajar —afirmo.

—Entiendo. Según las pruebas, todo está normal, pero como están en las últimas semanas, el parto puede ocurrir antes o después de la fecha prevista. ¿Lo entienden?

Ella asiente con la cabeza, pero a mí no me gusta nada saber eso. Me gusta tenerlo todo bajo control, pero es como si... de repente, mi hijo pudiera decidir nacer.

—Tenemos una fecha para la cesárea. Todo va bien.

En ese mismo instante, Loreta me coge de la mano.

—Kaan...

—Loreta, ¿te has imaginado si te pones de parto durante nuestra boda, que llevamos meses esperando?

—Cariño, tranquilo. No va a pasar. Si pasa, nos casaremos solo por lo civil, como era nuestro plan antes de que tu madre se metiera.

Pongo los ojos en blanco al recordar eso.

Tras el incidente que casi me costó la vida por culpa de una mujer afectada por el síndrome de Estocolmo por culpa del cerdo de Fortino, mi madre decidió pasar todos los días en mi casa.

En cuanto se enteró de nuestra decisión de casarnos, su nueva misión fue organizar nuestra boda. Fueron momentos intensos; ella quería mantener nuestras tradiciones turcas, mientras que Loreta decía que quería un poco de su tierra, aun sabiendo que no habrá invitados de verdad por aquí. Por eso, todavía no nos hemos casado.

Hacemos todo como si estuviéramos casados, pero ella todavía no es mía como yo quiero y como exige Baba. También está esto: nuestra boda ya no se puede posponer más, sobre todo si es por el parto.

—Cariño, si te sientes más cómodo, podemos casarnos por lo civil y esperar a la ceremonia, como quiere tu madre.

No me parece mala idea, pero Baba podría matarme si lo hiciera, literalmente.

—Que nuestro hijo aguante ahí dentro hasta el final de la semana que viene, amor.

Salimos y, de repente, Loreta se detiene en el camino, mirando algo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.— ¿Sientes algo?

Ella sonríe.

—No, cariño. Es solo que... me ha parecido ver a una persona a la que no veo desde hace mucho tiempo.

—¿Esa amiga tuya de la que me habías hablado? ¿La tal Marisol? No he sacado mucho en claro de mis fuentes y, como Baran está bastante irritado últimamente...

—Lo sé, pero siento que está bien... Sea donde sea. En el momento adecuado, me llegará una noticia sobre ella —Loreta sigue mirando—. Pero a quien creo que vi... no era una persona a la que pudiera llamar amiga. Una conocida, como mucho.

Ella sigue caminando y yo miro hacia atrás, intentando identificar a quienquiera que sea. Mi objetivo ahora es encontrar a esa condesa y hacerle lo mismo que le hice a su cómplice.

Después de meses, veré a mi hermano. El Baba permitió que Baran viajara durante un tiempo, pero hoy va a regresar. No sé qué mierdas ha hecho lejos de aquí, pero mis hermanos están pasando por las peores etapas de sus vidas. Empezó con Baran, pero Cem sufrió uno de los peores dolores hace unos meses...

Entonces suena mi teléfono y veo que es una llamada de Baran.

—Bienvenido a Turquía, hermano.

—Como si quisiera volver.

—Siempre te ha gustado estar en casa...

—Me gustaba, hasta que Baba me dio ese ultimátum. En tres semanas, todo va a pasar. ¿Lo entiendes?

Suspiro.

—Claro que lo entiendo, pero esta noche necesito que estés concentrado a mi lado, junto con Cem. Son mis padrinos...

—Llevaré la cuerda con un nudo muy específico. Puedes estar segura.

Suspiro de nuevo y cuelgo, ayudando a Loreta a subir al coche.



Cuando llegamos a la casa de Baba, donde se celebrará la boda más tarde, mi madre ya nos está esperando y enseguida se lleva a Loreta para que empiece a prepararse. Mi amada me lanza una mirada de quien preferiría enfrentarse a un campo de batalla antes que pasar toda una tarde bajo la tutela de mi madre, pero sigue adelante, acompañada por una de las empleadas que trabajan exclusivamente para la señora Nazan.

Sin embargo, sé que es por una buena causa... Mi prometida va a estar aún más guapa —como si eso fuera posible.

—Podríais haber concertado la cita con ese médico para otro momento —comienza mi madre, como siempre, con un tono de crítica implícito.

—Mamá, nos vamos de viaje. Necesitaba saber si Loreta está bien para irnos lejos. Tu nieto, al que siempre has deseado, está a punto de nacer —respondo con paciencia forzada.

—¿Pero tenía que ser hoy, Kaan? Los dos tenéis que estar impecables.

En realidad, fue hoy por insistencia de Loreta. No quería pasar todo el día con mi madre y yo acepté. Al menos pasamos juntos la mañana.

Respiro hondo porque no sirve de nada discutir con ella. Me dirijo a la habitación donde me prepararé para la boda.

Más tarde llega Cem. Está más callado de lo habitual. Desde el día en que casi muero —porque, por unos pocos centímetros, aquella daga casi me atravesó el corazón—, él también empezó a crear y a enfrentarse a sus propios e e demonios. Ahora lleva cicatrices. Aquel chico indeciso de antes está dando paso a un

hombre con una mirada más oscura y firme. Se está convirtiendo en un auténtico Demir... como Baran y yo.

Lo que vivió fue un golpe violento, pero era necesario para encontrar su lugar en nuestro mundo.

—Bebe algo, aún queda mucho para la hora —le digo, sin rodeos.

Él obedece y, cuando levanta el brazo, veo sus nuevos tatuajes en el puño. Cada uno afronta su dolor a su manera. Porque antes era un chico que apenas sabía usar un arma, ahora es un hombre que dispara sin pestañear.

—¿Entonces aquí es donde nos quedaremos hasta el momento de la ejecución... digo, de la boda de nuestro querido Kaan? —Baran entra como siempre: ácido y burlón.

Coge un vaso de whisky y me lo brinda.

—Si todavía quieres huir, te dejo mi coche.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes muy bien que no voy a hacer eso.

Se encoge de hombros, moviendo la cabeza como quien admite que sí... pero sin perder la provocación en la mirada.

—¿Qué haremos hasta entonces? ¿Alguna mujer con quien entretenernos? ¿Una última despedida de soltero?

—Si quieres diversión, puedes mirarte al espejo y reflexionar sobre tu propio destino.

Su mirada se vuelve hacia mí como si quisiera arrancarme los huevos por la garganta, sobre todo porque su fecha se acerca cada vez más.

—Si no fueras mi hermano y tuviera un cuchillo en la mano, sabes muy bien cuál sería mi entretenimiento.

—Pero soy de la familia y las reglas son las reglas...

—Es tu suerte, Kaan. Y la de Cem también.

Cem levanta la vista, irritado.

—¿Por qué me están metiendo en la conversación?

—Porque estás aquí, hermanito. Y porque cada vez eres menos idiota. Aún te queda camino por recorrer, pero... creo que dentro de un año estarás casi tan bien como Kaan. He dicho «casi».

Pongo los ojos en blanco.

—¿Eso se supone que es un cumplido? —pregunto.

—Claro que no —responde Baran, con esa sonrisa de quien quiere ver arder el mundo—. Pero será necesario.

Cem solo resopla y se toma otro trago de whisky. Se instala el silencio, denso, cortante, como el aire antes de la tormenta.

—¿De verdad no has planeado nada, Kaan? —provoca Baran.

—¡Joder! —insulto—. Tú y Cem sois los padrinos. ¿No son esas mierdas vuestras responsabilidades?

—¿Nuestras? ¿Quién es el novio? —dice Cem, en un tono que aún no se atreve a enfrentarse a Baran, pero que ya sabe imponerse ante mí.

—¡Joder! —protesté, levantándome.

Salgo hacia el exterior. Los equipos de decoración entran en la casa de Baba. Lo inspeccionan todo. El protocolo de seguridad aquí es estricto. Estamos en territorio de Demir Yemin, y nada entra sin ser revisado.

—¿Qué pretenden hacer? —pregunto, dirigiéndome a mi coche.— Recordándoles que no tenemos mucho tiempo. Falta poco para...

Baran esboza esa sonrisa de siempre y me quita la llave del coche de la mano; no le digo nada.

—Baran, no vamos a ver a tus... adorables mujeres, ¿verdad? —pregunta Cem.

—Claro que no —responde él—. Pero ¿qué te parece si...

Antes de que podamos seguir ningún plan, un disparo resuena dentro de la casa. El sonido es seco, directo. Instintivamente, mi cuerpo se pone en alerta.

—Loreta está ahí dentro —digo, con el pecho oprimido con fuerza.

—¿Sabéis dónde está Baba? —pregunta Cem, ya alerta.

—Tuvo que resolver algo temprano, no está en la mansión —responde Baran.

Como mi hermano mayor conoce mis escondites, va directo a uno de ellos y coge una de mis armas de reserva del suelo. A pesar de ser el mayor, no le gusta disparar, pero sabe muy bien cómo hacerlo.

Amartilla el arma.

—Ahora la pregunta que queda es: ¿quién intentará hacer algo contra la familia dentro de nuestra propia casa? —murmura con frialdad.

Cem se acerca.

—Kaan, dame un arma —me pide Cem, pero es Baran quien le lanza una pistola.

Saco la escopeta de debajo de mi asiento. No es mi favorita, pero servirá para proteger a mi familia.

Entonces, un grito femenino rasga el cielo y el temor de perderlo todo una vez más surge con toda su fuerza, pues reconozco esa voz: es mi mujer. Por eso, acelero el paso y corro hacia dentro, persiguiendo a quienquiera que esté tras mi mujer.

—¿Adónde? —pregunta Baran a uno de los hombres de la casa.

—Al segundo piso, al cuarto de la novia.

Mi hermano me mira con preocupación, pero no puedo detenerme ahora. Es mi familia la que está ahí arriba y, sea quien sea, pagará con sangre por esa osadía.

Y estoy dispuesto a dar mi vida por ella y por nuestro hijo.

—Vamos. Ahora —ordeno. Mi voz es grave, fría y letal.

Lo daré todo por ella y por nuestro hijo. Aunque muera en el intento.



Capítulo 40

Loreta

Un reencuentro con el pasado

—Estás tan guapa, Loreta —dice Zeynep, después de ayudarme a ponerme el vestido de novia.

No puedo contener la sonrisa. Tengo la barriga enorme, me duelen cada vez más los pies, pero nada de eso importa. Estoy muy emocionada por lo que está por venir. Solo hay un extraño presentimiento que insiste en acompañarme.

Siento que algo no es tan perfecto como debería. Quizás sea esta casa, que tiene una energía demasiado pesada para el día más feliz de mi vida. O quizás sea solo una tonta intuición. Al fin y al cabo, hace tiempo que no siento nada. La última vez fue cuando casi perdí al hombre de mi vida, pero, gracias a Dios, solo fue un susto... Mejor dicho, una gran pesadilla.

Después de eso, vinieron meses de cuidados, de noches en vela y de conversaciones silenciosas. Kaan y yo, con su terquedad y su orgullo feroz, hasta qu e finalmente se recuperara. Y, en ese proceso, nos acercamos de una manera que nunca podría haber previsto.

Fueron momentos únicos y nuestros en los que conectamos. En los que pude ver mucho más del hombre que el mundo solo conoce con su armadura. Y solo por conocer ese lado suyo, pude enamorarme aún más de él.

Kaan Demir es el hombre de mi vida. Aquel con quien soñaba encontrarme, pero que la vida me trajo de la forma más tortuosa de todas. En mi diario de sueños estaba escrito que quería un hombre intenso e inolvidable, pero el destino, quizá compadeciéndose de mis cicatrices, fue generoso al convertirlo en mi héroe, que no lleva capa, pero tiene el poder de hacerme sentir la mujer más feliz del mundo.

Tal y como me decía mi hermana sobre mi cuñado.

Ah, América... Cómo la echo de menos a ella y a mi cuñado, el príncipe. Lo único que puedo hacer es intercambiar mensajes cifrados y algunas fotos ocultas a la red de vigilancia. Deseaba tanto que mi hermana estuviera aquí, a mi lado en este momento... Pero, por desgracia, las dos sabemos que el mundo de Kaan y de la familia Demir nunca podría mezclarse con la realidad de la corona de Diamántia.

Aun así, espero el día en que pueda volver a verla, aunque solo sea por unos minutos.

—Faltan las joyas de la familia Demir —anuncia una de las empleadas de la señora Nazan, alejándose con un aire casi solemne.

La otra parece recordar algo también y se marcha, dejando por fin la habitación en silencio. Solo en ese momento, mi amiga Zeynep —sí, por fin nos hemos hecho las paces— suspira, aliviada.

—¿Cómo estás aguantando a tu suegra?

—Ni yo misma lo sé. Al menos, al estar embarazada, me molesta menos. —Acaricio mi enorme barriga—. Pero cuando nazca este pequeño...

—Prepárate —me interrumpe, haciendo una mueca—. Ella querrá ser su madre en tu lugar.

Me río.

—Si solo es en las madrugadas en las que no quiera dormir y llore durante horas, entonces se lo dejo. El resto de días, ni hablar. Este bebé es solo mío y de Kaan.

Ella se ríe conmigo y me ayuda a ajustar el cinturón de pedrería justo debajo de los pechos, sobre el vientre. El vestido es realmente bonito. Recatado, como pidieron, pero con un toque de delicadeza que me representa. Un pequeño escote, mangas de encaje poco transparentes y una falda muy trabajada que no deja ver mis pies con esta barriga tan prominente. Llevo el pelo recogido en un moño bajo, hecho con firmeza y cuidado.

Tras la bendición del Baba, que ha venido aquí hoy temprano, ahora solo faltan las joyas de la familia Demir para que llegue mi momento de dar el «sí», pero antes...

—¿Me puedes ayudar a ir al baño? —le pregunto a Zeynep.

—¿Otra vez, Loreta? No han pasado ni cinco minutos —comenta, preocupada.

—Esta niña me está pisando la vejiga. Con beber medio vaso de agua ya me dan ganas.

Ella me ayuda sonriendo y nos dirigimos al baño.

Con el vestido puesto es un poco más complicado, pero enseguida consigo hacer mis necesidades y Zeynep me deja unos instantes para que me relaje un poco. Confieso que me parece que ha salido más orina de la que pensaba. Debo de haber tenido retención de líquidos, o quizá fuera solo el peso del bebé y haya

quitado su piececito de la posición en la que estaba presionando algo.

—¿Todo bien ahí? Cuando necesites que entre para...

Entonces, su voz se desvanece como si la hubiera engullido un silencio repentino y amenazador. Y en su lugar llega esa sensación de peligro que me aterroriza más que cualquier otra cosa.

Con esfuerzo, intento levantarme y arreglarme el vestido. Porque sé que... sea quien sea... ya sabe que estoy aquí.

Me toco el vientre, tratando de contener el miedo que siento y que hace que mi hijo se quede demasiado quieto dentro de mí. Solo le pido a los cielos que no le hagan nada, que lo protejan, y solo entonces consigo abrir la puerta.

En el primer instante, se dispara un tiro y me estremezco. Doy un paso atrás, sintiendo cómo el suelo se escapa bajo mis pies.

—¡Sal de una vez, maldita!

La voz que me alcanza es femenina, pero el odio que encierra es brutal. Y es imposible no reconocerla. Hace tiempo que no la oigo, pero nunca olvidaría ese tono lleno de veneno.

Mi cuerpo se paraliza, atrapado entre el impulso de correr y el instinto de proteger a mi hijo.

—¡Sacadla de ahí!— La orden de la mujer destila odio y no entiendo por qué.

Pero antes de que pueda pensar, dos mujeres vestidas como empleadas de la casa me sacan fuera sin ningún miramiento. Me agarran del brazo, arrastrándome con fuerza, y es entonces cuando veo a Zeynep tirada en el suelo... Y no sabría decir si está viva o muerta.

—¿Qué le han hecho a...? —Intento preguntar, pero no termino la frase.

Una bofetada brutal me golpea la cara con fuerza. Suelto un grito.

Entonces me sueltan sobre el suelo frío y caigo con fuerza, raspándome las rodillas y las manos. Por suerte, no me he golpeado el vientre, y eso es lo que más me importa.

Sin embargo, el miedo lo invade todo y, dentro de mí, una certeza comienza a gritar. Algo muy malo está a punto de suceder, pues me encuentro ante nada menos que la condesa Ingrid Aurélis.

La mujer que siempre nos ha odiado a mí y a mi hermana. La que ha escupido su veneno por todos los salones de la nobleza. La misma mujer que difundió la mentira de que era amante de Lucius, y que intentó destruir a mi hermana para ocupar su lugar; nunca aceptó que dos mujeres comunes tuvieran cabida en un mundo que ella consideraba solo suyo.

—Así es como debes comportarte ante la sangre real... ¡De rodillas, zorra asquerosa! —grita, agarrándome del pelo y tirando con tanta fuerza que mi cabeza se inclina contra mi voluntad y grito de dolor.

—Suéltame, Ingrid...

—¡Condesa! —me corrige, furiosa—. Vosotras, las Feitag, sois una plaga que nunca debería haber cruzado mi camino. Ahora tendrás que pagar de una vez por todas, como debería haber ocurrido hace meses.

Me sujeta con odio.

—Deberías haber muerto, como era tu destino. Violada hasta la muerte... Eso es lo que te mereces por haber arruinado mi felicidad.

Su sonrisa diabólica se forma en completo odio, dándome la confirmación más triste de la identidad de la persona que más desea mi fin.

—No podía quitar a la princesa América de en medio, pero podía hacerla sufrir por su hermanita, que era una hija desconocida del mayor traidor de Diamantia. Bastó un susurro y los nacionalistas hicieron el resto.

Sabía que había alguien detrás de todo esto, pero nunca habría imaginado que fuera alguien que ostenta un título.

—Pero te has vuelto muy escurridiza, ¿no? Deberías haber seguido tu camino junto a Fortino, el hombre que se merecía a alguien como tú, pero ese inútil no era más que un adicto inútile y abusivo que ni siquiera sabe hacer explotar un coche como le ordené... Y tú acabaste en la cama de un magnate turco que... está metido hasta el cuello en la mafia.

Ella coge un arma.

—Ahora he venido en persona a corregir tu rumbo hacia tu maldito destino. —Se agacha, acercándose mucho a mi cara—. No te preocupes, seré muy rápida. Solo respóndeme primero: ¿un tiro en el estómago o en el...

Entonces, un disparo hace estallar la puerta. Veo a Kaan, Baran y Cem irrumpir en la habitación mientras yo estoy tirada en el suelo e Ingrid me apunta con el arma. Kaan viene hacia mí, apuntando con un arma enorme a la cara de Ingrid. Mientras tanto, Cem dispara rápidamente a la cabeza de las mujeres que estaban aquí ayudando a la condesa.

—¡Aléjate de ella ahora mismo! —ruge Kaan.

—Si das un paso más, te mando al infierno, que es donde mereces estar junto con esa cosa que crece dentro de ti —advierte la condesa, moviendo el arma que aún apunta hacia mí.

Veo a Kaan hervir de odio, mientras que lo único que puedo hacer es intentar proteger a mi hijo con mis brazos.

—Solo tienes que dar la orden y la tengo en mi punto de mira —avisa Cem, con frialdad.

—Disparad y veréis lo que le va a pasar a esta casa —advierte ella, con una sonrisa burlona en los labios—. Tengo sangre real.

—Que te jodan, desgraciado. Nadie se mete con mi mujer y sale con vida. Ya te lo he dicho, aléjate de ella ahora mismo antes de que sufra aún más al morir.

Entonces, con gran sigilo, Baran se acerca a ella y le pone una navaja en el cuello.

—Si fuera tú, soltaría la pistola ahora mismo, o verás cómo hago que la sangre azul salpique como lluvia sobre mi cuñada... —amenaza, con refinada crueldad.

Ingrid me apunta con rabia, y es en ese instante cuando baja el arma y Baran la sujeta por los brazos. Cuando el peligro pasa, Kaan se agacha para levantarme y me abraza. Y es en ese momento cuando el fuerte dolor en la espalda casi me parte en dos.

—No podéis matarme, ratas asquerosas...

—Solo tienes que dar la orden y acabo con esa desgraciada ahora mismo —dice Cem, con voz fría como el hielo. Muy diferente del hombre que conocí hace meses.

—Por Dios, no la maten, forma parte de la familia real. —Mi voz suena temblorosa, pero firme—. Es prima de Lucius. Es la condesa que...

—¡Joder! —gruñe Cem, sorprendido—. ¿Es esa la zorra a la que llevamos meses persiguiendo?

—Loreta... —Kaan me mira, incrédulo. Con la mandíbula rígida, la respiración entrecortada—. ¿En serio? ¿Es ella?

No consigo hablar de inmediato. Solo miro a Ingrid, que sigue atrapada en los brazos de Baran. Y, aunque se contiene, sonríe. Una sonrisa sádica, como si hubiera ganado algo.

—Sí. Fue ella quien me arrojó a ese infierno y quería mi muerte por un título que nunca fue suyo. —La miro—. Nos odia a mí y a mi hermana, pero me eligió a mí para sufrir por no poder tocar a América, que ahora es princesa.

—¡Una princesa de sangre impura! —grita.

—¡Cállate, maldita zorra! —gruñe Cem, con los ojos echando chispas.

Baran la sujeta con más fuerza y se inclina, hablándole al oído con esa calma que te pone los pelos de punta.

—Me va a encantar jugar contigo. Nos lo vamos a pasar muy bien, condesa.

Entonces, el dolor se intensifica; Kaan me sostiene y ya sé lo que está pasando, pero antes tengo que detenerlos. Por el bien de la familia.

—No la matéis. Por mucho que quiera verla pagar, Ingrid sigue siendo parte del linaje Stell. Si muere aquí, podríamos provocar una crisis con la corona de Diamántia y que nos ataquen...

—Chica, tenemos fuerzas —dice Baran, con la voz impregnada de desprecio por la amenaza implícita.

—Pero ellos tienen ejércitos.

—¡Que les jodan! —me interrumpe Kaan—. Ella puede ser la puta reina del mundo. La familia es sagrada; si se mete con la mía, lo pagará...

De repente, el dolor se intensifica y pierdo la atención en lo que Kaan estaba diciendo.

—Cariño. ¿Qué te pasa? ¿Te ha hecho daño? —me pregunta Kaan, preocupado.

Solo lo abrazo, esperando a que pase, y solo entonces consigo responder:

—Kaan, no sé qué ha pasado, pero... estoy de parto. Nuestro hijo está naciendo, amor.

Kaan palidece, pero sus brazos me aprietan con más fuerza. Y, aunque estoy rodeada de caos, lo sé: él me protegerá. Protegerá a nuestro hijo. Aunque tenga que poner el mundo patas arriba por ello.



Capítulo 41

Kaan

Inesperado

Mi hijo está naciendo.

Joder.

Dejando a un lado todo el odio que aún corre por mis venas por todo lo que hizo esa puta de la Condesa, ahora el caos se ha instalado de otra forma. Mi hijo ha decidido venir al mundo justo ahora. Loreta se retuerce en mis brazos, mientras yo intento mantener la cordura en medio de la tormenta.

Claro que sigo queriendo romperle el cuello a esa puta de la Condesa de un solo golpe, porque ni siquiera se merece una bala. Sin embargo, mi prioridad ahora es otra. Es mi mujer y mi hijo.

—¡Necesito un médico! —grito, feroz, sujetando a Loreta como si mi fuerza pudiera mantenerla intacta.

—Cem, ayúdale —ordena Baran, con la calma de un depredador—. Yo me encargaré de esa bella condesa de sangre azul.

Mi hermano menor aleja el arma de la cabeza de la desgraciada y corre hacia mí.

—Voy a buscar a alguien. Un médico, una comadrona. Cualquier jodido que pueda ayudar.

—¡Date prisa! —digo entre dientes—. Voy a buscar un lugar más limpio mientras esperamos.

Sostengo a Loreta y la llevo a otra habitación mientras nuestros hombres entran tras de mí para ayudar a Baran con la desdichada. En el pasillo yacen los cuerpos de dos empleadas de mi madre, que ayudaban a Loreta con nuestra boda.

—Dios mío, Kaan...

—No mires, pequeña.

—Creo… Creo que han matado a Zeynep…

La vi tirada en el suelo, pero no tuve oportunidad de comprobar sus signos vitales. Probablemente sabré más tarde lo que ha pasado, pero ahora no.

—Cariño, no pienses en eso ahora. Necesitamos que estés bien para que te lleve al hospital y...

—Kaan... —Se retuerce, jadeando.— No habrá tiempo para hacer la cesárea. Siento que está muy cerca...

Se me hiela el pecho.

—¡Joder!

Entonces abro la primera puerta y la llevo a una cama, pero Loreta dice que no quiere sentarse. La ayudo a quitarse el vestido manchado de sangre y también las bragas. Solo le pongo mi camisa a la espalda para que no quede completamente desnuda.

Loreta se pone en cuclillas, gritando de dolor mientras yo no sé qué hacer para ayudarla. Nunca he hecho algo así; la mierda es que ese desgraciado de Cem no ha traído la ayuda que le envié.

—Cariño, yo no...

—Kaan, ya casi nace —dice ella, con la cara sudada y enrojecida—. Ayúdame...

Como la ayuda no llega, en contra de todo lo que quería hacer, me agacho y me enfrento a la escena más extraña de toda mi vida. La cabeza de mi hijo saliendo de dentro de ella.

—¡Joder! —murmuro.

Veo a Loreta hacer más fuerza y el niño sale casi por completo. Le sostengo la cabeza y entonces resbala hacia mis manos, y lo sujeto con firmeza.

Pero... todo está demasiado en silencio y el mundo se detiene mientras mi hijo no reacciona.

«Respira, chico», clamo en mi mente, sacudiendo a mi hijo, que sigue inerte en mis brazos.

—Kaan, ¿por qué nuestro niño no llora? —me pregunta Loreta, nerviosa, mientras sigo sacudiendo al niño.

Vamos, hijo.

Eres un guerrero que ya ha resistido un maldito infierno. Ahora solo tienes que respirar porque te espera una vida.

Le doy la vuelta entre mis manos y le doy una palmadita en su diminuta espalda. Solo a la tercera palmada, llora, fuerte y alto, y mi mundo vuelve a su órbita.

—Este es mi niño —murmuro, aliviado, limpiándole la boquita como puedo mientras llora, molesto.

Loreta se sienta en la cama y le pongo a nuestro hijo en los brazos.

—Cariñito, qué susto le has dado a tu mamá —dice ella, con lágrimas y una sonrisa al mismo tiempo, besándole la frente.

—Pero es un luchador y el sonido de sus gritos lo deja muy claro.

Ella asiente y le doy un beso casto en los labios, y justo en ese instante entra Cem por la puerta con el Dr. Yılmaz.

—i¿Ahora, joder?! —gruño.

Cem levanta las manos, alejándose.

—Entonces, ya ha nacido su primer heredero, señor Kaan —pregunta el médico, acercándose a Loreta—. Vamos a ver cómo están ustedes, señora.

—Mírelo primero a Aslan, por favor—le indica ella, entregándole al bebé.

Al instante, extrañado por lo que había dicho, vuelve la cara hacia ella.

—¿Aslan?

Ella esboza una sonrisa de oreja a oreja, pues sabe que llevamos días discutiendo cuál sería el nombre del niño, y no nos habíamos puesto de acuerdo en ninguno, pero ese nombre ni siquiera estaba en la lista.

—Porque va a ser fuerte como un león, amor.

Solo asiento con la cabeza, asintiendo.

—Está bien, entonces. Bienvenido al mundo, hijo mío, Aslan Feitag Demir —digo, acariciando la cabeza de nuestro pequeño guerrero.



Ese mismo día, después de que el médico terminara los procedimientos médicos con Loreta y Aslan, Baba vino a vernos y, según mandan las tradiciones, decretó que tendríamos que casarnos urgentemente. Loreta, aunque cansada después de todo lo que había pasado, aceptó que lo hicieran solo por firmas, sobre todo ante tantas pérdidas que habíamos sufrido.

Gracias a un milagro, Zeynep sobrevivió. Sigue hospitalizada, pero viva. En cambio, las empleadas de mi madre y algunos de nuestros hombres... no tuvieron la misma suerte.

Así que trajeron los documentos más tarde y nos casamos en nuestra habitación, en una sencilla ceremonia que tuvo lugar a altas horas de la noche, con Aslan durmiendo en la cuna y mis padres y Cem presentes.

Después de eso, aprovechando que el representante del registro civil estaba aquí, ya solicité el registro de nuestro pequeño. Nació un poco antes de tiempo, pero el médico me aseguró que se encuentra muy bien desarrollado. No fue necesario llevar al niño a una incubadora, y yo, que no suelo dar las gracias a nadie, miré al cielo en ese momento, sintiéndome algo agradecido.

Según el Dr. Yılmaz, el parto de Loreta se adelantó debido al estrés, y era imposible que mi esposa se sintiera diferente estando en manos de esa loca.

Hablando de la Condesa, todavía no sé qué le ha hecho Baran, pero conociéndolo, imagino que tiene muchos planes dolorosos y sádicos que serán su merecido tras la invasión. Pero esta noche no es suya. Es mía, de mi esposa, de mi hijo, de mi matrimonio y de mi familia.

En este momento, Loreta está durmiendo, mientras yo llevo a nuestro niño en brazos mirando la luz de la luna, pensando que, a pesar de todos los contratiempos, la vida me ha sonreído de nuevo con una mujer fuerte y valiente, y un hijo que ni siquiera esperaba tener. Mi heredero león. Mi Aslan.

Ellos son la razón de mi vida y yo iría hasta el infierno para protegerlos. Porque pueden intentarlo, pero nunca lo conseguirán...

Buá, buá.

—Tranquilo, hijo... ¿Dejas que mamá descanse solo un poquito más? —le susurro, pero sé que no voy a negociar con un bebé de unas horas de vida.

Me doy la vuelta y ya veo a Loreta despierta, intentando acomodarse para darle de comer. Me mira con ojos cansados, pero vivos y cálidos.

—¿Ya tienes hambre otra vez, mi Aslan? —pregunta en cuanto coge a nuestro niño, que no se parece prácticamente en nada a su madre. Ni siquiera en los ojos. Todo en Aslan grita «Demir».

—Creo que siempre tendrá hambre —comento, sentándome a su lado.

—El problema es que todavía no sé muy bien cómo darle el pecho —dice, insegura, mientras intenta acercarse el pecho a la boca del bebé.

—Te ayudo. Con todo lo que necesites, cariño.

Ella me sonríe y yo la ayudo, acercando su pecho a la boca ansiosa del pequeño.

—Porque no solo somos una familia —le susurro—. Eres la mujer a la que amo. La que me trajo paz en medio del infierno y me dio un regalo que nunca pensé que necesitaría.

Ella se seca la lágrima de la cara.

—Yo también te amo, Kaan.

—Hoy y siempre, pequeña.

Y, por primera vez, sin sangre a mi alrededor, sin amenazas en las sombras... me lo creo.



Bonus

Baran

Odio

Ira, odio y el deseo constante de matar lentamente, solo para saborear la desesperación. Así es como me siento desde el momento en que me obligaron a casarme con esa mujer del infierno.

Pero lo que creía que era solo un estorbo ordenado por Baba se convirtió en la mayor locura que he cometido en toda mi vida. Y después de lo que esta mujer ha hecho hoy...

—¡Eres una maldita demonio! —gruño, avanzando hacia ella —. Si alguno de mis hombres se atreviera a hacer el 1 % de lo que tú has hecho, sería su fin, pero a ti no puedo matarte.

—Intenta vivir con eso, porque para mí también es un sacrificio estar casada contigo, Baran.



Epílogo

Loreta

Alivio

Meses después.

Sonrío al teléfono cifrado como quien sostiene su propio corazón entre las manos. He esperado esta llamada más que cualquier otra cosa en los últimos tiempos.

—¿Dónde está el leonito más bonito del mundo? —dice la voz animada al otro lado.

Cojo a mi hijo en brazos y se lo enseño a mi querida hermana por primera vez; ella está tan lejos, pero al mismo tiempo tan presente como siempre lo estuvo cuando vivíamos juntas.

—Mira qué guapo es, América —le digo, besando con ternura el pelito oscuro de mi hijo—. Se parece completamente a su

padre. Es un Kaan de pies a cabeza. Incluso su madre está de acuerdo.

—¡Qué niño tan mono, Loreta! —exclama ella, con los ojos llorosos al otro lado de la pantalla—. Me dan unas ganas locas de apretarle esas mejillas rosadas.

Llevábamos meses esperando que llegara este momento, hasta que Kaan consiguió a alguien que le llevara un teléfono a mi hermana, quien aceptó el acuerdo de que solo habláramos por videollamada una vez al mes para evitar sospechas sobre nuestra cercanía.

Todos en Diamántia creen que estoy muerta, o los que ya han descubierto mi paradero no vendrán a por mí debido a una disputa política. ¿Quién atacaría a la familia Demir? Los Demir Yemin son peligrosos. Lo sé por todo lo que he visto y oído. Sé que nadie se atrevería jamás.

La única excepción hasta hoy fue la última mujer que me deseaba mal, la condesa Ingrid. Hasta hoy nadie entiende el motivo de ese odio tan visceral... y prefiero no revivir sus palabras de odio en mi mente.

Después de atacarme, fue capturada con una navaja en el cuello y una pistola apuntándole a la cabeza. A continuación, Baran se la llevó a un lugar desconocido y todos pensaron que había acabado con ella. Pero, al contrario de lo que incluso Kaan pensó, la mujer regresó a casa, aunque ya no tiene esa mirada presuntuosa de siempre.

Por los mensajes de texto que intercambié con América, que se enteró de todo lo que pasó y de lo que ella intentó hacerme por un sentimiento loco y enfermizo hacia un título al que nunca tuvo derecho, ahora Ingrid vive rodeada de guardias de seguridad y ya no es bienvenida en el palacio de Diamántia, donde siempre soñó estar.

Confieso que me sentí aliviada de que no la hubieran matado aquí en Turquía. No por ella, claro, sino porque temo por lo que

podría pasarle a mi marido y a todos los miembros de esta familia sumida en la oscuridad de la que ahora formo parte. Los hermanos Demir son intensos y nunca podrían considerarse los buenos, pero son todo lo que tengo, y con ellos a mi alrededor y mi Kaan a mi lado, me siento segura.

Hablando de cosas del pasado, hace unos días supe de mi compañera de dormitorio, a quien perdí en una fiesta, Marisol. Me enteré de que realmente está bien, como había presentido, pero... por lo que me han dicho Kaan y Baran, nunca podremos vernos, y sé que cuando hablan así, no hay más que hablar.

Ahora, volviendo a Ingrid, al menos ella sigue respirando y vive en Diamántia, no como antes, con la prepotencia y la arrogancia que la caracterizaban, sino temiendo a su propia sombra, según los comentarios de mi hermana.

Lo considero justicia divina, porque si yo no puedo recuperar la paz que ella me arrebató en el momento en que fui secuestrada, que ella también aprenda lo que es vivir con miedo, como yo también viví.

—Pero cuéntame, ¿cómo van las cosas? Hay tantas cosas que quiero saber de ti, Loreta —continúa mi hermana, con un brillo triste en la mirada.

—Todo va bien —digo, cogiendo la mano de mi hijo—. Este niño me deja sin fuerzas todo el día. Mama como si la leche se fuera a acabar y no fuera a haber más.

Ella se ríe al otro lado de la línea.

—Tienes suerte de que no sean tres a la vez. Porque ya te acuerdas de cómo me ponía yo...

Sonrío, deleitándome con los recuerdos de una vida que ya no es la mía.

—Sí... Pero ¿quién sabe? Quizás algún día le dé un hermanito a Aslan.

—Disfrútalo mucho. Porque otro bebé más...

—¡América, cuelga ya! —Oigo la voz de Lucius, firme, al otro lado de la línea.

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunta ella, alarmada.

—¿Qué ha pasado ahí? —pregunto, preocupada, y Lucius aparece en la pantalla.

—Loreta, pregúntale a tu marido. Kaan te dirá lo que ha pasado.

Entonces se corta la llamada y me quedo mirando la pantalla, sin entender nada. Se me encoge el corazón, pero no creo que sea algo relacionado con mi familia. Sin embargo, ¿qué más puede haber pasado para que Lucius actúe así? ¿Con ese tono tan urgente?

Llamo a mi marido desde mi otro teléfono, pero Kaan no me contesta. Entonces, empezando a ponerme realmente nerviosa, cojo a Aslan en brazos y recorro la casa en busca de mi marido. Me dirijo al despacho, pero no lo encuentro. Camino hacia la cocina y, por el camino, me encuentro con Zeynep, que ahora está mejor tras el trauma que ha pasado.

—Hola, guapísimo. —Me pide que le deje coger a mi hijo y yo se lo permito, intentando calmarme.

—Estoy preocupada. ¿Sabes si ha pasado algo? —Bajo el tono de voz antes de continuar: —Estaba hablando por teléfono con América y Lucius me ha dicho que colgara, pidiéndome que le preguntara al...

Me detengo al oír el nombre que sale de la televisión encendida en la cocina.

—... *Se confirma el fallecimiento de la condesa Ingrid Aurélis...*

—¿Es eso cierto? —pregunto, alarmada, mientras me acerco con ella para ver qué ha pasado.

Me acerco al televisor. En la pantalla aparecen imágenes de una explosión. El coche de Ingrid, o lo que queda de él, en llamas frente a la mansión de los Aurélis.

—Los bomberos confirman el fallecimiento de la noble, que se encontraba sola en su vehículo. La Familia Real de Diamántia ha emitido un comunicado oficial, decretando tres días de luto e . En el noticiario de la noche, informaremos con más detalle sobre el funeral de la condesa.

Ha muerto. Siento un escalofrío recorriendo mi espalda. ¿Debería conmoverme? Quizás. Pero lo que siento es alivio. La condesa ha muerto lejos. Sin tocarme a mí ni a mi familia.

—Te dije que nadie se mete con mi mujer —susurra Kaan detrás de mí, abrazándome por la espalda con esa voz grave y baja, como un trueno de invierno.

No puedo evitar sonreír y me invade un alivio que ni siquiera sabía que sentiría. Entonces, me giro hacia Kaan y beso sus labios, profundamente agradecida por tenerlo en mi vida, cuidando de mí y de nuestro Aslan.

Sin embargo, no podemos hablar de eso en la cocina delante de los empleados. Lo llamo a su despacho y, en cuanto se cierra la puerta, le pregunto:

—Pero, ¿cómo...?

—No hace falta un «cómo», pequeña —responde él, frío—. Solo que he tachado el último nombre de la lista de hijos de puta que querían hacer daño a mi mujer, y que ahora, más que nunca, estás a salvo.

Lo beso con intensidad y con todo el sentimiento que llevo dentro.

—Sé que siempre nos protegerás, amor.

—Hasta el último día de mi vida, Pequeña.

Y sé que lo hará. Kaan Demir nunca promete lo que no está dispuesto a cumplir.



Epílogo

Kaan

Destinados

Unos años después

—Tenéis que liquidar los pagos a los proveedores tal y como lo dejé organizado antes de irme de vacaciones... —refunfuña mi esposa por teléfono, desde la terraza de uno de nuestros hoteles—. No voy a volver ahora solo por eso. Todo está en la hoja de cálculo que dejé allí.

Entonces, le acaricio la cintura a mi Pequeña solo para recordarle que ya no es hora de trabajar. Son más de las ocho de la noche y lo que quiero de ella ahora no tiene nada que ver con números. Sobre todo ahora, que estamos muy lejos de casa.

—No pueden cambiar el importe a última hora. Llamad al departamento jurídico, pero recordad que...

Sin paciencia, le arranco el móvil de la mano.

—La señora Demir ya no está disponible —le informo, colgando la llamada.

—¡Kaan! —se queja ella, mirándome con esa mirada de reproche que no me asusta lo más mínimo.

—Si ni siquiera yo, que soy el dueño de Imperium Demir, el holding que dirige todos los casinos y hoteles de la familia, estoy trabajando, ¿por qué mi contable, que por cierto también es mi sexy esposa, está haciendo horas extras?

Ella sonríe, apoyando la mano en mi brazo, tratando de disculparse con gestos.

—¿No tenías tantas ganas de viajar? ¿De conocer el mundo, como escribiste en tu diario de sueños? —le pregunto.

Ella me toca el brazo.

—Estamos en Dubái, con una de las vistas más bonitas que hay, y pronto estaremos en Brasil, como me pediste. ¿Y tú sigues pegado al teléfono trabajando? ¿A qué esperas? ¿A que mi madre llame para decir algo sobre Aslan que vaya a interrumpir nuestra luna de miel que acaba de empezar?

Loreta suspira, resignada.

—Lo siento, amor, pero... tengo que demostrar que no soy solo la esposa del dueño.

—Pero no es así. Si no estuvieras supervisando las cuentas de nuestras empresas, creo que habrían muerto menos personas, pero habríamos perdido mucho más dinero —declaro, recordando lo que hicieron Baran y Cem cuando descubrieron la traición de algunos de los empleados del casino más lucrativo de Estambul.

Ella se ríe, niega con la cabeza, pero sé que le encanta cuando hablo así.

—Sabes lo mucho que me gustan los números...

Apreté más su cintura y deslicé los dedos por su delicioso trasero.

—Incluso les tengo envidia. Consiguen más atención de mi mujer que yo. Y aún tengo que competir por su tiempo con nuestro hijo, pero con él, la negociación es más tranquila.

Ella suelta una risa deliciosa que me pone duro con solo oírla.

—Cariño, creo que nunca te he contado algo, pero cuando revisé mis antiguas anotaciones, encontré algo en mi diario de sueños que...

Le beso el cuello.

—¿Es algún otro lugar que quieres conocer? Solo no digas que es en el Ártico que...

—No es un lugar —responde riendo—, sino alguien...

En ese mismo instante, me quedo en silencio, empezando a disgustarme por el rumbo que está tomando nuestra conversación.

—¿Podemos hablar de ese sueño tuyo después de un polvo bien caliente en nuestra cama? —le pregunto, deslizando mis dedos por su camiseta y acariciando sus pechos.— Me muero por ti y te quiero desnuda...

—Pero, Kaan, tienes que escucharme...

Beso sus labios para callarla, pero ella se escapa de mis brazos y corre hacia la maleta. Me fijo en su culo, esa visión que me tortura y me salva. Cuando voy a alcanzarla de nuevo, me enseña el maldito cuaderno. El diario de los sueños que conozco bien, pero que, a pesar de estar tan cerca de mis dedos, nunca he tocado ni he leído e una sola página desde nuestra boda, que fue el mismo día en que nació nuestro hijo.

—Cariño, léelo—, me pide, abriéndolo justo al principio.

Suspiro y hago lo que me pide. En la parte superior hay una fecha antigua y, debajo, está la letra de Loreta.

«He tenido el sueño más extraño de todos, pero te juro que parecía todo real. Soñé que estaba en un lugar muy diferente a todo lo que he conocido. Era mayor y caminaba por un lugar precioso, de la mano de un hombre...

—Joder, Loreta... —murmuro, mirándola de reojo.

—Lee hasta el final y luego dime qué te parece —insiste.

Suspiro y sigo leyendo.

«Un hombre diferente a todos los que he conocido aquí en Nueva York. Podría decir que parecía árabe o algo así, pero algo en mí grita: turco. Sin embargo, lo que más recuerdo son los intensos ojos oscuros que me lanzaba.

Me daban miedo, pero en sus brazos sabía que estaría protegida para siempre. Sin embargo, no sé si algún día lo encontraré, pero realmente espero que... si algún día su camino se cruza con el mío, viva una intensa historia de amor con el turco de mis sueños».

Me quedo un rato quieto. Pienso. Y entonces, miro a mi bruja. A mi Pequeña. A la mujer que no deja de sorprenderme con su don de sentir lo e e que nadie ve. Y que ya nos ha salvado a mí y a mis hermanos más veces de las que puedo contar.

—¿Era yo?

Ella solo sonríe, negando con la cabeza.

—Entiendo que hace mucho tiempo que soñé con eso y... quizá todavía estuviera con Selim...

—En esa fecha, ella ya había muerto —respondo secamente, mirando fijamente el cabecero.

—Lo entiendo, pero... después de volver a repasar mis recuerdos del pasado, puedo afirmar sin lugar a dudas que eras tú quien aparecía en mi sueño de cuando aún era una niña.

La atraigo con fuerza contra mi pecho.

—Entonces, ¿estaba destinado a la bruja que es mi esposa?

Ella sonríe de reojo.

—Y yo a mi héroe, que es un magnate sombrío.

Suelto una carcajada.

—¿Magnate sombrío? Solo soy sombrío con quien se lo merece.

—Lo sé porque te conozco, Kaan.

—¿Y aun así me amas?

Se quita la blusa lentamente, dejando al descubierto un sujetador rojo de encaje.

—Amo cada parte de ti. Incluso las más peligrosas.

—Entonces ven aquí. Ahora vas a soñar despierta, amor.

Ella me regala esa sonrisa pícara que me encanta y vuelve a mis brazos. Me quito la camisa y deslizo mis manos por su cintura, al que le desabrocho los pantalones de un solo movimiento. Cuando veo la tela deslizarse lentamente por sus piernas y percibo su lencería sexy y transparente, un gruñido se escapa de mis labios.

—Sabes lo que me haces con lo que llevas puesto, ¿verdad?

—Esa era la idea... —susurra, quitándose la blusa y tirando de mi nuca para darme un beso.

Respondo a su provocación dándole una palmada en su trasero respingón.

La levanto en mis brazos y sus piernas se entrelazan en mi cintura. Su boca se encuentra con la mía mientras llevo a la mujer a nuestra cama.

La acuesto con cuidado sobre las suaves sábanas y la observo por un momento. Absolutamente hermosa, iluminada por la luz de la luna. Su piel clara resplandece contra el rojo encaje que no deja nada a la imaginación. Como si lo necesitara, porque lo que tenemos es más que deseo y excitación. Está por encima de todo lo que he vivido y podría prever.

—Eres mi destino, Loreta.

—Y tú eres el hogar que ni siquiera sabía que buscaba, Kaan.

Entonces dejo que mis labios bajen por su cuello, marcando cada centímetro hasta llegar a sus pechos. Desabrocho el sujetador y me sirvo, chupando sus pezones con ganas.

¡Qué mujer tan deliciosa!

Aprieto su otro pecho, mientras dejo que mi lengua juegue con su pezón, haciéndola gemir. Le presto la misma atención al otro pecho, sintiendo sus dedos en mi cabello.

Bajo lentamente hasta su ombligo, acariciándole el culo. Entonces llego a ese trozo de encaje rojo que le cubre el coño.

—¡Esto es una perdición, pequeña! —murmuro, besando esa parte de su cuerpo.

—Cariño, sabes que soy tuya...

La miro fijamente mientras le arranco la prenda del cuerpo.

—Mía y de nadie más.

Su olor siempre me ha vuelto loco. Desde la primera vez, cuando aún era virgen y la hice mía, enseñándole todo lo que necesitaba para que fuera mía. Desde entonces, se ha convertido en mi obsesión.

Le abro las piernas y paso la lengua por su sexo, haciéndola jadear. Entonces, separo sus labios con la boca y la chupo como se merece.

—Qué rico, Kaan. Sigue —clama ella, mientras le meto dos dedos dentro, follándola con fuerza. —Eso, amor.

Me pierdo, dando placer a mi mujer, hasta que la siento temblar mientras se corre para mí. Sonrío a mi Loreta mientras su respiración se acelera. Tomo su boca en un beso intenso que solo nosotros dos sabemos dar, con maestría.

Seguimos así mientras siento que mi mujer me desabrocha los pantalones, y ya sé lo que quiere hacer. Por eso, me tumbo en la cama, ayudándola a quitarme el resto de la ropa.

Ella se sube a mí y se sienta sobre mi muslo, mordiéndose el labio mientras sujeta mi polla con una de sus manos.

—Estás aún más sexy después del embarazo —le provoqué, contemplando sus pechos turgentes y sus caderas redondeadas, que me vuelven loco.

—Y tú te has vuelto aún más insaciable —replica ella, con esa sonrisa pícara que me mata.

Sus dedos se deslizan con movimientos precisos, dominando mi placer como si hubiera nacido para eso. Mi polla palpita bajo su tacto y mi respiración se acelera por la forma en que juega con la punta, esparciendo mi semen que ya se desliza por allí.

—¿Ya la tienes dura por mí, Kaan?

—Siempre. Desde el primer día, pequeña.

Ella se inclina y pasa la lengua lentamente por el glande, haciendo que mi cabeza se eche hacia atrás.

—Joder...

Sus labios me envuelven con delicadeza y dominio. Se la mete hasta el fondo de la boca, pero luego la chupa lentamente. Sus

manos acarician mi abdomen, pero pronto siento su boca caliente en mis pelotas.

¡Joder! Sabe lo que está haciendo y sé muy bien que es a propósito, para acabar conmigo.

Vuelve a chuparme y entonces le agarro el pelo, follándole la boca a mi ritmo. Mi mujer gime con mi firmeza y casi pierdo el control cuando se lo traga todo de golpe.

—Eso, amor... Ah, mi traviesa.

Ella suelta mi polla de su boca y me mira con la cara roja, pero sin perder esa sonrisa lasciva que me encanta.

—Creo que ya está bien por hoy, ¿no crees? —pregunta, con ironía.

Cierro los ojos y la tiro de las piernas mientras ella se ríe, sabiendo muy bien que no vamos a parar aquí. Acerco mi cara a la suya, sabiendo que lo ha hecho solo para provocarme.

—¿Qué pasa, maridito? —pregunta, con una falsa inocencia que no engaña a nadie, y mucho menos a mí.

—¿Quieres convertirte en viuda? —le pregunto, entrando en su juego—. Porque si no me follo a mi esposa tan sexy ahora mismo, me voy a morir en esta cama.

Ella pone mala cara.

—¡No digas eso ni siquiera en broma, Kaan! —replica, nerviosa, empujándome.

—Tú eres la que está jugando con fuego, esposa.

Pero enseguida se sienta encima de mí, dominándome como nadie más.

—Entonces, ¿follar será tu salvación? —pregunta.

Antes de que pueda responder, se mete mi polla dentro, bajando lentamente y tragándomela entera con ese gemido pícaro y

sexy que hace que mi mundo se detenga.

—¡Joder, Loreta! —grito, dándole una palmada en el culo mientras la miro con los ojos cerrados y la cabeza hacia arriba.

—Cariño, eres tan grande...

Acerco su cara a la mía.

—Y tú estás tan apretada... Estás hecha exclusivamente para mí.

Tomo su boca en un beso húmedo y urgente, y la hago cabalgar sobre mi polla con movimientos intensos y circulares, gimiendo mi nombre como una plegaria. Mis dedos se clavan en la suave carne de su culo y mis ojos se quedan clavados en sus pechos, que suben y bajan con cada embestida.

La hago inclinarse sobre mí y empiezo a follarla por debajo, haciendo que mis caderas choquen contra ella a un ritmo brutal, mientras sus gemidos se convierten en gritos ahogados en mi cuello. Hasta que siento su coño apretar mi miembro y ya sé que está a punto de correrse de nuevo, pero prefiero que lo haga de otra manera.

La aparto de encima de mí y la pongo a cuatro patas en la cama. Chupo su coño empapado acariciándole la espalda y ella se contonea sobre mi cara, pidiendo más. Le doy una palmada en el culo, obligándola a parar, pero ella sigue.

—Eres una esposa muy indisciplinada.

Ella se ríe.

—¿Y cuál va a ser mi castigo?

—Que tu marido te folle bien fuerte —le digo, metiéndomela en el coño de un solo golpe.

Loreta se queda sin habla entre gemidos, mientras la follo con fuerza, gruñendo contra su piel como sé que a mi mujer le

encanta. Cuando la siento apretarme de nuevo, la atraigo hacia mí y le susurro al oído:

—Eso, pequeña. Siénteme. Córrete para mí otra vez...

—Kaaaan... —grita mi nombre cuando se corre, temblando debajo de mí, agarrada a mi brazo.

La sensación de su coño palpitando dentro de mí me hace perder el poco control que me queda. Entonces, la follo un poco más, dejando toda mi corrida dentro de ella con un gemido ronco y gutural.

—Joder, cómo te quiero, Pequeña. Con cada parte de lo que soy. Hasta el final de mis días.

—Yo también, amor.

Loreta se vuelve hacia mí, sonriendo, y me besa con pasión y devoción. Con toda la complicidad y el sentido de pertenencia que tenemos y todo el sentimiento que compartimos el uno por el otro. Porque yo soy todo suyo y Loreta es completamente mía.

Como en el sueño de una chica perdida en el mundo, que ha encontrado su lugar en los brazos del hombre que nació para protegerla.

—Kaan... Iba a decírtelo otro día, pero... todo es tan perfecto en nuestra luna de miel fuera de temporada que siento que tiene que ser ahora —comienza ella, con ese brillo en los ojos.

—¿Qué pasa? —le pregunto, pasando los dedos por su cabello rubio y húmedo por el sudor.

Ella me coge la mano y la coloca sobre su vientre.

—Me enteré ayer —dice, con la voz entrecortada—. Amor mío, vamos a darle un hermanito o una hermanita a nuestro Aslan.

Me quedo en silencio unos segundos. La noticia me golpea como un puñetazo en el estómago, pero en el mejor de los sentidos.

—Kaan...

—¿Estás embarazada otra vez, Loreta?

Ella solo niega con la cabeza, un poco nerviosa, con una sonrisa tensa en los labios, esperando mi reacción.

—Cariño... ¿No te cansas de hacerme feliz?

La beso en la boca, la tiro hacia la cama y la abrazo con fuerza.

—¿Voy a ser padre otra vez?

—Sí, lo vas a ser —responde ella, sonriendo.

Suelto una carcajada. Una de esas que solo me salen cuando estoy cerca de ella o de nuestro hijo.

—¡Joder, Loreta! —exclamo, sonriendo—. Pero esta vez vas a dar a luz antes de tiempo en el hospital...

Loreta niega con la cabeza, sonriendo.

—Claro que lo haremos como es debido.

Entonces acurruco mi cuerpo contra el suyo sin soltar su cintura, porque hoy sé que tenía que ser así. Con eso, sellamos nuestro destino de estar juntos y amarnos para siempre.

Mi pequeña bruja y yo, que es la razón de mis días en esta Tierra.

¡Fin!

Agradecimientos

¿Qué amor predestinado fue este entre Kaan y Loreta? ¡Que los designios del destino los moldeen entre contratiempos intensos y difusos hasta reunir a estos dos de mundos tan opuestos!

Simplemente me encantó dar vida a ellos, que también forman la primera novela oscura de ArineWord. Fue surrealista presentar esta historia enredada en Turquía, como las muchas telenovelas turcas que ya he seguido y me encantan.

Mis queridas, pronto llegará la historia de nuestro sádico mafioso Baran. Prepárense, pero ahora pasemos a los agradecimientos más que especiales.

En primer lugar, a Dios, por haberme dado este don tan increíble y maravilloso de contar historias. De conmover almas a distancia solo con letras en el papel. Le doy las gracias cada día por permitirme hacerlo.

Muchísimas gracias a mi beta, que está conmigo desde el inicio de mi carrera, allá por 2018, y a quien hoy puedo llamar amiga. Carlinha, te agradezco muchísimo por estar conmigo cada día, ayudándome y aconsejándome en el desarrollo de mis historias y en los caminos de ArineWord.

Ahora, un «muchísimas gracias» a mis compañeras en esta aventura de escribir una historia tan inusual e intensa. A mi nueva asesora, Tamires, de Tami Assessoria, que se embarcó conmigo justo al final de este viaje, ayudándome a seguir adelante; a Anne, de «Fantástico Mundo de Anne», que escuchó mucho sobre Kaan y Loreta, diciéndome lo que necesitaba oír sobre la creación de esta trama; a Clau Paiva, que ya me está ayudando en algunas de mis queridas historias con sus comentarios perspicaces, y a Jéssica Cavalcante, que siempre llega c o con sus largos audios, contándome todo lo que necesito saber con gran detalle. También a mis otras amigas escritoras, que están conmigo como voces y manos

invisibles que me guían en este viaje. Mis queridas, vivís en mi corazón. Gracias por todo.

También le doy las gracias a mi corrector, Walter. Gracias por pulir esta historia apasionante e intensa, muy diferente a todo lo que hayas leído entre mis escritos. Te agradezco que estés conmigo en un libro más.

Y ahora, me dirijo a mis queridas y amadas lectoras. Gracias por llegar hasta aquí y acompañar esta preciosa historia entre un justiciero sombrío y su sensitiva rescatada. Jejeje. Loreta y Kaan fueron creados para vosotras, y os agradezco muchísimo por llegar hasta aquí y elegir una historia de ArineWord entre tantos libros disponibles. Vivís en mi corazón.

Muchísimas gracias.

Mil besos y hasta la próxima historia.

Sobre la autora

Carlla Arine es la mente creativa detrás de **ArineWord**, un universo literario interconectado que ya ha conquistado a miles de lectores. Con una trayectoria que une la sensibilidad de las artes escénicas con la disciplina estratégica de la Administración, Carlla se ha consolidado como una de las voces más productivas de la novela romántica contemporánea, sumando **más de 7 años de carrera** y una bibliografía que supera los 30 títulos publicados.

Autora Bestseller en Amazon Brasil, su escritura versátil transita con maestría entre la intensidad de la Mafia, el glamour de la Realeza y la frescura de las Comedias Románticas. Con obras traducidas al español y al italiano, sus tramas son reconocidas por presentar héroes marcantes y el "final feliz" que se ha convertido en su sello distintivo.

Tras debutar con éxito en el mercado físico en la Bienal del Libro de Río de Janeiro en 2025, **Carlla hoy expande su mundo literario compartiendo bastidores de creación, su vida personal y su pasión por contar historias donde el poder siempre se rinde ante el amor**. Natural de Río de Janeiro y apasionada por la libertad, encuentra inspiración en la naturaleza y en sus viajes para seguir entregando las narrativas adictivas e inolvidables que definen su marca.

Otras obras

Spagnolo

Serie: Dinastía de Poder

Libro 1 – Los Gemelos Rechazados por el Príncipe Mujeriego

Libro 2 – Engañada Por El Príncipe Vengativo

Libro 3 – El Bebé Del Príncipe Que Nunca Me Amó

Libro 4 – Casada (Por Accidente) Con El Príncipe Descarado

Reencuentro: Mi Navidad con el Rey: Después de los finales felices.

Serie: Italianos Apasionantes.

Libro 1 Una Niñera para el Luchador

Libro 2 El Padre de Mi Bebé es un CEO Italiano

Libro 3: Mi Falso Novio es un CEO Italiano

Italiano

Series: Dinastia di Potere

Libro 1: I Gemelli Rifiutati dal Principe Arrogante

Libro 2: Sedotta e Ingannata dal Principe Vendicativo

Libro 3: Il Figlio del Principe che non mi ha Mai Amata

Libro 4: Sposata per errore col principe libertino

Redes sociales

Página da Autora





@carllaarine.autora

Conta Nova!



Grupo de Leitores



@a_carlaarine



@carlaarine



Autora Carla Arine

No olvides valorar la historia.

---

[1] La protagonista del libro Casada (por accidente) con el Príncipe Pícaro.

[2] Reino ficticio situado en la región central de Europa, que aparece mencionado en la serie Dinastía del poder. Todos los libros de la serie están disponibles en Amazon.

[3] Protagonista masculino del libro Casada (por accidente) con el príncipe pícaro.

[4] Protagonista femenina de la autora D. A. Lemoyne, historia que se narra en el libro «Escogida por el villano apasionado», que forma parte de la serie «Multimillonarios turcos».

[5] Es un estrecho en Turquía que separa los continentes de Asia y Europa.

[6] Protagonistas del libro «Los gemelos rechazados por el príncipe canalla». Libro 1 de la serie «Dinastía de poder».

[7] Personaje mencionado en el libro «Casada (por accidente) con el príncipe pícaro». Libro 4 de la serie «Dinastía de poder».

[8] Traducción: ¡Ya llegamos!

[9] Protagonista femenina del libro «El bebé del príncipe que nunca me amó».

[10] Nombre de la mafia. Significado: Juramento de Hierro.

[11] Canción «Dancing in the Rain», interpretada por Gene Kelly en la película «Dancing in the Rain», de junio de 1952.